

VOLUMEN I / FEB 2000

Cultura y Desarrollo



ORCALC

SERIE DE LA OFICINA REGIONAL
DE CULTURA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE DE LA UNESCO

Cultura y Desarrollo

VOLUMEN I

1 Cultura y Desarrollo

Cultura y Desarrollo

Oficina Regional de Cultura
para América Latina y el Caribe de la UNESCO

Directora

Gloria López Morales

Jefe de Redacción

Julio Carranza Valdés

Consejo Editorial

Gonzalo Carámbula

María Luisa Fernández

Alfredo Guevara

Armando Hart Dávalos

Eusebio Leal Spengler

Carlos Moneta

Eduardo Portela

Fernando Vicario Leal

Editor

Camilo Pérez Casal

Diseñador

Eduardo Moltó

Asistente administrativo

Fernando Donogue

En portada: Ave. **del Paraíso**,
de la artista plástica *Zaida del Río*

ISBN 92-9177-002-7

Calzada No. 551, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba

Fax 333144 / e-mail uhla@unesco.org

Las ideas y opiniones contenidos en cada texto de autor no expresan necesariamente
los criterios de la UNESCO y del consejo de redacción de la presente publicación.

Publicado en el 2000 por la Oficina Regional de Cultura
para América Latina y el Caribe de la UNESCO

Impreso en España por: ESCANDÓN IMPRESORES. Sevilla
e-mail: oficina@escandon.com

INDICE

Cultura y Desarrollo: Perspectivas para América Latina y el Caribe

GLORIA LÓPEZ MORALES

*Directora de la Oficina Regional de Cultura
para América Latina y el Caribe de la UNESCO*
(Congreso Internacional Cultura y Desarrollo,
La Habana, marzo de 1999)

11

Industrias Culturales y Globalización: Procesos de Desarrollo e Integración en América Latina

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

*Profesor de la Universidad Autónoma
Metropolitana de México*
(Foro Desarrollo y Cultura, realizado en marzo de 1999 por el
BID-UNESCO en París)

21

De la cultura y la diversidad

ALFREDO GUEVARA

*Presidente del Instituto Cubano
del Arte e Industria Cinematográficos*
(Congreso Internacional Cultura y Desarrollo,
La Habana, marzo de 1999)

39

Desafíos económico-culturales de América Latina para pensar el futuro

HUGO ACHUGAR

*Profesor de la Universidad de Montevideo
de la República de Uruguay*

47

Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate

JULIO CARRANZA VALDÉS

*Oficial de Programa de la Oficina Regional de Cultural
para América Latina y el Caribe de la UNESCO*
(Congreso Internacional Cultura y Desarrollo,
La Habana, marzo de 1999)

63

América Latina y el Caribe: el espacio cultural en los procesos de regionalización y globalización

Carlos Juan Moneta

*Ex Secretario Permanente del Sistema
Económico Latinoamericano (SELA)*
(Congreso Internacional Cultura y Desarrollo,
La Habana, marzo de 1999)

79

La cultura para el desarrollo. Un desafío de estos tiempos

ARMANDO HART DÁVALOS

*Director de la Oficina del Programa Martiano
de la República de Cuba*
(Congreso Internacional Cultura y Desarrollo,
La Habana, marzo de 1999)

95

Elogio a la cultura y al desarrollo sobre las bases del humanismo

EUSEBIO LEAL SPENGLER

Historiador de la Ciudad de La Habana
(Seminario Diálogo para el Milenio,
Contexto Cultural: Cooperación Cultural y Escenarios de Interacción,
Río de Janeiro, 7-8 de junio de 1999)

105

La cultura como la dimensión central del desarrollo (El programa cultural de la Ciudad México)

ALEJANDRO AURA

*Director General del Instituto de
Cultura de la Ciudad de México*
(Congreso Internacional Cultura y Desarrollo,
La Habana, marzo de 1999)

111

El valor de la cultura

**PREPARADO POR LA UNIDAD DE POLÍTICAS
CULTURALES PARA EL DESARROLLO**

(Documento sobre la posición de la UNESCO
para el Foro del BID sobre Cultura y Desarrollo,
París, 11-12 marzo de 1999)

119

PRESENTACIÓN

El primer volumen de la serie *Cultura y Desarrollo*, aparece en coincidencia con el cincuenta aniversario de la fundación de la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe, con sede en La Habana. Pionera en esta región del Mundo, la ORCALC ha realizado un notable servicio a la cultura de los pueblos latinoamericanos y caribeños, que se puede reconocer en los resultados de los numerosos proyectos ejecutados bajo su auspicio durante todos estos años. Desde las más diversas esferas, la gente de la región ha mirado hacia ella como un punto de referencia en la búsqueda de lo que hay que saber para valorar un mundo que tiene que ser más justo y más capaz de entenderse dentro de la diversidad.

La compleja situación característica de nuestro tiempo en este principio del siglo XXI, con todos sus conflictos y desigualdades, pero también con todas sus esperanzas, eleva el compromiso de nuestra Organización para seguir trabajando con eficacia y con la sensibilidad necesaria en los campos estratégicos donde se define su acción: la educación, la cultura y la ciencia, entendidos hoy, como nunca antes, como los factores esenciales que habrán de definir el futuro de cada pueblo y de la humanidad entera.

La UNESCO es una Agencia de cooperación dentro del Sistema de las Naciones Unidas. Por esa razón debe ejercer su capacidad para movilizar ánimos y consolidar valores de solidaridad. Para ello, debe ser también capaz de movilizar recursos en función del desarrollo. Pero, no lo olvidemos, la UNESCO es sobre todo, un foro intelectual, que debe generar y estimular el pensamiento de la comunidad científica y académica internacional, para avanzar en la comprensión de la



naturaleza de los problemas que afectan al mundo y contribuir a construir las soluciones necesarias desde un claro compromiso con la paz, la justicia social, el derecho a la autodeterminación, el respeto a los derechos humanos y el reconocimiento de la diversidad cultural como el mayor patrimonio de la humanidad.

La construcción de un mundo que ofrezca a cada pueblo una opción de desarrollo, compatible con sus valores, aspiraciones históricas y su manera de concebir la vida, es la garantía fundamental de la estabilidad y la paz internacional. Sólo ese escenario permite procesar de manera negociada y constructiva los inevitables conflictos que se presentan y podrían seguir presentándose mientras haya tan flagrantes desigualdades a escala planetaria. De ahí la fuerza con que la UNESCO plantea el tema de la relación entre la cultura y el desarrollo, y el llamado que ha realizado a fin de pensar el presente y el futuro de la humanidad desde esta perspectiva. Esta concepción esencial, debe ser de manera creciente motivo de reflexión y de elaboración teórica entre estudiosos y pensadores.

La serie *Cultura y Desarrollo* viene a ofrecer un espacio más para esa reflexión. En sus páginas habrán de aparecer aportes interesantes, intercambios, debates fecundos y diversos reportajes sobre todo lo que se hace en la región en nuestros vastos campos de acción. La ORCALC llega ahora, con la madurez de sus cincuenta años de existencia, a entregarnos este nuevo estímulo para la creación.

Para América Latina y el Caribe, este esfuerzo editorial deberá contribuir a la realización de sus utopías de bienestar y justicia, a partir de su rico patrimonio histórico cultural de comunes raíces ancestrales y de ramificaciones diversas y plurales, que deben ser la base de un futuro mejor que no podrá edificarse más que sobre la base de ejercitar con toda nuestra fuerza la facultad de pensar.



Cultura y Desarrollo

Perspectivas para América Latina y el Caribe

GLORIA LÓPEZ MORALES

*Directora de la Oficina Regional de Cultura
para América Latina y el Caribe de la UNESCO*

La evolución acelerada y compleja del mundo en los últimos decenios, impide seguir concibiendo al desarrollo como un camino único, uniforme y lineal. Supondría eliminar inevitablemente la diversidad cultural. Sería un atentado contra las especificidades de los pueblos, maduradas en siglos y milenios de construcción y evolución de sus sistemas. Limitaría gravemente la capacidad creativa de la humanidad con su valioso pasado y sus aptitudes para ir edificando el futuro.

En todo el mundo una vigorosa diversificación, basada en el reconocimiento de las civilizaciones y los mosaicos de culturas disímiles, ha permitido dar pasos decisivos en la reflexión sobre el desarrollo. En los diferentes pueblos se ha ido avivando la conciencia de que sus propios modos de vida constituyen un valor en sí, un derecho, una responsabilidad y una oportunidad. Entre otras cosas, todo esto dio lugar a cuestionar el marco de referencia según el cual un sistema dado de valores tiene el monopolio para dictar normas supuestamente universales y para reclamar la autoridad exclusiva que impone sus propias versiones de la modernidad y del progreso.

Cada pueblo, de un tiempo acá, ha venido afirmando el valor de su cultura, de su patrimonio múltiple que, por cierto, no se calcula sólo en términos materiales; ha venido afirmando también valores que, siendo propios, coinciden con valores universales característicos de una ética global.

La exigencia de mayor bienestar humano es imperiosa pero, a menudo, los caminos emprendidos para lograrlo se han saldado en estrepitosos fracasos por no tener en cuenta los factores culturales que forman el entramado de la vida de la comunidad. Esos factores han llevado a comprobar que el progreso material y los altos niveles de consumo no deben confundirse con el verdadero desarrollo o la calidad de vida. ¿Cuántos, en los países altamente industrializados, viven en la desilusión en medio de la opulencia material?

Evidente era que, para llegar a la verdad sobre un desarrollo sostenible, había que trascender los conceptos puramente económicos. Se ampliaba así la idea misma del desarrollo al comprender que la economía por sí sola no podía servir de fundamento para un programa en producción de la dignidad y el bienestar de los seres humanos.

Hagamos un poco de historia. Hace diecisiete años, la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales (MONDIACULT), celebrada en México y convocada por la UNESCO, declaró:

La cultura constituye una dimensión fundamental del proceso de desarrollo y contribuye a fortalecer la independencia, la soberanía y la identidad de las naciones... Es indispensable humanizar el desarrollo; su fin último es la persona en su dignidad individual y en su responsabilidad social... El hombre es el principio y el fin del desarrollo... Sólo puede asegurarse un desarrollo equilibrado mediante la integración de los factores culturales en las estrategias para alcanzarlo; en consecuencia, tales estrategias deberían tomar en cuenta siempre la dimensión histórica, social y cultural de cada sociedad.

Después de MONDIACULT, y a propuesta de la UNESCO, las Naciones Unidas proclamaron el Decenio Mundial de la Cultura y el Desarrollo, de 1988 a 1997, con los objetivos de

reconocer la dimensión cultural del desarrollo;
afirmar y consolidar las identidades culturales;
ampliar la participación en la vida cultural;

promover la cooperación cultural internacional.

Para consolidar el trabajo y los hallazgos teóricos del Decenio, se creó la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, integrada por diecinueve científicos sociales, políticos, economistas y creadores de todo el mundo, presidida por Javier Pérez de Cuéllar. Durante tres años la comisión hizo consultas y elaboró el material *Nuestra Diversidad Creativa*, en el que se precisa que es la cultura la verdadera y última frontera del desarrollo. A su vez establece un espacio amplio para la discusión y el debate: "Hacen falta nuevos marcos de referencia ética, nuevas formas de organización, nuevas ideas y, sobre todo, mucha creatividad para enfrentar los cambios radicales que estamos viviendo en esta época llena de oportunidades pero, también, de crecientes desigualdades. Falta reconocer y aceptar el papel intrínseco que la cultura juega en el desarrollo de las personas, los pueblos y los países."

Uno de los axiomas sobre los que se basa el informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo de la UNESCO, es aquel que reza "un desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es sólo un crecimiento sin alma". El desarrollo cultural, implícitamente, remite al derecho de una colectividad a compartir historia, patrimonio y códigos de convivencia.

Al proteger estos diversos modos de vida, la libertad cultural estimula la experimentación, la diversidad, la imaginación y la creatividad; nos permite satisfacer una necesidad esencial que es precisamente el

derecho a definir cuáles son nuestras necesidades fundamentales. Este derecho se encuentra actualmente amenazado por presiones globales y por el desinterés generalizado de aquellos que sólo aspiran al poder económico.

El desarrollo es un fenómeno con fuertes repercusiones intelectuales y morales para individuos y comunidades. Cualquier intento destinado a comprender las cuestiones que el desarrollo y la modernización plantean debe centrarse en los valores culturales, analizados con consistencia desde la realidad local y valiéndose de la lente que nos ofrecen las ciencias sociales. En el sentido más amplio, la cultura —es decir, los valores, símbolos, rituales e instituciones de una sociedad— incide sobre las decisiones y los resultados económicos. Las actividades económicas, a su vez, pueden debilitar o reforzar diversos aspectos de la cultura. El desarrollo económico combinado con una cultura desvirtuada y atrofiada no es desarrollo, es decadencia.

En la diversidad de las culturas existe una unidad subyacente, definida con parámetros éticos que indican las normas mínimas —los denominadores comunes— que debe observar toda comunidad. El impulso ético, que lleva a aliviar y hasta erradicar el sufrimiento y la injusticia social, es un ejemplo de ese imperativo.

La universalidad en un mundo policéntrico es el principio fundamental de la ética global. El *ethos* de los derechos humanos universales proclama en ese sentido que todos los seres humanos nacen iguales y gozan de estos derechos sin distinción de

clase, sexo, raza, comunidad o generación.

El principio del pluralismo es fundamental, es una característica intrínseca y perdurable de las sociedades. La afirmación de la identidad puede y debe ser un rasgo normal y saludable ante las presiones de la globalización. Los factores identitarios actúan como detonante de conflictos sólo cuando son manipulados con ese fin. La dominación de un grupo hacia otros no es deseable y puede provocar inestabilidad. Por otro lado, construir una nación forzando la "homogeneización" tampoco es conveniente, ni deseable.

El modo más duradero de asumir la diversidad es crear un sentimiento de nación con comunidad cívica y laica, arraigada a valores que pueden ser compartidos por todos los componentes culturales, étnicos, religiosos de la sociedad nacional.

Las culturas no están aisladas ni son estáticas, sino que interactúan y evolucionan; es preciso favorecer por todos los medios —muy en especial el de la información— ese proceso de recíproco enriquecimiento. La rapidez impuesta a los intercambios por los medios modernos de comunicación plantea nuevos y cardinales desafíos para no correr desafortadamente hacia un futuro cuya perspectiva no es clara, justo a causa de no saber mirar hacia atrás y aprender del pasado. Por esto, entre los retos del presente está el de saber valorar el patrimonio cultural, la herencia espiritual. Se ha de poder desentrañar los símbolos y el valor sacro de monumentos y sitios históricos, objetos y expresiones artísticas portadores de mensajes pretéritos, actualizados y revitalizados en cada

evocación y que deben ser preservados de la destrucción y el olvido.

Es necesario, además, entender que las culturas no pueden sobrevivir si se empobrece o destruye el entorno del que dependen. Hasta ahora, la relación de la humanidad con el medio natural se había considerado únicamente en términos biofísicos, pero en la actualidad se reconoce,

En nuestro mundo vertiginoso, el problema capital de los individuos y las comunidades consiste en promover el cambio en condiciones de equidad —he aquí otro objetivo ético— y adaptarse a la evolución sin renegar de la herencia valiosa del pasado.

El informe Pérez de Cuéllar parte de algunos enunciados cuyo impacto, ahí donde se diseñan planes gubernamentales o las grandes



cada vez más, que la sociedad juega un papel fundamental junto con los gobiernos para proteger y administrar debidamente los recursos naturales. Éste ha devenido un tema ético de la mayor relevancia.

Lo que importa ahora mismo es seguir tratando de encontrar respuesta a urgentes interrogantes: ¿qué políticas promueven un desarrollo humano sostenible, un desarrollo que estimule el florecimiento de culturas diversas

políticas a escala internacional y nacional, no ha dejado de sorprender. Durante décadas los oídos sordos ante la cultura fueron la regla. No hay milagros; el mundo está cambiando; los problemas son nuevos y las soluciones también deben serlo.

¿Cuáles son los factores culturales y socioculturales que influyen en el desarrollo? ¿Qué impacto cultural tiene el desarrollo económico y social? ¿Qué relación existe entre las culturas y los modelos de

desarrollo? ¿Cómo se han de combinar los elementos valiosos de una cultura tradicional con la modernización? ¿Cuáles son las dimensiones culturales del bienestar individual y colectivo?

La cultura está en el fundamento de los procesos de desarrollo, y es el fin último al que estos aspiran. Esta idea, ya referida, va permeando con rapidez amplios sectores sociales de todos los países y ha alcanzado las esferas gubernamentales, tratando de obligarlas a adoptar nuevos enfoques en sus planes y programas de gobierno. Es así como, en los dos últimos años, el principal énfasis de la acción internacional en este campo se ha consagrado al diseño de políticas culturales que destaquen de manera novedosa el lugar que corresponde a la cultura como uno de los recursos más importantes para lograr estadios de bienestar y calidad de vida de pueblos que, no obligatoriamente, responden a los mismos patrones históricos o geopolíticos.

El llamado para concentrar el esfuerzo sobre las políticas culturales responde a la necesidad de pasar de inmediato de la reflexión a la acción. Con sus decisiones al respecto, los poderes del Estado impulsan al torrente de fuerza cultural que circula por todas sus estructuras. Esto, aun cuando ha de ser evidente, no lo ha sido para los que gobiernan y administran. Es preciso reconocerlo, es la única manera de colmar los vacíos que hemos heredado de la concepción economicista que se ha tenido del desarrollo. Además, cada cual tiene que asumir la responsabilidad de los retos de la globalización cultural y el impacto que ésta puede tener, y

ya está teniendo, en el entramado social de los países. Las acertadas políticas culturales son el mejor instrumento para avanzar hacia una integración social basada en la diversidad y la equidad.

En el contexto actual, es preciso no dismantelar la noción de política cultural, antes bien, hay que volver a definirla. Hoy, ya no se trata de saber si los gobiernos y las instituciones han de tener políticas culturales, sino de ver cómo pueden implementarlas de modo más eficaz, en un medio caracterizado por la interdependencia y en una época en la que hay que reconocer el carácter primordial de imperativos como la promoción de una mejor apreciación mutua de las culturas y de la eliminación de los estereotipos.

Para enfrentarse a estos problemas, la UNESCO alcanzó su siguiente hito al convocar en Estocolmo, en 1998, la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo. En la que se propuso no sólo examinar estas ideas, sino avanzar al plano de las estrategias y la acción. Se asumió entonces que si bien la cultura parece suscitar hoy en todas partes un interés cada vez más amplio, en la mayoría de los países sigue sin ser una de las principales prioridades políticas.

Ha de añadirse que cuanto más ha parecido tener importancia la cultura es cuando se la ha concebido como *simple* factor económico, por su eventual contribución al crecimiento y al empleo, y no por respeto a ésta como elemento constitutivo y meta del desarrollo humano.

Es, pues, esencial dar nueva orientación a las políticas culturales de acuerdo con esos fines y

vincularlas de manera más estrecha a las políticas y planes gubernamentales.

El Plan de Acción aprobado por la Conferencia de Estocolmo estableció cinco objetivos:

Hacer que las políticas culturales sean un componente clave en la estrategia de desarrollo.

Promover la creatividad y la participación en la vida cultural.

Reforzar las medidas para preservar el patrimonio cultural y promover la industria cultural.

Promover la diversidad cultural y lingüística en la sociedad de la información.

Hacer que los recursos humanos y financieros estén a disposición del desarrollo cultural.

Pauta ésta que evidencia el convencimiento de que la cultura es fundamental para explicar las distintas variables de cambio, que es la esencia misma del desarrollo sostenible, y ha permitido abrir las primeras vías de comunicación entre sectores tradicionalmente divorciados del ámbito cultural y del económico. Los acercamientos entre los grandes organismos internacionales de crédito y los dedicados a la cultura dan fe de ese interés. Es preciso analizar los resultados de los encuentros entre el BID y la UNESCO, cuyo objetivo central ha sido «llevar la cultura al corazón de la agenda del desarrollo». También hay que analizar a fondo las motivaciones del Banco Mundial por el patrimonio histórico. Podríamos apostar que no son altruistas pero, en todo caso, denotan cómo la cultura tiene un valor contante y sonante. La riqueza polisémica del concepto cultura, por el hecho de irradiar reflexión en todas las direcciones, convierte el análisis sobre los procesos de desarrollo en un entramado de una complejidad

abrumadora. Aún no se cuenta con instrumentos de medición, ni con datos precisos, para estudiar su impacto en las esferas de la economía. Sin embargo, sabemos no sólo que la primera influye sobre esta última, sino que la generación de riqueza forma parte de la cultura de un pueblo.

Y es que el desarrollo con enfoque cultural comprende no sólo el acceso a los bienes y servicios, sino también la oportunidad de elegir un modo de vida colectivo. Le ha tocado al patrimonio histórico ser una de las primeras áreas culturales a las que se reconoce un potencial económico. No hubo necesidad de grandes elaboraciones académicas para que a partir de la década de los setenta, como ya se dijo, hasta los Bancos que nunca juegan a perder decidieran financiar la preservación y promoción de sitios, edificios y ciudades de valor histórico, así como el desarrollo de las bellas artes y de las artes populares. Esto se hizo con justificaciones puramente económicas, bajo el lema muy pragmático de que «la preservación paga».

Un esfuerzo considerable ha de realizarse para impedir que la cultura deje de ser lo que es y se convierta en mercancía. Para lograrlo, no basta con que los sectores culturales se horroricen ante el mercantilismo, es imperioso que jueguen un papel activo a fin de salvaguardar los debidos equilibrios.

De ahí se desprende otra obviedad cuando se reconoce la contribución del patrimonio cultural, tangible e intangible, a la promoción del turismo: éste se ha transformado en una de las mayores industrias del mundo y nos preguntamos qué pasaría con él de no apoyarse en el

patrimonio histórico y la creatividad de los pueblos. (V. *gr.*, caso Campeche.)

Al hablar de patrimonio cultural nos referimos, simple y llanamente, a la palanca de Arquímedes, porque el impulso para el desarrollo nace de la fuerza creativa local, aplicada incluso a la producción industrial, a la agrícola y, muy especialmente, a la artesanal.

Muchos países altamente desarrollados han sabido invertir para acrecentar su potencial artesanal y han ganado la apuesta. Basta revisar los ingresos monetarios y el empleo que generan las empresas y microempresas creadas con este fin. Fundadas en la transmisión de tradiciones, las artesanías constituyen un verdadero patrimonio vivo, que se van renovando de generación en generación gracias a la originalidad de cada creador (v. *gr.*, México). Los procesos de adaptación e innovación creativa constituyen por sí una contribución al desarrollo humano.

De más en más, en los círculos donde se diseñan políticas gubernamentales o en el sector privado, se va reconociendo la importancia económica del factor cultural. De modo que, de un tiempo acá, los defensores de las asignaciones de recursos para el fomento de las artes, han empezado a utilizar los estudios de *impacto económico*, con resultados particularmente útiles en la argumentación contra las restricciones y los recortes presupuestarios que suelen castigar en primer lugar a la cultura y a la educación artística. Estudios de este tipo proveen modificaciones de orden económico y financiero, además de demostrar que las artes,

por su alto valor intrínseco, generan ingresos, oportunidades de empleo y bienestar. (V. *gr.*, Uruguay.)

Grosso modo, en los países desarrollados la contribución del sector cultural al PNB es mucho más importante de lo que hasta ahora se imaginó. Se ha de analizar con detenimiento cómo las industrias culturales se han convertido en otro renglón fundamental de muchas economías nacionales y transnacionales. Entran aquí también las industrias del entretenimiento que, aunque puedan ser espurias en buena medida, se apoyan en resortes de orden cultural que antes que desdeñar, hay que saber utilizar. (V. *gr.*, la telenovela.)

La convicción de que la cultura está en la base del desarrollo, permite concluir que la noción misma de política cultural debe ser revisada. Con gran responsabilidad, los políticos, los representantes populares tendrían que inspirarse y sensibilizarse acerca del substrato cultural que precede y debería impulsar los planes de gobierno. Esto será difícil mientras esas políticas sean formuladas desde posiciones fragmentadas, sectorializadas e incomunicadas entre sí, y ejecutadas por estructuras que minimizan la toma en consideración de las profundas razones que la cultura promueve.

Las más de las veces sucede que aquellos que formulan las políticas económicas, la planificación, y en general las políticas de desarrollo llegan incluso a hablar de desarrollo sustentable y no saben a menudo lo que éste significa. Al no saberlo, toman decisiones erróneas, convierten ciudades vivas en ciudades museos, permiten la macdonalización, lewinskización de

sus tradiciones —entre ellas, las gastronómicas—, o hacen de sus genuinas tradiciones imitaciones malas de Disneyland.

En el caso de América Latina y el Caribe hay que atreverse, con audacia, a dar el salto pensando culturalmente en el porvenir. Al fin y al cabo, en el pasado así han sido las cosas. Eso, bien lo sabemos, no se logra sin apoyarnos en los que ya nos precedieron en esta reflexión. (Los cubanos y Martí.) Si no lo hacemos perdemos una oportunidad. El progreso no podría, hallaría otro sustento sino en lo que somos y hemos sido. Es así el desarrollo basado en la cultura.

De otro modo aparecen las atrofias y las monstruosidades. El nivel de conflictividad actual y los problemas económicos, sociales, étnicos, religiosos y ecológicos demuestran las tremendas complejidades y el carácter contradictorio del sistema mundial. La imposición de los intereses de unos cuantos sobre el resto de la humanidad constituye la causa fundamental de las tensiones en el escenario internacional. Éste no es un hecho nuevo, más bien explica todo el desarrollo histórico de la humanidad, la novedad radica en las proporciones globales que ha alcanzado.

Grave es, además, que esta tendencia lejos de mejorar se acentúe, incluso, que la lógica del actual sistema mundial esté llegando a sus límites tanto en el terreno social como en el económico y ecológico. Pero no demos paso al pesimismo, se puede también hablar de un importante inventario de logros en los últimos años. La humanidad tiene significativas reservas para encontrar solución a las contradicciones imperantes.

La construcción de conceptos y consensos, la denuncia de injusticias, la articulación de programas y proyectos de transformación y la generación de un contexto de paz han constituido las mejores razones de existir de la UNESCO. Y ahora, a partir del reconocimiento de que el desarrollo no es un problema único ni esencialmente técnico sino cultural, nuestra Organización pugna por un lugar diferente en un sistema de Naciones Unidas que todos queremos renovado y democrático para enfrentar los retos del siglo XXI.

América Latina cierra este siglo con uno de sus grandes objetivos históricos trunco: el desarrollo económico con equidad ha quedado en espejismo. Más aún, tiene hoy el triste expediente de ser la región con una distribución más desigual del ingreso, lo que demuestra que los problemas no residen sólo en la capacidad de generar riquezas sino, esencialmente, en su distribución, condicionada tanto por las estructuras de funcionamiento de sus sistemas económicos internos, como por la manera subordinada a través de la cual éstas se conectan al sistema mundial. América Latina vive la contradicción de ser pobre en lo material y muy rica culturalmente, a pesar de que esa riqueza cultural también ha sido y es agredida e ignorada por el efecto de la pobreza y la marginalidad. El legado cultural de la región, caracterizado por la doble condición de su gran diversidad y a la vez el origen histórico común, es el recurso más importante para el futuro. Si algo demostraron con fuerza los latinoamericanos en el siglo que termina ha sido su capacidad para pensarse a sí. La búsqueda, desde diferentes paradigmas teóricos, de alternativas

de desarrollo para nuestros países llegó a constituir auténticas escuelas de pensamiento, aún y cuando los resultados prácticos del proceso histórico no hayan sido suficientes y muchas de las contradicciones identificadas por nuestros pensadores se hayan agravado. Pero nos queda todavía la fuerza para continuar esa búsqueda, ahora probablemente con un profundo conocimiento y un mayor distanciamiento objetivo de los mitos del pasado.

Algunas experiencias de nuestra historia reciente demuestran cómo muchas de las tragedias sociales que nos agobian pueden ser superadas con un planteamiento nuevo que parta del interés común. De ahí que sea menester dejar planteado que la necesidad de integración es condición para nuestro desarrollo. He aquí otra cuenta no saldada. Hay que reconocer que, a pesar de ciertos avances, aún está muy lejos la meta deseada.

El énfasis fundamental de los procesos de integración en curso se da sobre todo en lo comercial. Sería preciso, no obstante, profundizar la dimensión social y cultural, que es la que en última instancia le puede dar largo aliento y consolidación a ese proceso. La integración debe definir de manera más clara sus objetivos para no correr el riesgo de que, lejos de favorecer los intereses más legítimos, termine favoreciendo una vez más la inserción, por vía subordinada, a la economía mundial. Se deben integrar esencialmente los pueblos no simplemente los capitales. Entender esto así es entender culturalmente la integración mediante el desarrollo. Hay que mirar

en ese sentido los válidos esfuerzos que realiza el MERCOSUR.

En conclusión, la cultura es elemento esencial del desarrollo endógeno, y las políticas han de aspirar a este reconocimiento, cada vez más explícito, promoviendo el diálogo intercultural en el ámbito nacional e internacional; deben propiciar la interacción mediante un flujo de información irrestricto entre los diferentes componentes de las redes que forman el entramado cultural; deben responder a los problemas reales de manera anticipatoria; deben promover la creatividad entre los ciudadanos sin distinciones ni exclusiones; deben promover la idea de nación, como comunidad multifacética y plural; deben propiciar la integración social y la equidad.

Las políticas culturales del mundo global deben empezar por un enfoque local que tome en cuenta las interacciones inevitables de todos los sistemas. Esas políticas intercomunicadas deben ser capaces de armonizarse sin detrimento de la diversidad y la preservación de los valores culturales y la ética global. En fin, deben de tomar en cuenta todos los elementos que conforman la vida cultural: la creación, la preservación y promoción del patrimonio histórico y natural, con especial énfasis, deben tender a integrarse con el conjunto de políticas que buscan el desarrollo, crear las interfaces y vínculos que armonicen a las partes de un todo que, finalmente, confluyen hacia el mismo objetivo.

La aspiración es de largo aliento, pero los mecanismos para alcanzarla ya están en marcha en nuestra región, y congresos, como el organizado por el Ministerio de Cultura

de Cuba, contribuyen significativamente a colocarnos en sintonía.

Preguntémonos de nuevo, para dejar la interrogante en el aire, ¿por qué en América Latina y el Caribe ha calado tan profundamente el tema de la cultura como base del desarrollo? Creo que la respuesta reside en una doble constatación: por un lado, reconfortante y, por el otro, decepcionante.

La gente de esta región se sabe dueña de una recia historia formada de mil aportes civilizacionales autóctonos y de otros llegados de fuera. Sabe que esas confluencias han hecho florecer a lo largo del tiempo a pueblos que han dejado como legado la sabiduría de la sobrevivencia y de la convivencia. Y, sin embargo, una carrera febril hacia no se sabe bien qué progreso perentorio, impuesto por los modelos globales, le impide ver y aprovechar ese cúmulo de saberes que bien puede aportar respuesta a su búsqueda del bienestar social, de la equidad y de la paz.

De ahí la frustración. Por envidiar al rey Midas, la región corre el riesgo de olvidar la infelicidad que ese mito entraña. No se puede avanzar a toda velocidad en un vehículo sin ver por el espejo retrovisor lo que nos antecedió; nos arriesgamos a perder el rumbo.

Hace justo cincuenta años se implantó en La Habana la Oficina de UNESCO para la Cultura en América Latina y el Caribe, fue la Oficina Hemisférica. Mucho ha cambiado la geopolítica desde entonces. Lo que no ha podido desmentir la historia es la importancia creciente que va asumiendo la cultura en el destino de los pueblos, en su desarrollo, en la preservación de sus señas de

identidad, en la salvaguarda de su dignidad. Es la cultura, son las culturas, las que harán contrapeso a la unipolaridad, al mando único del mundo, a la imposición del modelo *unisex*. Son las culturas las que generan, crean y recrean los recursos materiales y espirituales que dan vitalidad a un pueblo, a una nación. Lo demás es chatarra desechable, es basura, es impostura.

Si América Latina y el Caribe se siguen reinventando cada día y a cada instante, y si así construyen su porvenir, los latinoamericanos y caribeños no pueden, al mismo tiempo, querer su destrucción. El desarrollo basado en la cultura, que es genuina creación humana —en eso se parece a la divina—, axiológicamente se contrapone a la idea pura y dura del progreso material. Los valores que sustentan a la vida son culturales. El desarrollo de ésta encuentra su apoyo material y espiritual en la cultura.

A los Jefes de Estado y Gobierno

Sí, hay un mensaje —ante el hastío por los ajustes estructurales apoyados en cifras, estadísticas y encuestas—, que sus planes de gobierno tomen en cuenta el aporte de la cultura, que la desarrollen para que ésta, a su vez, sea nutriente que siga desarrollando a nuestros países. Que la cenicienta se despoje de sus harapos y muestre en todo su esplendor su esencia benéfica y bella.

(Presentación en el Congreso Internacional Cultura y Desarrollo, La Habana, marzo de 1999)

Industrias Culturales y Globalización: Procesos de Desarrollo e Integración en América Latina

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana de México

Este texto trata de caracterizar el papel de las industrias culturales en la globalización, con especial referencia al desarrollo sociocultural de América Latina en las dos últimas décadas. Voy a describir algunas tendencias generales, y luego se presentan breves análisis diferenciados en cada industria cultural. Por último, quiero sugerir cómo sería necesario repensar la esfera pública y la ciudadanía en relación con la integración latinoamericana.

i) La primera tendencia global es que las industrias culturales han pasado a ser los actores predominantes en la comunicación social y en la constitución de la esfera pública. En la formación de las naciones latinoamericanas la literatura, las artes visuales y la música proporcionaron los recursos culturales para las reflexiones fundacionales, la elaboración discursiva sobre lo que se llamaba "el ser nacional" y las imágenes que emblemizaban la identidad de cada nación: de Sarmiento y Arguedas hasta Neruda, Paz y Borges, desde el muralismo mexicano y boliviano hasta el tango y el folklore andino. Sólo la radio comenzó a desempeñar este papel unificador de las sociedades nacionales antes de la mitad del siglo, y el cine en los países que lo tenían (Argentina y México). Pero la estructura del desarrollo cultural cambia a partir de los años cincuenta con el surgimiento de la televisión, la expansión masiva de la radio en los mismos años y luego el video y la informática desde mediados de los ochenta.

Un sector creciente de la producción cultural se realiza en forma industrializada, circula en redes transnacionales de comunicación y es recibida por consumidores masivos que aprenden a ser públicos de mensajes desterritorializados: lo que un antropólogo brasileño, Renato Ortiz, denomina "un folklore internacional-popular". Las comunidades internacionales de espectadores reducen la importancia de las diferencias nacionales. Sobre todo las generaciones jóvenes guían sus prácticas culturales de acuerdo con información y estilos homogeneizados, captables por los receptores de diversas sociedades con independencia de sus concepciones políticas, religiosas o nacionales. Los

consumidores de diferentes clases sociales son capaces de leer las citas de un imaginario multilocalizado que la televisión y la publicidad agrupan: los ídolos del cine hollywoodense y de la música pop, los diseños de pintores famosos, los héroes deportivos y los políticos de varios países, componen un repertorio de signos en constante disponibilidad.

Los cambios que están ocurriendo en la cultura desde mediados de este siglo, especialmente desde los años sesenta a la actualidad, pueden condensarse en la diferencia entre *internacionalización* y *globalización*. La *internacionalización* de las economías y las culturas, desarrollada en el transcurso de la modernidad, consistió en abrir las fronteras geográficas de cada sociedad para incorporar bienes y mensajes de otras. En un período de *globalización*, en cambio, se produce una interacción funcional de actividades económicas y culturales dispersas, generadas por un sistema con muchos centros, en el que son más decisivas la velocidad para recorrer el mundo y las estrategias para seducir a los públicos, que la inercia de las tradiciones históricas locales (Appadurai, Arizpe, Castells, Hannerz, Ortiz).

Sin duda, este proceso es más claramente perceptible en los circuitos de comunicación electrónica. Pero abarca, en cierta medida, casi todas las áreas de desarrollo cultural, incluso las artes y artesanías tradicionales. Como consecuencia, recoloca el sentido de los actores mencionados: los

Estados nacionales, las iniciativas privadas y los organismos independientes.

ii) Una segunda tendencia, derivada de la anterior, fue que la cultura pasó a tener un lugar prominente y estratégico en el desarrollo socioeconómico. Cuando se pensaba que la cultura consistía en libros y cuadros se los podía concebir como aspectos suntuarios de la vida social, ocupaciones de fin de semana, insignificantes en las cuentas económicas de la nación. En la actualidad los movimientos mundiales de la industria musical alcanzan los 40 mil millones de dólares, 90% de los cuales se concentran en las seis *mayors*: BMG, EMI, SONY, Warner, Polygram y Universal (Yúdice). Las exportaciones de la industria audiovisual constituyen el segundo rubro en ingresos por exportaciones de la economía norteamericana, luego de la industria aeroespacial. En Estados Unidos el sector cultura, sobre todo por la producción y exportación audiovisual, representa el 6% del producto interno bruto y emplea a 1.3 millones de personas, más que la minería, la policía o la forestación. En Francia abarcaba en 1992 el 3.1% del PIB. En los países latinoamericanos más desarrollados, como Argentina, Brasil, Colombia y México, la producción y la venta de discos y libros, de equipamientos culturales y de entretenimiento, de telenovelas y videos, creció en forma impresionante desde los años setenta, constituyendo un mercado de bienes simbólicos tan significativo como el de otros productos. Brasil, que ocupa el sexto lugar en el mercado mundial de discos, factura

más de 800 millones de dólares por año (Álvarez). Pese a los altibajos de algunas ramas, por ejemplo la industria editorial y la del cine, el conjunto de la producción cultural constituye un importante campo de inversión, circulación de capital y generación de empleos.

Durante la década de los noventa, los acuerdos de libre comercio (TLC, MERCOSUR, etcétera) han vuelto más patente la importancia económica de las comunicaciones masivas y su papel como instrumento de conocimiento recíproco, integración y segregación entre las naciones. Aun en los casos en que los tratados de liberalización comercial no incluyen a la cultura en la agenda de negociación, como el firmado entre México, Estados Unidos y Canadá, la intensificación de los intercambios está favoreciendo convenios entre empresas editoriales y de televisión en esos países.

Los cambios económicos se acompañan con modificaciones de las imágenes que unas sociedades tienen de otras. Estas representaciones culturales condicionan la disposición y las dificultades de los intercambios económicos. A ello se agrega la internacionalización de la producción cultural, que genera nuevos desafíos: la necesidad de diseñar políticas que promuevan y regulen la producción y la comercialización de la cultura más allá de las fronteras nacionales, acuerdos sobre aranceles, propiedad intelectual, e inversiones extranjeras y multinacionales, derechos de los consumidores y otras cuestiones en las que está casi todo por hacer en el continente latinoamericano.

iii) Una tercera característica de este proceso es que, en los mismos

años en que las industrias culturales pasaron a ocupar este lugar central en el mundo, se fue perdiendo en los países latinoamericanos capacidad de producción endógena. En parte esto se debe a la estructura oligopolista y al alto nivel de concentración de la producción industrial de cultura, que da al mundo anglosajón, y sobre todo a Estados Unidos, los mayores beneficios. La asimetría también se acentúa por la reducción de las inversiones estatales en América Latina, la transnacionalización de la propiedad de los medios y la expansión del consumo en una franja muy estrecha de la población. Tres advertencias: a) esto no ocurrió sólo por la transnacionalización de la cultura y la economía; b) no sucedió del mismo modo en todas las industrias culturales; c) no ocurrió de igual manera en todos los países. Para comprender estas diferencias voy a describir la situación en cada una de las principales áreas culturales.

La cultura latinoamericana en la recomposición de los mercados transnacionales

1. *La industria editorial.* ¿Qué queda de la vasta producción de libros y revistas que hubo en Argentina, México y algunos otros países latinoamericanos entre los años 1940 y 1970? En parte por su propio liderazgo económico y cultural, en parte con el impulso de exiliados españoles, estos países publicaron lo que escribían los principales autores de toda América Latina y muchos de España. Además, tradujeron un alto número de libros europeos, norteamericanos y algunos asiáticos. Fue en este campo donde nuestro continente logró, en términos económicos, literarios y periodísticos, una participación más intensa

en la circulación inter-nacional de bienes culturales. Además, ese desarrollo editorial fue importante en la formación de una ciudadanía ilustrada.

La declinación de las economías de esta región en las últimas dos décadas y el avance español en el mismo período modificaron esa situación. Argentina y México producen menos de 10 mil títulos por año, en tanto España supera los 50 mil. Se han cerrado editoriales y librerías, muchos diarios y revistas quebraron o redujeron sus páginas. Unas cuatrocientas empresas editoriales mexicanas cerraron a partir de 1989, y entre las sobrevivientes no llegan a diez las de capital nacional que publican más de 50 títulos por año (Citesa, Era, Esfinge, Fernández, Fondo de Cultura Económica, Limusa, Porrúa, Siglo XXI y Trillas). El aumento internacional del precio del papel, agravado por la devaluación del peso mexicano, es una de las causas de este retroceso. Otros motivos son la reducción general del consumo por la pauperización de las clases medias y populares, y la conversión de los libros en simples mercancías, sin los beneficios arancelarios ni la exención de impuestos que tuvieron en otro tiempo.

¿Puede el desarrollo del libre comercio favorecer un relanzamiento de las editoriales latinoamericanas? en rigor, la liberalización comercial de este campo en México comenzó hace veinte años. Fueron las editoriales españolas las que más aprovecharon la apertura económica para traer sus productos al mercado mexicano, asociarse con editoriales nacionales o directamente comprarlas. Por la comunidad de lengua y tradiciones

culturales. España parece seguir siendo el interlocutor comercial que más puede beneficiarse en el futuro. Aunque la situación se ha complicado por la "europeización" de la industria española: varias casas de Madrid y Barcelona que habían comprado editoriales mexicanas fueron a su vez absorbidas en la década del ochenta por empresas de otros países europeos (Anaya adquirió a Alianza, Labor y Nueva Imagen; Mondadori a Grijalbo; Planeta a Ariel y Seix Barral, el grupo Berstelman a la Editorial Sudamericana).

Se observan cambios también originados por el Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, que comenzó a aplicarse en 1994. Varias editoriales estadounidenses, por ejemplo McGraw Hill y Prentice Hall, han entrado al mercado mexicano con diccionarios, libros de texto de secundaria, para universidades, y libros "de superación personal". Algunos editores suponen que la incidencia futura de los empresarios estadounidenses no se producirá tanto en la generación de nuevas casas editoras como en el proceso de producción: papel, maquinaria, y como ya ocurre, ediciones de alta calidad (color, pasta dura), para lo cual disponen de infraestructura y personal más calificado (Alatríste; García Canclini, 1996).

Hay datos indicativos de que el acercamiento actual entre México y Estados Unidos puede suscitar tantos cambios en el mercado editorial estadounidense como en el mexicano. La novela de la mexicana Laura Esquivel, *Como agua para chocolate*, superó el millón de ejemplares en inglés, y, además, vendió 200 mil ejemplares en español; en Estados Unidos libros

de García Márquez, Carlos Fuentes y Julio Cortázar se venden en tiendas de autoservicio de Nueva York, California y Texas. Por primera vez existe en Estados Unidos un mercado de derechos de autor en lengua española. Así como la sección de "música latina" creció en Tower Record y otras cadenas importantes, los títulos de origen español más vendidos comparten sitios preferentes con los *best seller* en inglés. Los escritores chicanos contribuyen a este reconocimiento a "lo latino". La "americanización" de América Latina se compensa, en alguna medida, con la latinización de Estados Unidos. Pero salvo unas pocas transnacionales, ni las editoriales ni los gobiernos latinoamericanos han generado programas para aprovechar estas oportunidades.

¿Cómo se desarrolla la circulación de libros mexicanos y argentinos en América Latina, mercado "natural" por la lengua, los intereses históricos compartidos y los estilos de consumo de los lectores? Las ventas se han visto reducidas por las dificultades económicas y políticas de toda la región. El único país donde el gobierno impulsa con decisión la industria editorial es Colombia: la Ley del libro promulgada en 1993, que libera de impuestos por 20 años a los editores residentes en ese país y les garantiza la compra del 20% de todas sus ediciones para bibliotecas está fomentando el desarrollo de una sólida industria editorial con capitales transnacionales y creciente capacidad de exportación. En los demás países la legislación es anacrónica, y son más las trabas para la circulación de libros y revistas que los programas de promoción de la producción, la difusión y la lectura.

En tales condiciones, siguen vigentes las propuestas del CERLALC, organismo de la UNESCO para el libro latinoamericano, acerca de las medidas necesarias para fortalecer el intercambio regional, algo así como un "mercado común latinoamericano del libro"; desgravación de insumos para el sector editorial (y en particular libre tránsito de negativos con contenido editorial); facilitar la importación de equipos para la industria gráfica; abatir costos con tiradas amplias y reforzar las condiciones intrarregionales; suprimir toda clase de aranceles y otras trabas no arancelarias para la circulación de libros; mejorar y abaratar los medios de transporte (aéreo, marítimo y postal); dar incentivos a la exportación y créditos a la importación de libros; adherir plenamente a los convenios internacionales de protección a la propiedad intelectual; definir políticas nacionales del libro, unificar la legislación correspondiente y crear organismos rectores, en donde estén bien representados los intereses sociales y privados del sector editorial.

2. Televisión, cine y video: hacia una cultura multimedia. Partamos de lo que ha ocurrido con el medio audiovisual que recorrió todo el siglo XX: el cine. Sus transformaciones en los modos de producir y en el acceso de los públicos revelan el tipo de recomposición multimedia que ha ocurrido en el campo audiovisual. Se ha hablado y publicado mucho sobre "la muerte del cine". Pero las cifras revelan que actualmente se ven más películas que en cualquier época anterior. Lo que ocurre es que se ven en la casa: en televisión o en video. De los 16 millones de hogares mexicanos, más de 13 millones cuentan con televisor y

más de 6 millones con videocasetera. Existen 9.500 videoclubes distribuidos en todo el país, incluso en zonas populares y en pequeños pueblos campesinos que amplían el acceso a la oferta cinematográfica. Una expansión semejante de los entretenimientos audiovisuales a domicilio se observa en los demás países de América Latina, aunque en algunos casos —el más notorio es Argentina— la televisión por cable se convierte en el negocio más próspero: actualmente, más de 60% de los hogares de este país cuenta con dicho servicio.

En conjunto, América Latina está mal colocada en el aprovechamiento productivo de estos nuevos circuitos comunicacionales. La producción de películas ha caído durante la década del noventa en Argentina, Brasil y México; y es poco significativa en otros países. Aún peor es lo que sucede en la exportación.

Los países latinoamericanos transmiten en promedio más de 500 mil horas anuales de televisión: en Colombia, Panamá, Perú y Venezuela hay más de una videocasetera por cada tres hogares con televisión, proporción más alta que en Bélgica (26.3%) o Italia (16.9%) (Roncagliolo). Pero una pequeñísima parte de la producción latinoamericana de cine se halla en video. Somos subdesarrollados en la producción endógena para los medios electrónicos, pero no en el consumo audiovisual.

Esta asimetría entre una producción propia débil y un consumo elevado, se manifiesta como una baja representación en las pantallas de las culturas nacionales o latinoamericanas y una enorme

presencia de entretenimientos e información originados en Estados Unidos. Pero este desnivel no es igual en todas las sociedades. Deben distinguirse, como lo hace Rafael Roncagliolo, los países exportadores e importadores. En verdad, sólo dos, Brasil y México, están "incorporados a la economía global de bienes culturales, y son sedes de gigantes del audiovisual, Red Globo y Televisa respectivamente". "Globo es básicamente un exportador de audiovisuales, que condujo a Brasil al cuarto lugar como productor y tercero como exportador audiovisual, pero no ha transnacionalizado su producción; Televisa, en cambio, actúa en la región como una genuina corporación transnacional, que compra canales e internacionaliza sus actividades productivas" (Roncagliolo).

Luego, hay unos pocos países "incipientemente exportadores": Argentina, Venezuela, y en menor medida Colombia, Chile y Perú. Como afirma el mismo autor, estos países tienen una situación ambigua, "pues por un lado están buscando mercados para su producción cultural y, por el otro, tienen que defenderse frente a la penetración, ya no sólo de las empresas extrarregionales, sino de las propias transnacionales latinoamericanas, como Televisa.

En tercer lugar, se encuentra el resto de los países, "netamente importadores", donde la casi totalidad de los mensajes proceden de Estados Unidos. Aunque aun donde se cuenta con mayor producción propia, como en la televisión brasileña, mexicana y argentina, más del 70% de las películas y series son importadas de Estados Unidos, y los programas de

este país ocupan más del 50% del *prime time*. La producción nacional se dedica sobre todo a noticiarios, que por lo tanto es la franja más cercana a los intereses cotidianos de la audiencia, en tanto los programas de entretenimiento tienen una composición importada mayor.

El desequilibrio entre la débil producción endógena y el consumo crecientemente importado se acentúa en la medida en que los medios masivos “clásicos” (radio, cine, televisión) se integran en autopistas de la comunicación. A este proceso de concentración tecnológica se agrega la reorganización monopólica de los mercados que subordina los circuitos nacionales a sistemas transnacionalizados de producción y comercialización.

Todo esto adquiere importancia no sólo por su significado cultural. Las industrias comunicacionales se colocan entre los agentes económicos más dinámicos, principales generadores de inversiones y empleos, o sea que ocupan un lugar clave como impulsoras del desarrollo y de los intercambios multiculturales.

Por eso, es crucial la pregunta de quiénes van a manejar estas redes en los próximos años. La producción audiovisual de información y entretenimiento está mayoritariamente en manos estadounidenses, mientras el 70% de las ventas mundiales de aparatos electrónicos para el gran público es controlado por firmas japonesas.

Reencontrar al público en la cultura globalizada

A medida que las industrias culturales se apropiaron de la mayor parte de la vida pública, han experimentado un proceso de

privatización, transnacionalización y desresponsabilización respecto de los intereses públicos en la vida social. ¿Cómo elaborar políticas culturales que vinculen creativamente a las industrias culturales con la esfera pública de acuerdo con la lógica de la actual etapa de globalización e integraciones regionales? No nos sirven los esquemas conceptuales empleados en la época en que las relaciones internacionales se entendían en términos de imperialismo, dependencia y culturas nacionales con relativa autonomía.

Tenemos que preguntarnos cómo se reformulan la esfera pública y la ciudadanía a escala transnacional. Un primer cambio es, justamente, que lo público se está rehaciendo en relación con las industrias culturales. Los análisis históricos demuestran que esta noción atravesó la modernidad con diversos significados. En los siglos XVIII y XIX europeos, en América Latina durante el siglo pasado y buena parte del actual, la esfera pública fue concebida como un espacio desde el cual luchar contra los Estados despóticos, contra los abusos y arbitrariedades de los monarcas y dictadores que sometían la vida social y económica a sus intereses privados. Luego, se erigió lo público como defensa de lo social frente a la voracidad monopólica de las empresas capitalistas, las amenazas que esto representaba para la libre comunicación entre ciudadanos y los riesgos de reducir la participación social a prácticas de consumo (Arendt, Habermas). En un tercer momento, desde mediados de este siglo, la importancia adquirida por la radiodifusión como servicio público llevó a pensar este tipo de

comunicación como modelo de una esfera pública de ciudadanos que deliberan con independencia del poder estatal y del lucro de las empresas (Gamham). Es innegable que estas maneras de defender lo público generaron espacios emancipatorios, donde crecieron la información independiente y la conciencia ciudadana, se legitimaron las demandas de la gente común y se limitó el poder de los grupos hegemónicos en la política y los negocios.

Sin embargo, estas concepciones y sus aportes al proceso emancipatorio están siendo problematizados por varias razones: a) la recomposición de la esfera pública dentro de cada país y el cuestionamiento de las formas clásicas de representatividad (partidos, sindicatos, movimientos sociales, iglesias), tema sobre el cual no puedo extenderme aquí pero que sabemos afecta también la capacidad representativa de los medios comunicacionales públicos; b) la reducción del papel de los Estados como proveedores de servicios públicos y el estrechamiento de sus recursos financieros en un período en que las innovaciones tecnológicas y el encarecimiento de la producción comunicacional exigen altas inversiones, que son más accesibles al sector privado: las iniciativas de renovación y expansión dejan de estar en manos de la British Broadcasting Company (BBC), de la RAI italiana, y de los medios estatales o paraestatales semejantes en Europa y América Latina, que ceden ese papel a Murdoch, Berlusconi, CNN, Globo y Televisa; c) el aumento de la competencia transnacional por los mercados y la innovación tecnológica, que subordina a la rápida acumulación mercantil las

tareas culturales y la responsabilidad informativa, llevando incluso a la “autocomercialización” a las radios y los canales de televisión públicos; d) el reordenamiento de la esfera pública a escala multinacional gracias a las redes tecnológicas (televisión por cable y vía satélite, circuitos computacionales), cuya “Geografía” trasciende los territorios nacionales y la vigilancia de los Estados; e) la transferencia de funciones clásicas de los aparatos comunicacionales y de política cultural de los Estados nacionales a radios comunitarias y televisoras regionales.

Cuando la esfera Pública ya no se deja abarcar en el ámbito de cada nación, es necesario ampliar el análisis de lo público, más que como un *espacio*, como *circuitos y flujos* que articulan lo nacional y lo global. John Keane define la esfera pública como “un tipo particular de relación espacial entre dos o más personas, usualmente vinculadas por algún medio de comunicación (televisión, radio, satélite, fax, teléfono, etcétera), en el cual se producen controversias no violentas, durante un tiempo breve o más extendido, referidas a las relaciones de poder que operan dentro de su medio de interacción y/o dentro de los ámbitos más amplios de estructuras sociales y políticas en las cuales los disputantes están situados” (Keane, 8).

¿Cómo interactúan los contendientes de diferentes escalas geográficas y comunicacionales? Hay que distinguir primero, según este autor, esferas *micropúblicas*, espacios locales en los que intervienen decenas, centenares o miles de participantes. Son ejemplos las reuniones de vecinos, una iglesia, cafeterías y, por

supuesto, movimientos sociales que funcionan como laboratorios locales de comunicación ciudadana. Keane menciona también un caso menos convencional: los grupos de niños que se organizan en torno de los videojuegos para utilizarlos e intercambiarlos, “crean una cultura cotidiana de historias que se narran en el salón de clases” y comparten un lenguaje que los diferencia de los adultos. Las polémicas acerca de si los videojuegos provocan adicción a una visualidad frívola y banalizan la violencia contra mujeres o minorías, o, en cambio, enseñan la interactividad, afinan la coordinación entre la vista y las manos, y habitan a codeterminar los resultados de un juego mediado electrónicamente, apuntan a algunos nuevos dilemas en que se debate la recomposición tecnológica y audiovisual de lo público (Sarlo).

En segundo término, las *mesoesferas públicas* aluden a la dimensión del Estado-nación, en que millones de personas debaten sobre el poder a través de diarios de circulación nacional (*New York Times*, *Le Monde*, *A Folha de Sao Paulo*, *Clarín*, *El País*) y los medios electrónicos con alcance semejante. En los últimos años, el predominio de estos medios sobre la comunicación local, y su administración por empresas privadas, muestra el declinante papel de los “servicios públicos” o paraestatales y la hegemonía de actores privados en las controversias sobre el poder. La irrupción en la vida política de figuras como Silvio Berlusconi señala los extremos más inquietantes de esta tendencia. Pero su estrategia más frecuente no consiste en apoderarse directamente de la escena pública sino en intervenir en ella mediante

la publicitación de escándalos políticos y familiares. A veces, esta acción mediática contribuye a transparentar el campo político, pero su finalidad preponderante es aumentar la audiencia y el éxito comercial de estos medios. Primero en la televisión, y ahora, también, en los diarios, esta reorganización de los vínculos entre lo público y lo privado ha cambiado el sentido de la vida pública al desplazarla del debate argumentado a las narrativas espectacularizadas.

Los procesos de globalización e interacción regionales llevan a conocer también la existencia de lo *macropública*. A las agencias de noticias que desde hace décadas cubren todo el planeta, se agregan las transnacionales multimedia (Time-Warner, Bertelsman). Si bien éstas se expandieron, según Keane, como un fenómeno de la economía política más que con el fin de reorganizar el ámbito público, de hecho su modo de concentrar el talento periodístico y creativo, las innovaciones tecnológicas y los canales de difusión, las convierten en los grandes administradores de la información y el entretenimiento mundial. La fluida comunicación global impulsada por este proceso establece comparaciones constantes entre los “estándares de vida” de regiones y países alejados, propicia debates públicos transnacionales (aunque los hechos ocurran en uno o dos países), como se vio en las guerras de las Malvinas y del Golfo, las crisis financieras de México y el sureste asiático. Pasamos de la cámara de diputados y la televisión nacionales al mundo de la comunicación por satélite como escena deliberativa. Los cambios se producen tanto en los macroagentes comunicacionales como en los emisores locales, y por supuesto en la recepción: las

cámaras que filman los acontecimientos globales encuentran que desde los estudiantes chinos, en la Plaza de Tiananmen, hasta los zapatistas, en la selva de Chiapas, los reciben con pancartas en inglés para ser comprendidos en todas partes.

Al mismo tiempo que los referentes identitarios se sitúan en escenas nacionales e internacionales, en disputas ciudadanas y en las prácticas de consumo, también lo público, entendido en parte como los lugares y circuitos en que se delibera sobre la vida social, trasciende el Estado-nación. Keane tiene razón al decir que ni siquiera las primeras esferas públicas modernas se limitaban al ideal habermasiano de la discusión racional; también se desenvolvían en formas de comunicación como la ópera, los deportes y las artes visuales. Los cambios recientes hacen aún más evidente que lo público se desarrolla tanto en los diarios y la radiodifusión como en los entretenimientos, no sólo en los medios bajo control estatal, o concebidos como servicio público sino también en los *talk shows* televisivos, los videojuegos, los concursos en que se premian éxitos personales y habilidades como si fueran desempeños públicos. En relación con el propósito de este texto, diré que —así como la antropología demostró hace tiempo que todo esto es cultura— la nueva reflexión sobre lo público y la ciudadanía lleva a reconocer que estos diversos circuitos deben ser competencia de la política cultural.

Es necesario avanzar más allá de esta valiosa propuesta de Keane. La fascinación con la globalización de las comunicaciones no puede hacernos descuidar la persistencia de viejas asimetrías y

desigualdades, y la producción de otras nuevas, entre ciber-ricos y ciber-pobres, entre informados y entretenidos. Es cierto que más que la radio y la televisión, las comunicaciones electrónicas —especialmente Internet— están volviendo más horizontales y recíprocas las comunicaciones. En la esfera pública supranacional se pueden acentuar los aspectos electivos y contractuales de la participación social y política en la medida en que las tecnologías recientes faciliten que las controversias, la defensa de los derechos humanos y la circulación de la información que sirve para innovar y tomar decisiones se efectúen en redes de “netizens”, ciudadanos que enlazan sus privacidades en la construcción de nuevos desempeños públicos. Pero ni siquiera en el manejo de las ONG mejor organizadas está claro cuánto pueden modificar estas comunicaciones horizontales las inercias con que las macroempresas y los estados reproducen la hegemonía y las desigualdades. La asimetría en el acceso a la cultura de países centrales y periféricos se acentúa en las tecnologías de avanzada. Las redes de Internet en las que algunos ven una oportunidad de incrementar la participación social, según datos de mediados de 1998, cuentan en Estados Unidos con más de 20 millones de *hosts* (sitios desde los cuales se difunde la información), en tanto los dos países latinoamericanos con mayor participación son Brasil con 117.200 y México con 41.656. Mientras una quinta parte de los estadounidenses son usuarios de la red de redes, los países latinoamericanos que más la usan no alcanzan a incluir al 2% de la población. Estos datos tienen que ver con diferencias de nivel educativo, el costo diez veces

menor del servicio en Estados Unidos y el hecho de que 70% de los textos están en inglés y apenas 1.78% en español (Trejo Delarbre).

Medios, cultura y calidad de vida

Para desarrollar un pensamiento crítico sobre las transformaciones de lo público suscitadas por las nuevas tecnologías es necesario situarlas en sus condiciones



sociales de producción, circulación y recepción. O sea, que debemos replantear ciertos modos maniqueos de pensar lo social en los que lo público se oponía tajantemente a lo privado, y se acompañaba con disyuntivas igualmente esquemáticas entre Estado e iniciativa privada, entre lo nacional y lo foráneo.

Como un ejemplo de lo que es necesario reformular, voy a ocuparme de dos nociones básicas del pensamiento moderno: el interés público y la calidad de vida. Ambas son redefinidas bajo la globalización, y como consecuencia los Estados encuentran dificultades

para ocuparse de ellas. Una dificultad para encarar la nueva situación reside en que el interés público y la calidad de vida suelen definirse por los contenidos. No quiero repetir la inconsistente división entre contenido y forma, pero debo hablar de contenidos porque gran parte de las apologías de la cultura nacional se asientan en una sobrevaloración aislada de ese aspecto. Escuchamos todavía

que las principales razones para proteger el cine y la televisión nacionales serían que hablan de temas "propios" y narran historias "nuestras". La convicción de que los pueblos necesitan afirmar su identidad se vuelve el núcleo argumental en las defensas de la producción audiovisual de cada país, y se supone que los medios masivos "nacionales" serían los más capacitados para representar la propia cultura y las necesidades de los ciudadanos de cada nación.

No es este el modo en que aparecen interpretados el interés público y la calidad de vida por los espectadores. Al hacer estudios

sobre consumo de cine, televisión y video, he visto que los públicos tienden a comprender el interés público y la calidad de vida (en este ámbito del consumo) de un modo diferente al pensamiento ilustrado moderno. Los espectadores estiman públicamente valioso aquello que mejora sus condiciones de acceso y disfrute de los bienes culturales. No son los contenidos lo que aparece en primer lugar en sus valoraciones. Tampoco son cuestiones formales, si las caracterizamos de acuerdo con la estética culta: por ejemplo, la innovación del lenguaje o la experimentación narrativa de las películas y los programas televisivos. El aprecio de la mayoría de los espectadores se dirige más bien a la calidad técnica de los medios de comunicación, su espectacularidad audiovisual (que se apoya en esa competencia técnica), la confortabilidad del acto de consumo y el placer que una historia bien narrada, con ritmo y acción, proporcione a sus disposiciones estéticas rutinarias. Estas disposiciones estéticas no se arraigan exclusivamente en la cultura nacional. En un mundo donde predomina desde hace décadas la cultural estadounidense en las pantallas de cine y televisión, el gusto mediático ha incorporado la iconografía y los modelos afectivos e intelectuales de ese país, tanto en las audiencias masivas como en las de mayor nivel educativo (García Canclini, 1998).

¿Qué consecuencias tiene esto para las políticas culturales? Nos conduce, por una parte, a dar más importancia a lo que los sectores masivos entienden por interés público en relación con la calidad de vida.

Sin embargo, este asunto se vuelve problemático cuando registramos de

qué manera los medios se vinculan con estas expectativas de las audiencias. Varios estudios de los años noventa describen la reducción de la cultura pública a la búsqueda del lucro privado, del debate sobre los dramas sociales a su intensidad momentánea y a una obsolescencia programada (Martín Barbero, Sarlo).

Pero también llama la atención que en las políticas estatales de todos los países se practique, en sentido opuesto, la misma escisión entre cultura y medios. Al considerar que los poderes públicos deben ocuparse sólo del patrimonio histórico, el arte y la literatura, la televisión, la radio, los videos y la informática son dejados bajo el dominio de empresas privadas. Salvo unas poquísimas radios y televisoras culturales, y acciones cada vez más débiles de estímulo al cine, las acciones públicas prácticamente están ausentes ante las audiencias masivas.

Cuando señalaba antes una asociación entre privatización, transnacionalización y desresponsabilización respecto de los intereses públicos, estaba pensando en esta dificultad de los empresarios privados, librados a la simple lógica del mercado, para asumir las tareas públicas de la comunicación y el desarrollo cultural; y a la vez, la desresponsabilización, respecto de lo público de parte de los Estados que antes se ocupaban más de la cultura "clásica", y no han desarrollado nuevas acciones respecto de la etapa de industrialización y transnacionalización de la cultura.

¿Qué podemos esperar en este proceso del Estado y de los organismos supranacionales (UNESCO, BID, OEA, Convenio

Andrés Bello, SELA, MERCOSUR)? Estas instancias, en tanto representan intereses públicos, pueden contribuir a situar las interacciones comerciales en relación con otras interacciones sociales y culturales donde se gestiona la calidad de vida y que no son reductibles al mercado, como los derechos humanos, la innovación científica y estética, la participación social, la preservación de patrimonios naturales y sociales. Los órganos estatales y supranacionales pueden operar como un conjunto de actores que reconoce que el mercado es insuficiente para garantizar los derechos sociales y culturales, las reivindicaciones políticas de mayorías y de minorías. A diferencia de la oposición realizada en otro tiempo entre el Estado y los organismos intergubernamentales, y por otro lado las empresas, hoy concebimos al Estado como lugar de articulación de los gobiernos con las iniciativas empresariales y con las de otros sectores de la sociedad civil. Una de las tareas de regulación y arbitraje que debe ejercer el Estado es no permitir que la sociedad civil se reduzca a los intereses empresariales, e incluso que los intereses empresariales, e incluso que los intereses empresariales se reduzcan a los de los inventores (como se propuso en el Acuerdo Multilateral de Inversiones).

Hacer políticas culturales y de integración en medio de las nuevas formas de privatización transnacional exige repensar tanto al Estado como al mercado, y la relación de ambos con la creatividad cultural y la participación social. Una de las inconsistencias del liberalismo moderno fue creer que la libre asociación de los individuos en el mercado generaría

la creatividad y prosperidad de todos. En los últimos tiempos se tiende a trasladar al libre comercio internacional entre empresas esa potencialidad virtuosa. Así como se ha revelado infundada, y finalmente ineficaz, la pretensión del Estado de controlar la creatividad cultural, también debemos cuestionar la afirmación de que el libre mercado favorece la libertad de los creadores y el acceso de las mayorías. Pero esta disyunción moderna entre Estado y mercado se muestra insostenible no sólo en relación con los productores de arte y comunicación, sino también con la manera en que hoy se concibe la creatividad sociocultural de los receptores.

Si la creación cultural se forma también en la circulación y recepción de los productos simbólicos ¿cuál es el papel de las políticas culturales en esos momentos posteriores a la generación de bienes y mensajes? Después de las temporadas en que el Estado intervino a través de la censura, y el "libre" mercado lo hizo mediante la segregación comercial del acceso, tal vez llegó el momento de averiguar cómo coordinar a ambos para que participen de modo más democrático en la selección de lo que va a circular o no, de quiénes y con qué recursos se relacionarán con la cultura. La privatización creciente de la producción y difusión de bienes simbólicos está ensanchando la grieta entre los consumos de las elites y de las masas: el 95% de la población está adscripto a las tendencias más elementales de la comunicación masiva transnacional a través de la radio y la televisión gratuita, mientras un 5%, conectado al desarrollo global a través de los satélites, las computadoras y otros recursos tecnológicos avanzados, conoce las innovaciones en el trabajo y en el

consumo, y obtiene la información necesaria para tomar decisiones. En tanto las tecnologías avanzadas facilitan la circulación transnacional, el abandono de los Estados de su responsabilidad por el destino público, y la accesibilidad de los productos culturales, sobre todo de las innovaciones tecnológicas y artísticas, está agravando la brecha. La restauración desregulada y transnacional de la producción y difusión de la cultura neutraliza mucho más que el papel del Estado: la misma pregunta por el sentido público de la creatividad y la pluralidad cultural. Las políticas dedicadas a reequilibrar la distribución de la información y el entretenimiento de calidad son decisivas para generar la participación social de todos los sectores, bien informados de las nuevas condiciones nacionales y globales en las que su acción tiene sentido y eficacia. Esta corrección de la dualización cultural puede hacerse con políticas estatales que regulen la acción de los medios e impulsando acciones societales, como la formación de organizaciones de televidentes o consumidores culturales, *ombudsman* de los medios masivos, etcétera. Si se aspira a reemplazar la democracia pasiva por una democracia inteligente donde el ciudadano está ampliamente informado" (Kliksberg), es necesario que las relaciones entre medios y audiencias contribuyan a hacer inteligible la vida social y no sólo a espectacularizarla para espectadores pasivos.

Propuestas políticas para la ciudadanía cultural y la participación social

Cuando nos preguntamos qué cine y qué televisión queremos, estamos diciendo qué clase de espacio

audiovisual y de integración latinoamericana elegimos, y con qué otras regiones priorizamos la relación. Si estamos convencidos de que las industrias culturales son un instrumento clave para fomentar el conocimiento recíproco y masivo entre los países latinoamericanos, y con otras áreas, *la renovación de la legislación, la profesionalización de la gestión cultural y la participación de creadores y receptores en estas decisiones deben ser partes prioritarias de las políticas culturales*. Esta participación social, a través de organizaciones de artistas y consumidores culturales, y con el apoyo de esa figura aún escasa en América Latina que es el *ombudsman*, puede lograr que las diferencias culturales sean reconocidas, que aún los sectores históricamente menos equipados para intervenir en la industrialización de la cultura, como los países periféricos, los indígenas y los pobres urbanos, comuniquen sus voces y sus imágenes. Que no haya lugar en las políticas culturales sólo para lo que al mercado le conviene sino también para la diferencia y la disidencia, para la innovación y el riesgo, para elaborar imaginarios colectivos multinacionales y más democráticos.

¿Puede la creatividad ser objeto de políticas? En parte sí, pensando que los creadores no son, como suponían las estéticas idealistas, dioses que emergen de la nada, sino de escuelas de cine y facultades de humanidades y de comunicación, que necesitan editoriales, museos, canales de televisión y salas cinematográficas para exponer sus obras. Pero también porque la creatividad sociocultural implica a los públicos.

Decir que los lectores y espectadores tienen la última palabra en la decisión de lo que merece circular —y ser alentado— resulta una afirmación engañosa en sociedades donde los Estados cada vez hacen menos por formar públicos culturales a través de la educación, con bibliotecas entendidas como depósitos de libros y casi nunca como clubes de lectura, sin acciones que faciliten un acceso más parejo a todos los bienes simbólicos.

Los actuales procesos de integración económica están ofreciendo mejores condiciones que en toda la historia anterior de América Latina para avanzar en la coordinación de políticas regionales y con otras regiones. Sin embargo, los acuerdos firmados y los que se están gestionando no asignan a la integración y el intercambio culturales el lugar que deben tener como contexto y sentido del desarrollo conjunto. Los cambios económicos y tecnológicos que condicionan el mero desarrollo cultural van a una velocidad que no es seguida por los cambios de las instituciones públicas. Los pasos más ambiciosos en esta dirección han sido dados por algunas empresas comunicacionales privadas, pero éstas hacen muy poco para construir culturalmente *el espacio público de la integración*. Una acción más decidida de los gobiernos, los organismos internacionales y los movimientos socioculturales podría encarar, entre otras tareas, las siguientes, que sugerí en la reunión sobre industrias culturales e integración latinoamericana, realizada en julio de 1998, en Buenos Aires, con el auspicio del SELA, la UNESCO y el Convenio Andrés Bello.

a) Crear un Sistema Latinoamericano de Información Cultural. Su principal función sería reunir estadísticas confiables de todos los países de la región, que registren el desarrollo y las tendencias de las inversiones culturales (estatales y privadas), de los consumos (especialmente de industrias culturales) y de las percepciones interculturales (imágenes de los otros países de la región y del espacio euroamericano y norteamericano). Este Sistema documentará, además de estadísticas, información reciente sobre avances tecnológicos utilizables en actividades culturales, legislación e iniciativas que contribuyan a incrementar el financiamiento público y mixto de programas culturales (exención de impuestos, creación de fondos de desarrollo artístico, libre circulación aduanal junto con control de tráfico y pirateo de bienes culturales). No habrá un efectivo espacio cultural latinoamericano mientras no dispongamos de mapas de los movimientos socioculturales que describan su estructura y sus flujos, que permitan entrever su potencialidad.

b) Promover la creación de dispositivos que articulen a los sectores estatal, privado y asociativo. Uno de sus objetivos será facilitar la coordinación de las inversiones de cada sector, sobre las bases de diagnósticos de las necesidades socioculturales de la población. Estos diagnósticos correlacionarán la información sobre los consumos, los equipamientos culturales y las inversiones disponibles o potenciales para expandir la producción cultural endógena.

c) Promover estudios que permitan valorar el papel de las industrias culturales en el desarrollo a partir de una estimación cuantitativa de su contribución al empleo, a las exportaciones y a otras áreas del desarrollo socioeconómico, así como una valoración cualitativa de su aporte a la formación de una ciudadanía nacional y latinoamericana.

d) Realizar estudios comparativos de los mecanismos de financiamiento de la cultura en los países latinoamericanos, en Estados Unidos, Canadá y Europa con el fin de dar a conocer las modalidades más idóneas para fomentar la complementación de recursos públicos y privados. Este análisis buscará tanto difundir e intercambiar experiencias entre naciones, como explorar posibilidades de cooperación y financiamientos internacionales de programas culturales: no sólo comparar experiencias como las leyes mexicanas de pago con especie y la ley Rouanet y otras brasileñas, sino expandirlas, para la cooperación internacional. Como ya se ha propuesto (Carretón, 1994), para que avance la integración cultural latinoamericana, es necesario establecer un Fondo Internacional de Producción y Difusión Cultural. Este Fondo podría constituirse con cuotas asignadas anualmente por los países para realizar proyectos multinacionales o de artistas o actividades que, no siendo sólo del país contribuyente, realicen aportes a su desarrollo artístico o comunicacional. Un antecedente valioso en esta dirección es el Fideicomiso para la Cultura México-Estados Unidos, creado con fondos privados y públicos de los dos países, que otorga todos los años, desde 1991, financiamiento para proyectos en bibliotecas, música, danza, museos, artes visuales, arte en los medios, teatro, estudios culturales y trabajos interdisciplinarios, con la condición de que sean binacionales.

e) Promover la creación de Consejos Nacionales de Industrias Culturales, en los que participen especialistas de cada sector; de las empresas, de las universidades, del sector público y de movimientos sociales, con la finalidad de regular el funcionamiento de tales industrias. Esta representación diversificada es la única que puede propiciar una consideración adecuada del interés público y el reconocimiento de las formas particulares de expresión de la

ciudadanía (nacional, étnica, regional) contenidas en cada nación.

Un último comentario. No imagino ninguno de estos proyectos necesitando nuevas estructuras institucionales complejas o pesadas. No hay excedentes presupuestales, ni el apremio de los asuntos lo permite. Las tareas indispensables para salir del retardo de varias décadas en las políticas respecto de las industrias culturales requieren medidas urgentes y eficaces. Como cuando los gobiernos tienen que comunicarse rápido para enfrentar una catástrofe. Hay que estar muy distraído para no darse cuenta de que el cierre de centenares de editoriales y miles de librerías en las dos últimas décadas, la caída de la producción nacional de películas y discos, el deterioro del sistema escolar en todos sus niveles son señales de alarma de nuestra decadencia societal. Los nuevos signos de dinamismo económico y cultural —el aumento del consumo en algunos bienes comunicacionales, el acceso multiplicado mes tras mes a Internet, el rápido predominio de la videoinformación sobre la lectura— combinan aspectos positivos y otros problemáticos. Es inquietante que no tengamos datos suficientes ni estudios globales en marcha para discernirlo, o sea para conocer qué cambios están generando en el tejido de nuestras sociedades y en la interacción entre ellas. Los pocos avances logrados en este conocimiento se deben a que el sistema de investigación científica mejoró en algunos países de la región durante los años ochenta y noventa, y, dentro de las ciencias sociales, hay un particular crecimiento de los estudios culturales. Pero esto no ha modificado las agendas públicas de

las políticas culturales, salvo excepciones, y parece no ser información atractiva en la gestión de los acuerdos de libre comercio e integración regional.

El dilema decisivo hoy en las culturas latinoamericanas no es defender las identidades o globalizarnos, sino integrar sólo capitales y dispositivos de seguridad o construir la unidad solidaria de ciudadanos y sociedades que reconocen sus diferencias.

Bibliografía

ALATRISTE, SEALTIEL: *El mercado editorial en lengua española*, documento elaborado para el seminario Integración Económica e Industrias Culturales en América Latina y el Caribe, auspiciado por el SELA, la UNESCO, el Convenio Andrés Bello y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los días 30 y 31 de julio de 1998.

ÁLVAREZ, GABRIEL OMAR: *Políticas regionales en el mundo de la globalización* (documento presentado en el seminario antes citado).

APPADURAI, ARJUN: *Modernity at large: cultural dimensions of global change. An anthropological approach*, UNESCO Publishing, París, 1996.

BONET, LLUIS Y ALBERT DE GREGORIO: *La industria cultural española en América Latina* (documento presentado en el seminario citado).

CASTELLS, MANUEL: *La ciudad informacional*, Alianza, Madrid, 1995.

GARRETÓN, MANUEL ANTONIO: *Políticas, financiamiento e industrias culturales en América Latina y el Caribe*, documento de la 3ª Reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la UNESCO, San José, Costa Rica, 22-26 de febrero de 1994.

GARCÍA CANCLINI NÉSTOR (COORD.): *Culturas en globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: libre comercio e integración*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996; y "Cultural policy options in the context of globalization", en: *World Culture Report*, UNESCO, 1998.

GRAMHAM, NICHOLAS: "The Media and the Public Sphere", en: Carig Calhoun (ed.): *Habermas and the Public Sphere*, Ma. Mit. Press, Cambridge.

HANNERZ, ULF: *Conexiones transnacionales*, Cátedra, Madrid, 1998.

KEANE, JOHN: "Structural Transformations of the Public Sphere", en: *The Communication Review*, Vol. 1, Núm. 1, San Diego, 1995.

KLIKSBERG, BERNARDO: *Seis tesis no convencionales sobre participación* (mimeo).

MARTÍN BARBERO, JESÚS: *Pre-Textos*, Centro Editorial Universidad del Valle, Colombia, 1995.

MORAGAS, MIQUEL DE: "Políticas culturales en Europa: entre las políticas de comunicación y el desarrollo tecnológico", en: Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: libre comercio e integración*, ed. cit.

ORTIZ, RENATO: *Mundialização e cultura*, Brasiliense, Sao Paulo, 1994.

RONCAGLIOLO, MIGUEL: "La integración audiovisual en América Latina. Estados, empresas y productores independientes", en Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: libre comercio e integración*, ed. cit.

SARLO, BEATRIZ: *Escenas de la vida posmoderna*, Ariel, Buenos Aires, 1994.

Trejo Delarbre, Raúl: *La Internet en América Latina*, informe presentado al seminario Integración Económica e Industrias Culturales en América Latina y el Caribe, 30 y 31 de julio, Buenos Aires, 1998; y *Our Creative Diversity Report of the World Comisión on Culture and Development*, UNESCO, París, 1994.

YUDICE, GEORGE: La industria de la música en el marco de la integración América Latina-Estados Unidos, (documento presentado en el seminario citado).

(Texto preparado para el foro Desarrollo y Cultura, realizado en marzo de 1999 por el BID-UNESCO en París)



De la cultura y la diversidad

ALFREDO GUEVARA

*Presidente del Instituto Cubano
del Arte de Industria Cinematográficos*

Porque esta reflexión que debo hacer en ocasión precisa y día; día a día resulta presionante y hasta angustiosa preocupación que obcede; debo decir al iniciar mi intervención que nada supera en importancia el tema que abordamos, y con, mayor razón cuando lo hacemos, en un mundo que todo globaliza y que globalizar quisiera la conciencia; globalizar será desmedularnos, vaciar nuestro ser de su ser mismo, no será repletarnos de virtudes o de complejidades, la información se niega por exceso y aplasta lo esencial en, y con banalidades. En un mundo en que siendo latinoamericanos, y como tal cubanos, un pequeño país que nada puede, desamparado ayer, hoy, tal vez mañana, que en medio de salvajes apetencias y mortales odios se defiende, con pasión y uñaje, con talento y coraje que despliega y crece, sabiendo que el imperio colonial moderno escuda sus designios, en las grandes palabras que adormecen, ya no sólo a los públicos inertes, también a dirigentes que abandonan la dignidad de los pueblos y naciones, sumándose a estrategias que le exigen santificar en nombre de derechos que enmascaran innobles ambiciones, la destrucción masiva de rebeldes Estados, de naciones inermes y de sus poblaciones: niños, mujeres, hombres, jóvenes unos, otros, ancianos. Ellos no tienen nombre, dejan de ser personas, son tan sólo, víctimas del azar imprevisible y ciego, que no deja ni ajusta responsabilidades. Ética no es ya palabra vigente en esos códigos; la conciencia moral es detestada. Y es esa intelectualidad que calla y calla, la que temblar tendría ante un futuro en que voracidad y colonial diseño, en subalterno rol pudiera colocarles, orgullosas Metrópolis que ocultan, ante sí mismas y con sus pensadores, la humillante condición de subalternos, en que la historia deja a los que ceden o que pretenden organizar la resistencia a *sotto voce*, es decir calladamente, tenuemente. Intelectuales dije pero digo, que intelectuales son los escritores, artistas y filósofos, los investigadores y científicos, los especialistas en diversas materias y los que profesan en Universidades y en los Centros de Altos Estudios, y también los teólogos que dicen y proponen en el Credo de Dios vivir y conducirse; los periodistas que ese nombre merecen, que no todos de escritura y pensamiento saben; pero lo son también los dirigentes, que ejercen el Poder de un modo u otro y en escala diversa, pero unidos por denominador común, el

ejercicio de ese Poder Poder que todo puede: acelerar la historia o detenerla.

Son los mismos que ayer nos exigían, para sentir calmada su conciencia, culpable de ceguera muchos años, exigían, repito, que para complacencia de sus especulaciones y justificaciones, abandonáramos el que llamar se hacía “campo socialista” y que, para sobrevivir, necesitábamos. Son los mismos que en calma nos pedían, para explicar después su vuelta de la espalda, que en medio del combate y la amenaza, el riesgo, el cruel ataque, en vez de resistir, nos suicidáramos.

Abandonar el que, sin serlo ya, seguía diciéndose campo del socialismo era rendirnos, rendirnos al Imperio, y no lo hicimos.

Ellos en cambio, haciendo el juego, creyendo en el milagro de los panes (y peces) que el Imperio propone con sus transnacionales, no como acto de fe que simbolice, justicia al que no tiene y lo merece; de nuevo silenciosos, complacientes, indiferentes ante los avatares que la historia teje, con tejedor mayor en el Imperio; o tal vez ignorantes de verdades obvias, tal que pez chico ingeniárselas debe para evitar que el grande lo devore; presurosos y ya justificados, decidieron entonces apartarse de aquellos que no ceden, no cedían, y que no cederán ante el riesgo o la muerte. Porque la muerte verdadera empieza, cuando un hombre o un pueblo se reniega.

De aquella irresponsabilidad los nuevos lodos; no por la fragilidad que nos dejaron; porque en la sumisión se van hundiendo, fingen que sin saberlo o no saber queriendo. Enmascarando

realidades o inconscientes, sus Estados-Naciones, por tanta incoherencia víctimas resultan. Y no pueden romper porque no pueden, las ataduras que los fragilizan y que los hacen depender. ¡Tan simple!

Tal vez la élite de sus intelectuales, viejos amigos hoy distantes, puedan ahora comprender las que fueron “en aquel entonces” las ataduras nuestras. Puedan tal vez acaso, seguramente con menor vehemencia, repensando la historia preguntarse, si justos fueron y si serán justos consigo mismos cuando el tiempo llegue, y llega, está llegando, en que les toque asirse, ya que piensan, al clavo ardiente que mejor les venga, salvo que decidieran colocarse en posición sumisa y, de rodillas, aplaudir al bárbaro. Bárbaros son aquellos, que desde las computadoras asesinan. La sangre no se toca; se derrama, sin que del criminal quede la huella; y como la información banalizada invade las pantallas, convertida en mensaje virtual, directo, subliminar, real o mentiroso, mentiroso y real entremezclado, confundidor, que nada tiene mayor fuerza de convicción que la verdad-mentira, ese engendro que haciendo de la imagen intacta o ya truncada, portavoz de mensajes imperiales, deja en indefensión espectadores que de la misa acaso ni la media saben, porque mil portadores, TV, Internet, electrónico correo, libros y prensa diaria, o semanal, o cable, ninguno viola la primer consigna: vaciar la conciencia de sí misma; no darle información para el proceso que al individuo, ese tesoro inmenso, la celular sustancia que cuidar debemos, permita el criterio formar desde sí mismo, respetando la tabla, la invisible tabla de valores que ha escogido, y tiene, en su

inalienable derecho de pensar y ejercerla.

Recuerdo en este instante a un amigo que quise, desde la entraña quise y pude hacerlo, entrañable Cortázar, Julio Cortázar nuestro, que pudo y supo decir con entereza, cuando fue necesario; quiero decir entonces: *Les hablo a todos mis hermanos, pero miro hacia Cuba, / no sé de otra manera mejor para abarcar la América Latina. / Comprendo a Cuba como sólo se comprende al ser amado, / los gestos, las distancias y tantas diferencias, / las cóleras los gritos: por encima está el solución, la libertad.*

Y era un poema crítico, crítico, pero de amor, de revolucionario, de hombre justo y limpio, que se trasciende con la inmediatez en universo: es ahora *que ejerzo mi derecho a elegir, a estar una vez más y más que nunca / con tu revolución, mi Cuba, a mi manera. Y mi manera torpe, a manotazos.*

Porque crítico y revolucionario, y pleno de entusiasmo y pasión, y de razón, Cortázar también dice: *llena estarás de errores y desvíos, llena estarás de lágrimas y ausencias / pero a mí, a los que en tantos horizontes somos pedazos de América Latina / tú nos comprenderás al término del día, volveremos a vernos, a estar juntos, carajo, y más tarde, y en el mismo poema, definición mayor de la conducta: contra lo peor que duerme en lo mejor, contra el peligro / de quedarse atascado en plena ruta, de no cortar los nudos*

a machetazo limpio / así yo sé que un día volveremos a vernos, / buenos días, Fidel, buenos días, Haydée, buenos días, mi Casa / mi sitio en los amigos y en las calles, mi buchito, mi amor, / mi caimancito herido y más vivo que nunca, / yo soy esta palabra mano a mano como otros son tus ojos o tus músculos.

Esa era la grandeza de Julio Cortázar, y ya sé que tratan algunos de olvidar y hacer olvidar que el escritor, casi incomparable por su estilo y profundidad, ejercía con pasión otro estilo, también definitorio del hombre. Subrayaba Marx, o fue Engels, no recuerdo ahora, que “el estilo es el hombre”. Cortázar, inolvidable y solidario, infatigable combatiente por la libertad de su pueblo y el futuro soñado de una América Latina martiana, bolivariana, fidelista y guevarista, quiero decir, unida en su fascinante diversidad, resulta igualmente paradigma. Y porque la apreciación restituyó aquella, la otra imagen.

En una de sus últimas cartas, Julio me decía: “Pasado mañana me iré a Barcelona, donde la televisión me ofrece la posibilidad de hablar durante una hora. La literatura es el pretexto, pero me las arreglaré para inclinarme hacia lo que más me interesa actualmente: Granada, Cuba, Nicaragua, en la hora en que enfrentan el comportamiento Yankee. Siempre será bueno poder decir lo más que se pueda en un país como España donde le *mirage yankee* (y los dólares) dañan la opinión pública. Después, si mi salud lo permite, ya que sigo muy enfermo, y nadie logra determinar de qué se trata, iré a La Habana, a

Puerto Rico y a Managua. Espero poder hacerlo ya que quisiera estar con ustedes allá.” Firmó esta carta el 21 de noviembre de 1983 y no pudo hacernos esa visita, tal vez despedida de amigos y reencuentro con una imagen. El 12 de febrero de 1984 lo perdimos, pero alcancé a decirle que Fidel me había encargado de traerlo a Cuba para salvarle; para intentarlo, claro.

Este Julio maravilloso y siempre gentil y sorprendente dijo antes, muy antes, pero para siempre, fijando con transparencia e intelectual coraje gran ejemplo, de cuán complejo puede ser o deviene el ejercicio del criterio, la lealtad y la firmeza. Dijo, he dicho que dijo antes, muy antes: *nunca estuve tan cerca / como ahora, de lejos, contra viento y marea. El día nace.*

Ése es el arquetipo del intelectual que admiro, y que admiramos, aquel que sabe aún desde lejos criticar, si debe hacerlo, desde dentro, dentro de un corazón, de un alma compartida.

El alma compartida entre nosotros, un mismo corazón que se desgarró, cada vez que un camino equivocamos, cada vez que un camino se nos cierra, cada vez que el andar resulta lento, y andando andando algunos se desploman. Pero que se desgarró y se restaña precisamente porque solidarios, los combatientes sufren los errores aún si son otros los que los cometen; pero encuentran, sabremos encontrarla, encontraremos la fuerza intelectual y moral que nos permita, rediseñar el curso de esta historia, la nuestra, respetando principios pero no-modelos. Esa es al menos mi convicción y mi esperanza. La reinención del socialismo creo, diseño de futuro

previsible, acaso de perfiles imprecisos, condicionado por el riesgo inmenso, en que debe surgir su imagen viva, la experiencia cubana en estos nuestros días, alba de ese Milenio que nos llega y parece ser, diría estoy seguro, la tarea de urgencia que le toca, a aquel que con equipo que ha forjado, pudiera regalarnos de Utopía, el sostén que le falta al horizonte. Es lo que falta en el seguir andando, en el seguir fundando, en el seguir salvando, en el seguir creando y defendiendo, y será otra coraza que nos demos.

No es otra la cultura que me inspira, aquella a que refiero estas palabras. También la arqueología es referencia, la imagen del pasado que respeto, aprovechar de todos la experiencia puede ser una apuesta de futuro, pero en contemporaneidad vivo la vida, vida vivimos todos y vivir debemos y queremos. Es entonces diseño que nos toca de cerca, la estructura social que construimos, el mundo solidario cultivado, preocupación del Todo por los unos. Y es del uno, de cada ser, persona inalienable, del individuo pleno y cultivado, diseño de sí, consciente de su fuerza, del trascendente honor misión de ser humano; de ese uno que si humano en la plenitud de veras logra ser, será sin duda, e igualmente ... solidario. es de ese uno, tan largamente descrito y definido, que partirá la formación de un invisible “cuerpo” que llamaremos “bizarramente” alma, la esencia de la patria allí reside, identidad cubana la transita y la llena.

La cultura se expresa en cada gesto, en la acción que nos hace ser más cautos o audaces, alegres o tristes, o que enlaza cautela con audacia, y a Dionisos y Apolo sin transición visible o computable,

según se dice ya más comúnmente. No son en realidad las artes, o la cultura toda y tampoco la literatura, el solo recipiente o testimonio. La cadencia al andar, el tono de la voz, susurro o griterío, las formas del querer, apasionado o tierno, o ambas vertientes juntas en un río, el color del vestido, y las costumbres primarias, y aún las más sofisticadas, la cultura se anida por doquier, es el clima, la atmósfera en que vives y vivimos, el calor del verano y del invierno, y ese otro clima, calmo o sensual en que el espíritu se estremece y vive. Y si esa es la cultura, entonces toda la sociedad tiene que ver con ella, ella es la sociedad, su idiosincracia, sus carencias y sueños, sus aspiraciones. La cultura es motor del desarrollo, debemos exigir que aquel se busque, no por afán de crecimiento o lucro, lucro de magnitudes a veces increíbles; que se busque y logre asegurando *calidad de vida*, de bienes que aseguren la existencia, y si fuese posible holgadamente; la vida espiritual libre y colmada, de posibilidades y ejercicio: el pensamiento, el arte, la experiencia de amor, la religión, la información, el darse a causas nobles y exaltantes, y aquí, y ahora, tantas veces, a una Revolución, la nuestra, que trasciende fronteras y rebasa los reductos de dogma que de cuando en vez asaltan y limitar pretenden el libre pensamiento, la investigación abierta, la expresión de inquietudes que resultan de los profundos cambios que en estos años, y no sólo en Cuba, por doquier se suceden.

La numerización, digitalización, no puede ser el todo. La conciencia no puede renunciarse. Y renunciarnos la conciencia quieren. Ya no podrán a los Teólogos decimos que de Dios es dación, por evidencia,

ese código que llega con la vida: el pensar, la razón, la lógica que puedes, de su Ley descubrir las estructuras, con sólo desmontar las que lo son del lenguaje, que utilizas para pensar y hablar, y para pensarte y repensarte. El hombre piensa y busca y no se agota, arranca al Universo sus Misterios aunque jamás tal vez el último.

No es la razón inerte. Ya desde, Platón y Aristóteles, Plotino, San Agustín, Santo Tomás, o Pascal o Descartes o Leibniz; desde el descubrimiento que del saber el número iniciaba en Pitágoras, profecía del Ser que se desdobra, que es todo y cada uno, el uno, el tres y el cinco al infinito y en infinito el Uno. Es intuición, revelación divina, o divina expresión de la inteligencia del hombre, no alcanza sin embargo en realidad su comprobable impacto, hasta los días en que la ilustración irrumpe y todo lo desborda. Lessing decía que la razón se afirma "no en la posesión de la verdad sino en su conquista". Y es Montesquieu quien reflexiona y afirma *Nortre âme estratègia faite pour penser, c'estratègia a dire pour apercevoir: or un tel être doit avoir la curiosité, car comme toutes les choses sont une chaîne on chaque idée en precede une et en suit une autre, on ne peut aimer voir une sans desirer d'en voir une autre*. Es lo que siglos después nos decimos de otro modo, cada punto de llegada ha de ser siempre y de inmediato punto de partida. La curiosidad, la voluntad, la creatividad del hombre es infinita.

El mundo es otro. El poder inmenso, ilímite de los medios de comunicación más sofisticados y omnipresentes acompaña hoy a la

sofisticación máxima del armamento mortal al hombre, y mortal a la Independencia y la Soberanía real.

para embotar la mente y nublar la conciencia. Es ya trucaje. Acceso a una verdad que es apariencia,



La más compleja y elaborada tecnología, expresión del saber y de la audacia intelectual, el instrumento que lo debiera ser de la cultura, acompaña al Poder, al Imperio, lo sirve y justifica, y de este modo, pleno hasta el tope de inmoralidad y cinismo, deviene loza que aplasta el pensamiento libre, autónomo. Es que la imagen y el sonido, que en montaje reductor deviene, deja de ser expresión de verdad y belleza

porque como en el "clip" sólo nos deja, más que la información vital, impresiones. Asalta el ojo pero nos resbala, y contentos quedamos sin saberlo: el alma se vacía de inquietudes; el hombre que se siente satisfecho e informado, se queda con la cáscara y sin fruto; la verdad no se ofrece en intermedios entre juegos banales, sexo-belleza, anuncios y "lindezas", que como era de esperarse nada dicen. Eso son

y nada más, el entretenimiento. Ignacio Ramonet, editorializando en *Le Monde Diplomatique* remarcaba cómo, después del vaciado, llega el lleno. La opinión pública indiferente o adormecida, lo acepta todo, o lo ignora.

En un marco global como el descrito la información-desinformación se encarga de impedir que en realidad se forme opinión pública con un mínimo de credibilidad y autonomía. Paul Virilio lo resume, "La revolución de la información se orienta de este modo hacia una explosión de la desinformación". "Una desinformación intrínseca, es decir ligada a la posibilidad de manipulación, y a la imagen y el sonido. La digitalización no es otra cosa". Y "El trucaje es inherente a la digitalización".

En los siglos que preceden al nuestro, los grandes pensadores, filósofos y científicos, investigadores que reflexionaban sobre la sociedad y el Universo, la materia y su estructura, sobre el hombre y su sitio en el mundo, y en su entorno inmediato, sobre la religión o desde ella, no olvidaban jamás y sin cesar se detenían en las consecuencias y aplicaciones de sus tesis y descubrimientos, relacionándolas intelectualmente con principios éticos o religiosos. En nuestro siglo la aceleración del desarrollo tecnológico basado en la ciencia aplicada que basa sus experiencias reveladoras en gran medida en fabulosas inversiones de los complejos militares, es la forma más monstruosa del Mecenazgo. No admite la presencia que fuera dominante del pensador, y menos su reflexión ética. Las transnacionales deben explotar el resultado de la investigación científica sin demora, sabiendo que serán superadas a mediano o corto

producto no espera por decantación alguna, resulta novedad, y en novedad pasajera pudiera quedar sin dejar por ello de rendir resultados crematísticos, dólares por millones o billones, he querido decir. Y es mejor novedad pasajera pero bien explotada que la espera de resultados de calidad más alta, real, duradera.

Ése es el mundo en que estamos, aquel en que debemos salvar la identidad salvando la conciencia, cultivando el espíritu, defendiendo en nosotros, en cada uno, la autonomía del pensar, la cultura, ese acervo de la experiencia y memoria de nuestra sociedad que crece y se despliega, y que no es aquello que nos ofrecen y no pasa de ser entretenimiento. Saber que esos medios que se dicen de información y de cultura no rebasan esa condición ni sus objetivos, con poder de atención inevitable e innegable, entrelanzando, hoy o mañana, un día entre los otros, con y en el entretenimiento, el mensaje sublimar que dice: no pienses, pensar no vale la pena, goza, y ocupa tu mente vaciada, que llenar ya podrá serlo con la indiferencia.

No es sin embargo, y hay que subrayarlo, cerrando las ventanas que se puede evitar el peligro de los Medios, dominados por las transnacionales. El mensaje llegará por resquicios y puertas entreabiertas, y también por aquellas que cierran herméticos cerrojos.

Es la construcción de la respuesta la tarea que todo aquel que acciona y piensa debe echar a andar en su conciencia. No es sólo la sociedad depositaria, en su propia textura, de la cultura propia, la que defender tendrá, ese invisible espíritu, con

todo el poder intelectual que logre desplegar. Es su esencia, su identidad la que está amenazada.

El *individuo*, uno, cada uno, su identidad de ser pensante, autónomo, existente, accionante, que afirmarse tendrá dentro de sí y por sí, y que cuando lo hiciera, si lo hiciese dará a la sociedad el mejor escudo, es la vertiente del existir que habrá que defender a toda costa. El individuo pleno y solidario, claro.

No son dóciles siervos, autómatas, adormecidos, participantes ciegos, los que podrán resistir y rechazar mensajes que el vacío proclama entre luces, colores y sonidos que hipnotizan y aturden, pasajeros retoques de la Nada. Sólo el hombre cultivado, culto, pudiera resistir esa avalancha. Por eso la cultura y el refinamiento, la sensibilidad que se cultiva, el arte, el espíritu, serán y son, la única, y definitiva esperanza.

Es ésa, la respuesta, la construcción de la respuesta, la tarea que tiene el intelectual en nuestra época. Y nosotros, en Cuba, la ciudad sitiada, tendremos que forjar esa respuesta. ¿La estaremos forjando? La forjamos.

Congreso Internacional de Cultura y Desarrollo, La Habana, marzo de 1999.

Desafíos económico-culturales de América Latina para pensar el futuro*

HUGO ACHUGAR

*Profesor de la Universidad de Montevideo
de la República de Uruguay*

1. Introducción

No constituye ninguna novedad afirmar que, en medio del proceso de globalización, el modelo de estado-nación surgido durante el siglo XIX ha entrado en crisis. Sin embargo, dicha crisis no sólo refiere a la supuesta obsolescencia económico-financiera de las fronteras nacionales sino también a otras dimensiones del modelo del estado-nación. Así, la cultura o las políticas culturales de los estados que emergieron durante el siglo XIX en América Latina apostaban en un proyecto letrado y belletrístico que establecía valores y jerarquías, diseñaba y creaba instituciones; todo lo cual se articulaba o apostaba a construir un modelo de “alta cultura” nacional. Un modelo de cultura nacional sustentado en la tríada conformada por las tres gracias de la literatura, la música y la plástica y que no sólo era deseable sino fundamental en la configuración identitaria de la nación.

Ese modelo de “alta cultura” nacional ha entrado en crisis. Más aun, hace ya mucho tiempo —prácticamente desde las primeras décadas del siglo XX— que ha sido cuestionado. El surgimiento de las “industrias culturales” a comienzos del presente siglo puso en discusión la hegemonía del modelo de “alta cultura nacional”. Sin embargo, el desafío que las industrias culturales emergentes a comienzos del siglo XX plantearon al modelo cultural heredado del siglo XIX ha sido sustituido por otro originado en las transformaciones de las propias industrias culturales en el presente fin de siglo, convirtiendo de hecho, aquellas industrias culturales en tradicionales. Rafael Roncagliolo ha señalado que:

Pensar las industrias culturales en términos de radio, televisión, cinema, libros y periódicos, es pensar el pasado. Para proyectar el futuro, es indispensable hacerse cargo de la transformación de mercados y empresas, como fruto de la diversificación, integración y digitalización de todo el sector, y como parte del matrimonio triangular y estable que se ha producido entre telecomunicaciones, informática e industrias culturales. (Roncagliolo, 13)

La afirmación de Roncagliolo es fuerte. Más aun, para muchos, demasiado polémica; no sólo vincula tecnología y cultura sino que, además, relaciona, en un mismo párrafo, cultura, mercados y empresas. Sin lugar a dudas, cultura y economía son, para algunos puntos de vista, nociones si no incompatibles por lo menos de relacionamiento problemático. No sólo para aquellas concepciones decimonónicas de la cultura que proponían el exclusivo valor espiritual del arte sino también para quienes, instalados en pleno proceso de globalización, observan una creciente separación entre “cultura y economía, mundo instrumental y mundo simbólico”.¹ La separación entre economía y cultura, sin embargo, tiene que ver tanto con las distintas nociones de cultura como con los diferentes modos y tiempos históricos de producción cultural.

Por lo anterior, antes de pasar a reflexionar sobre la producción de valores económicos y simbólicos y sobre la producción cultural y la creación de empleos en América Latina, debemos considerar las razones por las que es necesario tener que fundamentar su existencia o su legitimidad como temática. De hecho, ello supone reflexionar sobre la invisibilidad que, para gran parte de los administradores políticos y de la academia —en particular pero no únicamente los economistas—, presenta la dimensión económica de la cultura; fenómeno, sin embargo, y a estas alturas, insoslayable. Suponer, además, y como dice Roncagliolo, poder proyectar el futuro.

Pero una de las dificultades para pensar o para proyectar el futuro —al menos respecto a las políticas culturales— radica en que el

análisis de la relación entre cultura y economía en América Latina ha sido, si no nulo, bastante escaso. En el mejor de los casos, dicho análisis ha sido realizado desde presupuestos teóricos y disciplinarios —antropológicos y sociológicos— cuyos intereses no estaban centrados en la elaboración de políticas públicas de la cultura. Esto se debe a varias razones, pero entre las fundamentales es posible enumerar, en primer lugar, la persistencia de una concepción de la cultura que entiende que el “valor” cultural es simbólico y, por lo mismo, “redituable” sólo en el ámbito espiritual, así como la persistencia de una concepción “demonizada” de la “cultura masiva” y de las llamadas “industrias culturales”.

Por otra parte, la ausencia del interés por la “economía de la cultura” tanto entre los encargados de elaborar y administrar políticas culturales como entre los economistas y funcionarios gubernamentales del área económica latinoamericanos, así como la consecuente ausencia de dicha problemática en los planes de estudio de las universidades de la región explican —parcialmente— la ausencia de datos desagregados relativos a los bienes y servicios culturales en los informes y estadísticas suministrados por las reparticiones estatales que tienen a su cargo la información económica a escala nacional (Ministerios, Bancos Centrales, etcétera) así como a nivel internacional en organismos regionales como ALADI, CEPAL, SELA, entre otros.

Esa falta de datos resultó evidente en ocasión de la reciente publicación del *World Cultural Report* de la UNESCO que presenta —según afirmó Néstor

García Canclini en el informe que prepara para el Seminario del SELA: Integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe—, “algunas de sus mayores dificultades” al no poder “hallar datos confiables en América Latina”. Esto mismo llevó a García Canclini a sostener la necesidad de “Promover estudios que permitan valorar el papel de las industrias culturales en el desarrollo a partir de una estimación cuantitativa de su contribución al empleo, a las exportaciones y a otras áreas del desarrollo socioeconómico, así como una valoración cuantitativa de su aporte a la formación de una ciudadanía nacional y latinoamericana” (García Canclini, 27).

La falta de datos no afecta solamente el conocimiento económico de la actividad cultural sino también la construcción de un futuro así como una adecuada valoración de las industrias culturales —tradicionales o emergentes— en la configuración de la identidad y la ciudadanía de los latinoamericanos.

2. El debate acerca de la cultura

En los países latinoamericanos, el debate sobre las relaciones entre economía y cultura presenta —como resulta de lo antes indicado— un desarrollo claramente diferenciado según los ámbitos en que se realice. En los ámbitos político-administrativos y económicos dicho debate está todavía en una instancia de legitimación; es decir, lo que está en discusión es la propia pertinencia o legitimidad de que los economistas, los científicos sociales y/o los encargados de diseñar e instrumentar las políticas culturales estudien las implicaciones

económicas y laborales del sistema o de la producción cultural.

A lo más que se ha llegado es a analizar desde un punto de vista económico algunos sectores del sistema cultural así como a considerar el llamado “consumo cultural” o algunos de los efectos económico-culturales de la “integración regional” en relación con las industrias culturales.² Estos análisis se han concentrado, particularmente, en algunas de las “industrias culturales tradicionales” (cine, video, televisión, etcétera), mientras que los sectores clásicos tanto de la “alta cultura” —o las instituciones vinculadas al sistema de la “alta cultura”: museos, conservatorios, y otros— como la “cultura popular” han quedado fuera del alcance de dichas investigaciones o reflexiones. Por otra parte y en relación con lo que Rafael Roncagliolo si no caracteriza por lo menos implica como “industrias culturales emergentes o de futuro”,³ la situación no es muy diferente; en este caso, sin embargo, su relativa novedad podría explicar aunque no justificar la falta de estudios.

Del lado de los administradores culturales —o por lo menos algunos de dichos administradores—, el debate latinoamericano sostiene posiciones como la siguiente, que demuestra el estado de la investigación y de la discusión:

(...) la costumbre es oír a la gente de la cultura hablando de los valores sublimes del arte o del próximo evento a realizarse, pero no es común participar en discusiones acerca de la incidencia del hecho cultural en la economía del país y viceversa. (...) conviene evitar algunos reduccionismos que se han

50 años de acción

Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO



Raúl Roa Kouri, redactor

Publicado por la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO

expresado desde que aparecieron las primeras cifras [se refiere a los avances de una investigación

sobre el significado económico y laboral de la cultura en Uruguay, realizada en 1996, H.A.]. No se

trata de “demostrar la rentabilidad” de la cultura para poder “vender” o “negociar” con la autoridad o el patrocinante de turno. Eso puede ser una consecuencia del estudio realizado, pero es menor. En el fondo está todo lo otro que puede resumirse en la necesidad de conocer dónde estamos parados, sobre qué bases ciertas se desenvuelve una actividad que refiere a una necesidad básica del ser humano. (Carámbula, 7 y 9)

La diversidad de opiniones refleja el estadio de transición en que se encuentra el debate latinoamericano respecto a la ecuación economía-cultura así como de la relación entre cultura e industrias culturales. Sin embargo, y como señaláramos, trabajos recientes —sobre todo a partir del análisis de los fenómenos de globalización y de los procesos de integración regional— han comenzado a discutir no sólo los aspectos del “consumo cultural” sino también las implicaciones que el sistema cultural y la producción de bienes y servicios tienen para con la vida económica de los países latinoamericanos. Así, Rafael Roncagliolo ha sostenido que:

Lo que ha ocurrido es que, desde el punto de vista de la economía y la sicología del desarrollo (términos quince o veinte años más jóvenes que industria cultural) la actividad cultural ha adquirido una entidad como sector económico, que implica un nuevo peso en la composición del producto bruto, de la población económicamente activa y de la productividad. (Roncagliolo, 3)

Si bien en cierto modo puede afirmarse que el debate latinoamericano está mayoritariamente influido por una concepción frankfurtiana, según la

cual las industrias culturales son “enemigas” de una concepción humanista de la cultura y propenden a la “alineación” de los seres humanos —posición sostenida, si no estrictamente en estos términos al menos en su espíritu, por muchos políticos y no pocos artistas e intelectuales— y que por lo mismo implícitamente rechaza o resiste un análisis que tienda ya a no vincular valor económico y valor cultural, sino a integrar en su “valoración” y en sus análisis aquellas manifestaciones culturales que estén vinculadas al “mercado”, también es cierto que hay trabajos más recientes que aspiran a la otra lectura del fenómeno, sin que ello suponga una posición a-crítica a la “claridad” de la producción cultural relacionada con la “cultura masiva”.

Entre otros, Néstor García Canclini plantea en *Consumidores y ciudadanos*. Conflictos multiculturales de la globalización no sólo la ausencia de “una teoría socio-cultural del consumo” sino que —lo cual es más relevante para la presente reflexión—, a partir de una definición del consumo como “el conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos”, se propone ver a “los actos a través de los cuales consumimos como algo más que ejercicios de gustos” (...) “tal como suelen explorarse en encuestas de mercado” (García Canclini, 42-43).

Fuera de América Latina, el debate presenta otros aspectos. En ese sentido, resulta de interés lo sostenido por el inglés Andrew Sayer⁴, quien parecería ir a contracorriente de la posición que reclama la necesidad de analizar las características y la importancia de la relación entre economía y cultura, rescatando la distinción entre

cultura y economía en función del valor; es decir, rescatando una distinción fundada en el carácter instrumental o no de la cultura. De hecho, dicha posición evoca o parecería evocar la distinción entre “valor de uso” y “valor de cambio” de cuño marxista e insistiría en el carácter particular que presenta la producción cultural en relación con el tema del valor.

Ahora bien, la posición de Sayer supone un estadio del debate donde lo discutido no es la relevancia económica de la cultura —algo que para Sayer no parece estar en discusión—, sino por el contrario, los riesgos de una “excesiva” economización de la cultura. En este sentido, parecería ser que el debate hubiera superado ampliamente el estadio de su pertinencia o legitimidad y hubiera alcanzado un nivel de pugna en torno a temas vinculados con la conexión entre “consumo” y ciudadanía⁵; lo que si bien pone en cuestión la disolución de la frontera que separaría “cultura” de “economía” —como argumenta Sayer— no deja de reconocer que las relaciones existan, y que su debate suponga materia de relevancia a escala moral y política. De hecho, la argumentación acerca de los riesgos de una “excesiva” y eventual economización de la cultura parecería hacerse eco del debate en torno a la función que cumple el “mercado” y la producción cultural.⁵

En ese sentido, el debate acerca de la relación entre economía y cultura, no parecería radicado sólo en el ámbito del llamado “consumo cultural”, sino también en otras “áreas de la vida económica”; lo que permitiría suponer que junto al “consumo” estarían, por lo menos, las instancias de producción,

circulación y reproducción, así como otros aspectos referidos a la socialización en el lugar de trabajo y en los demás ámbitos de la vida cotidiana.

La diversidad de posiciones presentes en la reflexión referida a la relación entre cultura y economía no sólo tiene que ver con distintas posiciones teóricas o con distintos ámbitos disciplinarios desde donde se desarrolla, tiene que ver, además, con el dato obvio de que se discute y se teoriza a partir de distintos lugares. Es decir, tiene que ver con el desigual desarrollo de la cultura y de las disciplinas y teorías, pero, muy especialmente, con las diferentes agendas políticas donde se desarrollan y desde donde se participa en dichos debates; es decir, del “lugar desde donde se habla”.

En ese sentido, el debate acerca de la relación entre economía y cultura, no parecería radicado sólo en el ámbito del llamado “consumo cultural”, sino también en otras “áreas de la vida económica”; lo que permitiría suponer que junto al “consumo” estarían, por lo menos, las instancias de producción, circulación y reproducción, así como otros aspectos referidos a la socialización en el lugar de trabajo y en los demás ámbitos de la vida cotidiana.

La diversidad de posiciones presentes en la reflexión referida a la relación entre cultura y economía no sólo tiene que ver con distintas posiciones teóricas o con distintos ámbitos disciplinarios desde donde se desarrolla, tiene que ver, además, con el dato obvio de que se discute y se teoriza a partir de distintos lugares. Es decir, tiene que ver con el desigual desarrollo de la cultura y de las disciplinas y

teorías, pero, muy especialmente, con las diferentes agendas políticas donde se desarrollan y desde donde se participa en dichos debates; es decir, del “lugar desde donde se habla”.

La diferencia del tratamiento o de la reflexión acerca de esta problemática, entre el llamado “primer mundo” y América Latina, está relacionada, además, con el distinto acceso a datos y estadísticas. Así, mientras es posible disponer de datos referentes al peso del sector cultural en el PBI y en el empleo para países como los EE.UU., Inglaterra, Francia, Suecia y los Países Bajos, dicha información en relación con los países de América Latina es, si no escasa, prácticamente nula.

3. Algunos datos acerca de la producción y el empleo cultura

Es posible, e incluso más que seguro, que la falta de datos acerca de la cultura en general, y de las industrias culturales en particular, sea una de las explicaciones fundamentales del desinterés por el que —tanto economistas y ministros de economía, como especialistas en cultura y ministros de cultura de América Latina— no atiendan, como sería necesario, la problemática vinculada a la “economía de la cultura”. En ese sentido, algunos datos económicos vinculados a algunas de las industrias culturales “tradicionales” en América Latina pueden ser ilustrativos. Así, al analizar el mercado discográfico internacional, George Yúdice afirma que:

De todos los mercados mundiales, América Latina tiene los de más acelerado crecimiento. Si bien sólo sea el cuarto mercado del mercado mundial, con una

fracción 6.2% logró crecer 20% en volumen de unidades vendidas y 25% en valor. El crecimiento se sostuvo en 1997, con un valor de \$2.600 millones en ventas, representando un crecimiento de 11%, el más alto de todos los mercados, por tercera vez seguida. (Yúdice, 3)

Por su parte, al comentar la importancia y el crecimiento de la industria de las telenovelas en varios países latinoamericanos, Germán Rey señala en relación con México que:

TeleAzteca ha aumentado su audiencia en horario estelar del 5% al 30% en menos de cinco años, mientras que sus ventas han subido un 400% habiendo reportado en 1997 ganancias netas de 143 millones de dólares. (Rey, 7)

Mientras el *Boletín de Industrias Culturales* número 1 del CICCUS de Argentina señala respecto a la telenovela venezolana que:

Solamente en 1992 los ingresos por derechos de transmisión de las telenovelas venezolanas alcanzaron una cifra que oscila entre 40 y 60 millones de dólares. Ello equiparó esta industria televisiva con las exportaciones tradicionales mejor consideradas en Venezuela (fuera del petróleo, H.A.), como automóviles (53 millones de dólares), textil y confección juntas (49 millones de dólares), pulpa de papel (45 millones de dólares). (CICCUS, 1, 14)

Acerca del crecimiento de la televisión por cable, un informe brindado por el *Boletín de*

Industrias Culturales número 3 del CICCUS indica que:

En 1996 creció en un 30% la cantidad de hogares latinoamericanos abonados a la TV por cable, de acuerdo con un estudio reciente de la encuestadora norteamericana Audis and Surveys. El número total de hogares que posee este servicio pasó de 10,9 millones en 1995 a 14,2 millones en el último año.(...) El estudio referido pronostica que el mercado latinoamericano crecerá un 150% entre 1996 y el año 2005, convirtiendo a esta región en la de mayor desarrollo en todo el mundo: Asia lo hará un 126%, Europa occidental un 48% y Estados Unidos un 34%. (CICCUS, 3, 11)

Estos datos serían más que suficientes para indicar no sólo el crecimiento de las industrias culturales en América Latina sino también su importancia en la actividad económica general de la región; sin embargo, dichos datos refieren a la actividad “legal” de las industrias culturales. Si se atiende, además, a la “piratería” de las industrias culturales y especialmente a la de la música, la importancia económica resulta más que evidente. Tomando como fuente a André Midani, presidente de Warner Music Latin America, George Yúdice señala lo siguiente:

la piratería es una industria global que refleja la industria de la música misma. Los grandes centros de manufactura — Paraguay para el Cono Sur y la frontera México-Estados Unidos para América del Norte— están vinculados con otros centros de producción, así como las maquilas. De ahí que RIAA, IFPI

y FLAPF hayan buscado una sinergia con los organismos antipiratas en el sudeste de Asia. Pero los resultados pueden ser irónicos. Según André Midani, presidente de Warner Music Latin America y uno de los negociadores contra la piratería, el éxito de las políticas antipiratas al principio de este año en China y en otros países asiáticos, llegó a las grandes mafias que lideran la piratería a buscar nuevas sedes para sus operaciones, instalan, por ejemplo, fábricas capaces de producir 400 millones de CDs por año en el Paraguay. El “tráfico de música”, como lo llama Midani para establecer la analogía con el modo de organización del narcotráfico, entró en su nueva fase ascendente a partir de marzo de este año [1998. H. A.]. De hecho, la piratería parece superar al narcotráfico en el valor de su producción y ventas. (Yúdice, 22) [Destaque de H. A.]

De seguro, la afirmación de Midani pueda parecer hiperbólica; pero a lo anterior cabe agregarse lo señalado por un reciente informe, recogido en el número 139, de diciembre de 1998, de la *Gazeta Mercantil Latinoamericana*, sobre “El mercado de música latina” donde se señala que “el crecimiento del sector se frena” por la piratería, siendo “Brasil y México los países más afectados”. Según afirma dicho informe, el mercado latinoamericano vendió en el primer semestre de 1998 más de 950 millones de dólares (los datos refieren sólo a los seis países más importantes: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Venezuela).

Ahora bien, la eventual argumentación de que esto sea coyuntural o regional o que los

datos estén “inflados” por intereses sectoriales carece de fuerza al atenderse a los datos de las industrias culturales en algunos países desarrollados o del llamado “primer mundo”. Especialmente si además de atender al volumen de lo producido se considera lo referido a la generación de empleos —directa o indirecta— y a su significado en relación con actividades como la publicidad.⁶

El hecho de que en varios países el complejo cultural tenga un peso mayor al de varias industrias de importancia tradicional, tanto en relación con el PBI como en la generación de empleo, no parece, sin embargo, haber generado entre los responsables, tanto de la conducción como de la sistematización de la información económica de América Latina, una preocupación por su recopilación y por su estudio.

Luis Stolovich ha señalado que en “Estados Unidos el peso del sector cultural [sin contar la exportación, H. A.] —con ingresos directos e indirectos por 130.000 millones de dólares— representa el 2,5% del PBI y un porcentaje equivalente del empleo “civil”; aunque el dato es relativamente viejo pues, según el *Boletín de Industrias Culturales* de junio de 1997, la cifra para 1993 manejada por Estados Unidos daba que “bajo el rubro ‘productos culturales y ocio’ que incluye cine, entretenimientos en vivo, equipos electrónicos hogareños, teléfonos celulares, deportes, juguetes, casinos, etcétera” había representado 340 mil millones de dólares (CICCUS, 3, 14). Por su parte, Néstor García Canclini (1998) afirma que sólo la producción y exportación audiovisual en Estados Unidos representa el 6% del PBI y emplea más que la minería, la

policía o la forestación. Por su parte, en Francia, el sector cultural representaba hace ya unos años el 3,1% del PBI; mientras en el Reino Unido, el sector cultural supera a la industria del automóvil y de la alimentación situándose en el mismo nivel que las industrias químicas y los textiles sintéticos; y en Estados Unidos sólo el subsector de las actividades culturales realizadas por organizaciones sin fines de lucro emplea casi tantas personas como el sector de la construcción.

En el mismo estudio, Stolovich aporta datos relativos a la Argentina donde el complejo editorial, sonoro, audiovisual y las inversiones institucionales realizadas en la cultura, representan entre el 4 y el 5% del PBI, según datos de 1992; [y que] duplican el nivel de minas y canteras e igualan el nivel de la construcción y del sector transportes y comunicaciones. (Sotolovich, 11)

Más allá de los datos, de las mismas diferencias en los datos o en las estadísticas, lo que hemos tratado de mostrar es la importancia que presenta una actividad en sus diversas variantes —“alta cultura”, “cultura popular”, “industrias culturales tradicionales o emergentes”— y que, lamentablemente, parece ser invisible a los ojos oficiales de América Latina. También el trabajo cultural en cuanto a empleo parece, a su vez, ser invisible en América Latina. Esta invisibilidad no sólo refiere el hecho de que la sociedad no “valore el trabajo cultural como fuente de empleo y de riqueza sino, además, al hecho de que se desconozca su importancia y significado.

En ese sentido, la fuerza de trabajo involucrada por el sector cultural es mucho mayor de lo que comúnmente se cree y de lo que registran los diversos estudios sobre el empleo en nuestros países. Entre otras razones, porque gran parte del trabajo aparece registrado en rubros no desagregados en función de la variable cultural. Esto es válido no sólo para el empleo en el ámbito estatal sino también privado.

Pero el hecho de que el trabajo generado por el sistema cultural sea invisible en censos y análisis del empleo no explica todo. Tampoco lo explica el hecho de que el número de “trabajadores culturales” que logran altos niveles de ingreso sea reducido. Después de todo, si se analiza la estructura de ingresos en la mayoría de las actividades, el número de personas que logran una remuneración comparable a la de los creadores, intérpretes o empresarios exitosos no es muy diferente.

Es posible que, además de la tradicional desvalorización y por lo tanto del “desprestigio” del empleo cultural, operen otros factores en esta desatención. Una parte importante de los trabajadores culturales —sobre todo entre creadores, intérpretes y artesanos— presentan características propias del sector informal y, por lo mismo, no están integrados al aparato de prestaciones sociales, seguros médicos, tributación, sistemas jubilatorios, etcétera. Esta “informalidad” de gran parte del sistema de producción cultural lo vuelven —a menudo de modo inconsciente— asimilable a una suerte de “marginación” del sistema laboral y productivo. Marginación que opera, además, en el sistema de valores de la sociedad

supuestamente “productiva” y también en el horizonte de expectativas del conjunto de la sociedad que desecha la posibilidad del trabajo en el sistema cultural y apuesta a los otros tipos de trabajo.

Sin embargo, y al contrario de lo que se podría suponer, como señala Luis Stolovich, no son todos informales y sólo creadores quienes trabajan en la cultura. La cultura es una importante fuerza de trabajo para creadores, intérpretes, empresarios empleados y trabajadores independientes de empresas productoras, industriales, de medios, de comercialización mayorista y minorista de agencias de publicidad, instituciones culturales, etcétera., así como para quienes se ocupan en actividades anexas, encadenadas a la producción cultural, en servicios técnicos, de apoyo, etcétera. (Sotolovich, 289)

A esta enumeración de trabajadores es posible agregar aquellos, más cerca de la imagen informalizada del trabajo, que “realizan una práctica amateur de las artes y la cultura, como es el caso de los plásticos o músicos” (...) y aquellos “familiares no remunerados en algunas actividades como la artesanía”, donde se estima —para el caso de Uruguay— que hay entre uno y dos familiares por cada artesano. (Stolovich, 290)

Es cierto también que el número de trabajadores involucrados por el sistema cultural no se refiere a personas con empleo de tiempo completo y que el multiempleo ha sido una característica de la producción cultural. Sin embargo, el trabajo —directo e indirecto— generado por la actividad cultural es mucho mayor del que normalmente se piensa.⁷ La invisibilidad del

trabajo generado por el sistema cultural se vuelve particularmente relevante, no sólo por indicar los “silencios” que suponen los estudios que intentan dar cuenta de nuestra sociedad, sino por la importancia que representan a la hora de determinar las políticas de creación de empleo en nuestros países. La creciente preocupación respecto del desempleo estructural y la multiplicación de planes, en los distintos países y en algunos organismos internacionales, no parece considerar el sector cultural como un área de gran potencialidad en la generación de empleos.

Esto, sin embargo, plantea el desafío de atender a la parcial “informalidad” que presentan ciertos sectores de la producción cultural, lo que obligaría —como empieza a ocurrir en varios países— a estudiar no sólo sistemas de tributación que los integre,⁸ sino también sistemas de reconocimiento y de aporte a las distintas formas de previsión social que permitan incluir a los trabajadores involucrados en el sistema cultural.

3. Políticas cultural e industrias culturales

La historia de las políticas culturales en América Latina está todavía por hacerse. Se trata de una historia que, en muchos casos, antecede a la propia constitución de los estados-nación y data de las luchas de independencia. Así, por ejemplo, la Biblioteca Nacional de Uruguay es fundada en 1816, mucho antes de que este país se configurara como un estado independiente. En ese sentido, las políticas culturales —aún cuando no existiera todavía la categoría— acompañaron y precedieron el proceso de organización

administrativa de los estados latinoamericanos.

Desde entonces hasta el presente, las sucesivas transformaciones culturales y tecnológicas han ido exigiendo una serie de ordenanzas, decretos y leyes que han regulado la actividad cultural y que constituyen lo que hoy llamamos “políticas culturales” o “sistema jurídico de la cultura”.

La legislación cultural y las políticas culturales que la soportan, en relación con las industrias culturales tradicionales (cine, radio, industria discográfica, televisión, etcétera) tienen una historia, en algunos de los casos, casi centenaria; pero a pesar de las sucesivas modificaciones y adecuaciones hoy, en pleno proceso de mundialización de la cultura y la globalización económico-financiera, aparecen en su mayor parte atrasadas. Una de las posibles explicaciones es que el desarrollo tecnológico y comunicacional ha sido más acelerado que el tiempo político. Otra, como indicáramos antes, posiblemente se deba a la persistencia de nociones respecto a las funciones de la cultura y de las industrias culturales en los estados nacionales ancladas en tiempos anteriores a los procesos de integración regional o mundialización.

Al respecto, Néstor García Canclini ha señalado que

En la perspectiva de la integración supranacional, el objetivo central de las políticas culturales no puede consistir en rescatar, defender y preservar identidades exclusivas, ni embalsamar y custodiar los patrimonios tradicionales que las representan. Sin embargo, varios análisis

muestran que en los países latinoamericanos las políticas culturales se ocupan, sobre todo, de los modos en que la identidad nacional habla en los museos, las escuelas, las artes visuales y la literatura, con el fin de proteger la consagración y reproducción de identidades tradicionales (Brunner, Martín Barbero, Subercaseaux). Aún los acuerdos tomados en el Mercosur recientemente para incluir la cultura en la integración económica (acta de Asunción, 1995, y reunión de Canela, 1996), conciben actividades útiles como “la difusión y conocimiento de los valores y tradiciones culturales”, la enseñanza del español y el portugués en todos los países del Mercosur, “circulación de escritores y artistas” entre los países de la región, coedición de textos literarios bilingües, premios para escritores y artistas plásticos, y dan un lugar mínimo —más retórico que operativo— a las industrias culturales. (García Canclini, 4)

La contraargumentación a lo planteado podría ser que la importancia económica de la actividad desarrollada por las industrias culturales —tradicionales o emergentes— no es significativa en los países del Mercosur o en América Latina. Sin embargo, como continúa señalando García Canclini, entre tanto, los datos de la producción, comercialización y el consumo de la cultura revelan que no ocurren en esos espacios tradicionales ni las mayores inversiones, ni la generación más amplia de empleos ni la expansión del consumo cultural. Es en las industrias culturales y en los procesos de comunicación masiva donde se desenvuelven en las últimas décadas las principales

actividades culturales, las que dan información y entretenimiento a las mayorías, las que influyen de modo más significativo en la economía de cada sociedad y ofrecen mejores oportunidades de conocimiento recíproco e intercambio entre las naciones. (...) Además, las industrias culturales crecen a mayor velocidad que otras áreas de la economía y generan más puestos de trabajo año tras año. (García Canclini, 4-5)

En ese sentido, muchas políticas culturales respecto de las industrias culturales tradicionales siguen enmarcadas en el proceso de “sustitución de importaciones” que se diera hace unas décadas. Precisamente, la tensión entre “industrias culturales nacionales” y transnacionalización y globalización de la producción cultural atraviesa gran parte del debate contemporáneo. Es cierto que esto no sólo ocurre en América Latina, y que plantea otro tipo de problemas como el que podría estar contenido en la pregunta: ¿se deben abandonar los proyectos nacionales de cultura? No se trata de abandonar el o los proyectos de cultura nacional, pero sí de adecuarlos a la situación presente y al peso abrumador de las industrias culturales, tanto las “tradicionales” como las “emergentes”. Elocuente de esta problemática es o viene siendo el enfrentamiento entre las políticas culturales de Estados Unidos y de Europa, tanto en el marco de las negociaciones de GATT en 1993 —respecto de la libre circulación o no de los productos audiovisuales— como más recientemente en el seno de la OCDE (OECD) donde el debate sobre la eventual extensión de la desregulación de las inversiones transnacionales que abarcaría “el cine, la televisión, los circuitos

informáticos, la industria editorial, y demás campos culturales y comunicacionales". (García Canclini, 17-18)

La ausencia o la escasa importancia adjudicada a las industrias culturales tradicionales o no en el debate latinoamericano sobre las políticas culturales no se limita al Mercosur. Así, durante el debate en torno a la Ley General de Cultura y a la creación del Ministerio de Cultura en Colombia, Carvajal Barrios señalaba que "las personas que tuvieron bajo su responsabilidad la redacción de la nueva ley de la cultura se encuentran muy distantes de la perspectiva" que tomaba en cuenta el papel de las industrias culturales. En esa línea de argumentación se preguntaba: "¿Por qué negar que en muchos de los casos las industrias culturales representan una alternativa para afrontar el problema económico (financiación de los costos de producción y distribución) y para lograr un desarrollo significativo en el campo cultural (ampliación del público receptor)?" (Carvajal, 198-199)

Resulta claro que la persistencia de nociones anacrónicas de la cultura, así como la ignorancia ya no del potencial económico y de la importancia a nivel del empleo de la actividad cultural —incluidas las industrias culturales tradicionales y las emergentes, así como las de la "alta cultura" y las artesanías— afecta de una manera fundamental la elaboración de las políticas culturales entre nuestros países. Más aún, las industrias culturales —tradicionales o emergentes— en la actual situación de globalización plantean el desafío a los estados nacionales de elaborar políticas culturales de cara al futuro y no hacia el pasado o, para utilizar una

expresión "cargada" en algunos países latinoamericanos, políticas culturales con "los ojos en la nuca". El desafío consiste en que los estados deben elaborar políticas culturales pensando en el futuro —un futuro donde las industrias culturales seguirán afirmando su hegemonía— pero en el que la memoria social no sea diluida ni la historia —local, nacional o regional— pierda sentido, referencia e identidad. Todo esto plantea una seria consideración de la relación del estado para con la cultura y en particular para con las industrias culturales tanto tradicionales como emergentes. En ese sentido, la reflexión sobre la función del Estado ha llevado a algunos responsables de la administración cultural a preguntarse si la política cultural de Estado será asistencial o de inversión; si se va a financiar la oferta o si se prefiere subsidiar la demanda; si se trata de una política de coyuntura o un plan a largo plazo; si se va a intervenir en cultura erudita o en cultura contemporánea si se va a crear cultura o a articular iniciativas sociales, o ambas. (Errandonea, 65)

Las preguntas acerca del papel del Estado respecto de la cultura ya no suponen sin embargo que la producción cultural dependa exclusivamente de éste. Después de todo, y como señala el mismo Errandonea, "en materia de políticas culturales se necesita de un insumo de la sociedad", a lo que agrega que "En el límite, si desapareciera el Estado, la cultura subsistiría". (Errandonea, 66)

Todo esto plantea que la elaboración de las políticas públicas respecto de la cultura, siendo responsabilidad del Estado, no se agota en su protagonismo. Lo que

no significa que el Estado no tenga una función a cumplir; entre otras la de elaborar "estadísticas culturales" que, como señala Mara Pérez, encargada del Departamento de Estadísticas de la Dirección de Educación del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay, adquieren relevancia "cuando permite la comparación con otras realidades, por ejemplo en el marco regional Mercosur o con países más desarrollados"; lo que permite afirmar que

es necesario poner las estadísticas al servicio de las necesidades actuales de diagnóstico mediante la construcción de indicadores que permitan interpretar las estructuras y dinámicas que caracterizan al sector cultural. Un sistema de indicadores como una herramienta más para la generación de políticas culturales, la toma de decisiones, la implementación de acciones y su evaluación. (Pérez, 129)

¿Significa lo anterior que el papel del Estado en relación con la cultura deba reducirse al de instrumentador de estadísticas e investigaciones? La respuesta obviamente es negativa. Lo señalado por Mara Pérez es relevante en otro sentido. Es relevante en tanto señala la necesidad de conocer las realidades que caracterizan al sector cultural y su importancia respecto de la elaboración de políticas culturales; en particular respecto de las industrias culturales. Es relevante, además, para poder procesar el tema central de cuál debe ser la función del Estado —asistencial o de inversión— respecto de la cultura. Pero, además, es fundamental para poder dar cuenta de algunas de las problemáticas implícitas en el

planteo de Carvajal Barrios que, aún cuando referidas a Colombia, tienen validez para toda América Latina. Me refiero a la democratización de la cultura o, como ella dice, de la ampliación del público receptor. Y también para poder elaborar algunos de los desafíos económicos representados por la generación de empleo y de riqueza.

5. Pensar el futuro

Planificar o proyectar el futuro —que es lo propio de las políticas públicas, culturales o no— sin contar con información, es decir, sin datos acerca de la realidad económica de la cultura, es incursionar en la ficción o en los juegos de azar. Ignorar el papel que las industrias culturales han jugado en la construcción de la cultura de América Latina, significa condenar al olvido parte de la memoria y de la tradición cultural de nuestros países. Significa, además, reducir la cultura exclusivamente al proyecto del siglo XIX y marginar lo que amplias mayorías han entendido y entienden como su cultura. Pensar el futuro sin olvidar el pasado en relación con la cultura pasa por tener presente fenómenos culturales como Carlos Gardel, Los Panchos o la música popular brasileña —para sólo referirnos a aspectos vinculados a la industria discográfica—, que son parte fundamental de la identidad latinoamericana. Pero si pensar el futuro sin olvidar el pasado supone atender lo que hemos llamado "industrias culturales tradicionales", esto conlleva, además, elaborar políticas culturales que den cuenta de una realidad económica insoslayable. Una realidad económica que, de cara al siglo XXI, supone la elaboración de políticas culturales que incluyan o

integren en su horizonte las “industrias culturales emergentes”. Después de todo, la “alta cultura”, la “cultura popular” y la “cultura masiva” tienen y han tenido todas ellas su espacio en las industrias culturales.

Las políticas culturales que no incluyan las industrias culturales y que no sean conscientes de la relevancia económica y laboral de la cultura, están destinadas a reproducir el pasado en lugar de pensar, imaginar o proyectar el futuro.

Notas

* Parte de la argumentación —así como algunos pasajes— del presente ensayo recoge lo expresado por el autor en “La incomprensible invisibilidad o acerca de la cultura, valor y trabajo en América Latina”, artículo presentado al Seminario sobre Integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe, por el SELA, la UNESCO, el Convenio Andrés Bello y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los días 30 y 31 de julio de 1998 en la ciudad de Buenos Aires, actualmente en prensa.

¹ Germán Rey en “Integración y reacomodamientos de las industrias culturales” sostiene al hablar de los actuales procesos de integración regional y supranacional que “Una integración (...) ya no se efectúa tanto a través de la interacción entre los Estados, ellos mismos expuestos a su propia crisis ante fenómenos como la globalización, sino en buena parte por la integración de medios, es decir, de las lógicas simplemente comerciales. A esta separación entre cultura y medios, mundo instrumental y mundo simbólico se refiere Alain Touraine en ‘¿Podremos vivir juntos?’ (1997)” (manuscrito, 2)

² Sobre el tema de la “integración” Germán rey ha señalado que: “Hoy se puede afirmar, que además de la integración por la música, la telenovela, el fútbol o Internet ha crecido una forma de integración política, una suerte de lenta expansión de un espacio público latinoamericano que tiene en las industrias culturales un vehículo

imprescindible y definitivo de desarrollo.” (Rey, 13)

³ La denominación “industrias culturales tradicionales” e “industrias culturales emergentes o de futuro” no es responsabilidad de Roncagliolo sino mía, aunque parte de lo expresado por Roncagliolo en la cita antes consignada.

⁴ Sayer sostiene que: *Against those cultural theorists who have claimed that the distinction between culture and economy is now defunct, I argue that the former includes intrinsic or non-instrumental values while the latter is essentially a kind of instrumental action, and that this distinction is of considerable moral and political importance. By reference to the social and cultural embedding of economic practice, work culture and consumption, and especially politics and the alleged shift from an economic politics of distribution to cultural politics of recognition, it is argued that what appear to be cases of 'culturalization of economy' often involve an instrumentalisation of culture for economic ends. Although cultural values are not always good, and the instrumentalisation of culture for economic ends has good as well as bad effects, recent kinds of cultural studies have been complicit in the economisation of culture and its reduction of moral and political values to matters of lifestyle and consumer preference.* Internet: <http://www.geog.lamp.actividad.uk/cyktyrakytrbs/Page4c.gtnk>

⁵ El análisis de la relación entre “mercado” y “cultura” está presente, entre otros muchos, en el trabajo de Alicia Entel recogido en *Cultura Mercosur*, donde se expresa una de las posiciones en las que está planteado el debate.

⁶ Al respecto, es ilustrativo lo señalado por Daniel Matto en “Producción y comercialización transnacional de telenovelas...” al considerar la relación entre producción de telenovelas y mercado publicitario en algunos países latinoamericanos, así como la diversa incidencia de la comercialización de las telenovelas en los mercados nacionales y en las exportaciones.

⁷ Para el caso de Uruguay —con una población total de 3.142.000 habitantes— se ha calculado que la cultura emplea cerca de 65 mil personas.

⁸ Y que evite el desarrollo de industrias culturales al margen de convenios internacionales, como durante mucho tiempo ocurrió en Paraguay donde no se cumplieron (o no se cumplen) los acuerdos del Convenio de Berna respecto de los derechos de autor. La firma del Convenio de Berna por parte de Paraguay no significa, como lo demuestra la situación de la industria discográfica, que la piratería en ese país haya desaparecido.

Bibliografía

BENHAMOU, FRANÇOISE: *La economía de la cultura*, traducción de Analía Martínez Amoretti, Trilce, Montevideo, 1997.

CARÁMBULA, GONZALO: “Prólogo”, en: Luis Stolovich, Graciela Lescano y José Mourelle: *La cultura da trabalho. Entre la creación y el negocio: economía y cultura en el Uruguay*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 1997.

CARVAJAL BARRIOS, GIOVANNA: “Cultura e industria” en: *Materiales para una cultura*, Presidencia de la República de Colombia-COLCULTURA, Editorial Arte, Bogotá, 1995, pp. 197-201.

CICCUUS (CENTRO DE INTEGRACIÓN, COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD): *Boletín de industrias culturales*, Números 1 (abril de 1996), 2 (septiembre de 1996), 3 (junio de 1997) y 4 (diciembre de 1997), Buenos Aires.

ENTERL, ALICIA: *Cultura Mercosur*, prólogo y coordinación de Hugo Achugar, Trilce, Montevideo, 1991.

ERRANDONEA, FERNANDO: “Políticas culturales, gestión estratégica y evaluación. Tres Adanes y una Eva/Plan Piloto en: *¿Qué pasa con la cultura?*, Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo, 1997, pp. 65-80.

GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, D.F.I., 1995.

Gazeta Mercantil Latinoamericana, “El mercado de música latina pierde millones por la piratería”, año 3, número 139,

semana del 13 al 19 de diciembre de 1998; pp. 1, 6 y 7.

MATTO, DANIEL: “Producción y comercialización de telenovelas y su incidencia en aspectos estéticos del género” (manuscrito), ponencia presentada en el Seminario sobre “Integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe” por el SELA, la UNESCO, el Convenio Andrés Bello y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los días 30 y 31 de julio de 1998, en la ciudad de Buenos Aires.

PÉREZ, MARA: “Estadísticas culturales. Una necesidad impostergable”, en: *¿Qué pasa con la cultura?*, Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo, 1997, pp. 128-130.

REY, GERMÁN: “Integración y reacomodamiento de las industrias culturales” (manuscrito), ponencia presentada en el Seminario sobre integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe, por el SELA, la UNESCO, el Convenio Andrés Bello y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los días 30 y 31 de julio de 1998, en la ciudad de Buenos Aires.

RONCAGLIOLO, RAFAEL: “Las industrias culturales en la videoesfera latinoamericana” (manuscrito), ponencia presentada en el Seminario sobre integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe, por el SELA, la UNESCO, el Convenio Andrés Bello y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los días 30 y 31 de julio de 1998, en la ciudad de Buenos Aires.

SAYER, ANDREW: “The dialectic of culture and economy: the economisation of culture and the culturalisation of economy”, en: *Cultural Turns/ Geographical Turns. Plenary talks: titles, abstracts and further reading*. Internet: <http://www.geog.lamp.ac.uk/culturalturns/Oage4c.html>.

STOLOVICH, LUIS; GRACIELA LESCANO Y JOSÉ MOURELLE: *La cultura da trabalho. Entre la creación y el negocio: economía y cultura en el Uruguay*. Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 1997.

YÚDICE, GEORGE: “La industria de la música en el marco de la integración América Latina-Estados Unidos” (manuscrito), ponencia presentada (con la asistencia de Frederick Moehn) en el Seminario sobre Integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe, por el SELA, la UNESCO, el Convenio Andrés Bello y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los días 30 y 31 de julio de 1998, en la ciudad de Buenos Aires.

Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate

JULIO CARRANZA VALDÉS

*Oficial de Programa de la Oficina Regional de Cultura
para América Latina y el Caribe de la UNESCO*

No todos los autores entienden lo mismo cuando asumen los conceptos cultura y desarrollo, a la vez que estos han estado sujetos a una evolución histórica, al igual que las propias realidades que tratan de identificar. En la definición de un concepto influyen muchos factores, desde el conocimiento que se tenga de la realidad que se pretende representar, hasta los intereses con los cuales se percibe esa realidad.

Una de las definiciones históricas más conocidas sobre el desarrollo económico era aquella que lo presentaba como la sucesión de diferentes etapas, que de manera inevitable todo país o región debería recorrer.¹ Desde este punto de vista, la diferencia entre los países desarrollados y subdesarrollados consistía en que los primeros ya habían recorrido un ciclo histórico que los demás recorrerían después. A esto se añadía la idea de que el desarrollo correspondía a un determinado modelo definido por los valores correspondientes a las sociedades "occidentales". Finalmente, la idea de que los instrumentos de política económica utilizados para impulsar el crecimiento de la producción son suficientes para que cualquier país pueda alcanzar el desarrollo económico.

La historia de la humanidad durante los últimos siglos ha sido la historia del sistema capitalista de producción y durante casi todo el siglo XX, en una parte de la humanidad, el primer intento de construir una sociedad socialista alternativa. Por razones diferentes, ninguna de estas dos experiencias dieron una respuesta suficiente al problema del desarrollo.

En la experiencia capitalista ha imperado e impera una concepción esencialmente economicista: el criterio fundamental que determina los procesos sociales y económicos es el de la rentabilidad y la competitividad que se ponen a prueba en el mercado, donde se van determinando progresivamente las proporciones, los ritmos y las condiciones del desarrollo económico. El crecimiento económico es asumido como expresión y objetivo del desarrollo y la maximización de la rentabilidad a corto plazo, como criterio para la ejecución de cualquier acción de "desarrollo". La economía desconoce así dos de sus dimensiones fundamentales: la dimensión social y la dimensión ecológica, para decirlo de una manera más sintética, su dimensión cultural.

Desde una perspectiva cultural, ésta es una concepción determinista: a partir de una situación cultural inicial, todas las culturas deben pasar por una serie de etapas históricas necesarias hasta llegar a la última, que sería la de la cultura moderna, industrial, tecnológica, racional, productivista, rentable y eficiente. Esta concepción, dominante en la experiencia histórica del capitalismo, ha tenido diferentes expresiones. En la época actual de capitalismo neoliberal y globalización se expresan con una caridad y una fuerza extraordinarias.

Los resultados sociales y culturales de procesos históricos en los que ha predominado esta concepción economicista y liberal han sido muy negativos: establecimiento de una cultura de consumo, concentraciones demográficas en las grandes ciudades, acentuación de las desigualdades sociales, marginación de amplios sectores de la población, profundización de las diferencias económicas entre países pobres y países ricos, destrucción de la naturaleza y el medio ambiente, etcétera.²

Estos problemas no son exclusivos del mundo subdesarrollado. Las recientes expresiones críticas de la economía internacional, resultados de la primacía del criterio de "rentabilidad a todo costo", que caracteriza a los mercados internacionales, en particular a los de carácter especulativo, los problemas sociales de crimen, drogadicción, racismo y desigualdad que se acentúan en muchos países del mundo desarrollado, demuestran que también allí se expresan las consecuencias de estos procesos.

Finalmente los tremendos problemas ecológicos de hoy,

consecuencia del tipo de relación que la concepción dominante ha impuesto entre el hombre y la naturaleza, demuestran que las amenazas nos implican a todos.

El discurso "modernizador" es falso, en la medida en que asume que sólo con la reproducción de un determinado modelo tecnológico, económico y social se puede avanzar en la escala del desarrollo. La prueba definitiva es que la mayoría del mundo que ha seguido este principio, no ha resuelto el problema del desarrollo.

No es factible abundar en estadísticas y caracterizaciones sobre la difícil situación económica, social, cultural y ecológica del planeta que por demás ya son bastante conocidas. Lo que interesa afirmar es que esa realidad expresa la necesidad de producir cambios en las concepciones que impulsan los procesos de desarrollo, y ese cambio solamente puede producirse desde una concepción cultural no sólo del desarrollo, sino incluso de la economía en general.

Cultura y desarrollo: la cuestión conceptual

El tratamiento de la relación conceptual entre cultura y desarrollo también tiene su historia, que es necesario referir muy brevemente. El planteamiento original del desarrollo como proceso económico asumía como criterio rector el crecimiento del producto que iría conduciendo al país en cuestión por las diferentes etapas que necesariamente debía atravesar. La cuestión cultural quedaba totalmente marginada de este esquema.

Hay un avance importante cuando se reconoce la cultura como un

factor implicado en los procesos de desarrollo. Pero, en este caso, la cultura es vista esencialmente como un instrumento que puede favorecer o entorpecer el crecimiento económico y por tanto la noción dominante de desarrollo. Son interesantes, por ejemplo, los estudios de Max Weber sobre el papel del protestantismo en el crecimiento económico de los países con una tradición cultural. De aquí puede derivarse el criterio de usar la cultura de un pueblo cuando se estime que ésta favorece el proceso económico de un país y lo contrario, ignorarla o reprimirla cuando se entienda que ésta lo entorpece. Como se puede comprobar, en este caso se trata de una asunción instrumental de la cultura en su relación con el desarrollo, o sea como instrumento en función de un objetivo diferente.

Una de las corrientes teóricas actuales, que pretende dar cuenta del carácter de la realidad contemporánea y sus perspectivas, es aquella cuyo autor principal es el profesor norteamericano Samuel Huntington, que explica a las culturas básicamente como recursos de poder y fuente fundamental de los conflictos internacionales que están por venir. La influencia de una interpretación de esta naturaleza, asumida de manera absoluta, puede conducir a conductas políticas y sociales excluyentistas, racistas y beligerantes.

A partir de 1982, fecha en que se realiza una Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, es que se comienza a plantear con fuerza la idea de que la cultura debe ser parte integral, instrumento y, a la vez, objetivo esencial de una adecuada concepción de desarrollo, de aquella que coloca el bienestar

material y espiritual de todo ser humano como su razón de ser. En la clausura de esa reunión el entonces Director General de la UNESCO, Amadou-Mahtar M Bow, afirmó: "Si cada sociedad tiene disposiciones particulares y aspiraciones específicas vinculadas a su cultura y a su historia, para florecer le es preciso asumir y vivificar la savia creativa que ha heredado de su pasado. Si hoy en día las cosas frecuentemente escapan al control de los hombres, quizás sea porque estos han dejado que las leyes de la economía se apartaran de las finalidades de la cultura. Finalmente, si la trama de las relaciones internacionales actuales parece estar tan lejos de las exigencias de la creatividad colectiva e individual, tal vez sea porque las especificaciones de acuerdo con las cuales se ha constituido —las de la uniformación cultural y de la desigualdad económica— ya no corresponden a las exigencias que derivan de la multiplicidad de focos de afirmación cultural y de centros de decisión independientes."³

A pesar de que estos criterios fueron compartidos por los 126 Estados participantes y las organizaciones internacionales presentes, y que desde entonces los planteamientos sobre el desarrollo del PNUD y de notables académicos y políticos incorporan esta visión, la realidad internacional marcha en una dirección muy diferente. En los más de quince años pasados, se han consolidado a escala mundial procesos económicos y culturales que son la negación de los principios allí presentados.

Los diez años que van de 1988 a 1997 fueron declarados por las Naciones Unidas Decenio Mundial

para el Desarrollo Cultural. Diversas acciones fueron ejecutadas por la propia Organización y por sus países miembros durante este período, comenzó a hacerse mayor la preocupación internacional por esta problemática. Sin embargo, era notable la falta de una comprensión más precisa acerca del alcance y los contenidos de una concepción cultural del desarrollo económico. Con el propósito de avanzar en esa dirección, la UNESCO, con el respaldo de la Asamblea General de la ONU, constituye en 1992 una Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo presidida por Javier Pérez de Cuéllar.

En 1995, la UNESCO publica el Informe de la Comisión, donde de una manera más extensa y reflexionada se vuelve sobre el planteamiento de la relación indivisible entre cultura y desarrollo, a la vez que se realiza un análisis muy crítico de la situación actual. El Informe constituye un valioso instrumento para el avance de la comprensión de este problema, aunque, por supuesto, no se propone agotar su contenido, sino replantear la importancia estratégica del tema y entregar pistas para su seguimiento. En una de sus ideas resúmenes se plantea: "es inútil hablar de la cultura y el desarrollo como si fueran dos cosas separadas, cuando en realidad el desarrollo y la economía son elementos o aspectos de la cultura de un pueblo. La cultura no es pues un instrumento del progreso material: es el fin y el objetivo del desarrollo, entendido en el sentido de realización de la existencia humana en todas sus formas y en toda su plenitud."⁴

La cultura debe ser asumida no como un componente comple-

mentario u ornamental del desarrollo, sino como el tejido esencial de la sociedad y por tanto como su mayor fuerza interna.

El segundo planteamiento fuerte de este Informe es la necesidad de defender y promover la diversidad cultural sobre el principio del respeto de todas las culturas cuyos valores sean tolerantes con los de las demás. Obviamente esta posición cuestiona frontalmente la tendencia, hoy prevaleciente, a la imposición de una cultura única o dominante a nivel planetario.

En la preservación de la diversidad cultural está implicado el respeto al derecho de cada pueblo, pero está contenido, además, un interés universal, pues es en la suma e interrelación de las diferentes culturas donde está atesorado el cúmulo de conocimientos que ha generado la humanidad durante siglos, las diferentes maneras de concebir, asumir y hacer las cosas.

Es necesario comprender que al plantear el desarrollo desde una concepción cultural, no se está excluyendo la importancia que tienen las consideraciones de carácter técnico-económico sobre los equilibrios macroeconómicos, las proporciones sectoriales, la regulación de los mercados, los modelos de acumulación, etcétera. Lo que se está planteando es que éstas deben ser realizadas desde una concepción cultural, esto es, partiendo de las realidades, valores y aspiraciones de las grandes mayorías de las poblaciones en las que los procesos de desarrollo han de tener lugar y, por tanto, planteando un paradigma que se corresponda con estas realidades. Queda en pie, por supuesto, el tema de cuáles serían las fuerzas

políticas y sociales conductoras de esta transformación.

El planteamiento es tan esencial como complejo y corre el riesgo de ser entendido de una manera superficial. La cultura de un pueblo no es estática, evoluciona constantemente bajo la influencia de diferentes elementos de carácter tanto interno como externo, pero a su vez se basa en factores constitutivos de presencia permanente que la definen como lo que es y la distinguen de culturas diferentes. Esa síntesis expresa las creencias, las aspiraciones, el conocimiento y las maneras de hacer las cosas de un determinado pueblo. El “progreso económico”, para ser tal, debe corresponder y potenciar esa realidad específica y no plantearse en conflicto con ella. Sin embargo, es necesario entender que el atraso, la miseria y el subdesarrollo no son valores culturales. La cuestión para un país subdesarrollado es vencer el reto civilizatorio y hacerlo preservando y desarrollando su propia cultura.

El paradigma dominante impone mitos que deben ser superados. Uno de ellos es el de la tecnología, que constituye sin lugar a dudas un factor esencial en el avance de la civilización humana, aun hoy más que nunca antes cuando se convierte en una fuerza productiva directa. Sin embargo, no toda tecnología significa necesariamente progreso.⁵ Los ejemplos sobran; el más claro de todos el de la tecnología militar, también el de la tecnología que degrada el medio ambiente o aquella que desplaza empleo sin compensaciones o que impulsa a las migraciones campo-ciudad provocando situaciones de hacinamiento y marginalidad, o la manipulación genética irresponsable. Es la cultura quien

pone la tecnología al servicio del ser humano.

Para afirmarlo con una frase del Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, “no se pueden olvidar las exigencias de la economía pero hay que trascenderlas” lo que podríamos completar afirmando que hay que trascender las exigencias de la economía, pero sin obviarlas.

Otro mito que es preciso superar es el de la democracia, cuando ésta es reducida a un procedimiento técnico, despojada de su verdadero contenido, que es la suma de un conjunto de valores éticos y culturales históricamente determinados. O el mito de la capacidad reguladora del libre mercado. En realidad, el problema no es el mercado, al que corresponde objetivamente un lugar determinado en cualquier alternativa económica; el problema es el liberalismo, que identifica al mercado como el único regulador de todas las relaciones sociales.

Una aproximación también limitada al tema de la relación entre el desarrollo y la cultura es aquella que la reduce al lugar de los sectores directamente culturales (industrias culturales, artesanías, bellas artes, cultura comunitaria, enseñanza artística, patrimonio cultural, turismo cultural, etcétera) en los procesos y estrategias de desarrollo. Esta es una dimensión importante que no puede ser ni excluida ni subestimada y que necesita una reflexión propia, pero que debe ser entendida como parte de aquella dimensión más general y fundamental, que consiste en que las estrategias y los procesos de desarrollo estén concebidos y conducidos desde una concepción cultural en su sentido más

abarcados y esencial, cuestión implicada no sólo en la política cultural, sino además —y básicamente— en la política económica y en la política institucional, entendida esta última no sólo como un espacio de acción de los gobiernos, sino de la sociedad en su conjunto.

Desde una concepción cultural del desarrollo, la noción de política cultural debe ampliarse, en la medida que toda política de desarrollo debe ser profundamente sensible e inspirada en la cultura. Para decirlo con una frase rescatada por el Informe de la Comisión Mundial, “el desarrollo en el siglo XXI será cultural o no será”.⁶

Para comprender el alcance de esta afirmación, es necesario replantearse el contenido tradicional de los conceptos de desarrollo y cultura, y, además, asumirlos como parte inseparable de un proceso único. El desarrollo no es simplemente el crecimiento más o menos armónico de los diferentes sectores de la economía, medido por estadísticas frías y criterios de rentabilidad. Es un proceso más complejo y abarcador, en función de los intereses y aspiraciones materiales y espirituales de los pueblos, que debe incorporar coherentemente diversas lógicas socioculturales y experiencias históricas para dar lugar a una sociedad culta, solidaria, justa, políticamente democrática y ecológicamente sustentable. La cultura no es sólo el espacio de la literatura y las bellas artes, sino el conjunto de valores, conocimientos, experiencias, creencias, maneras de hacer actitudes y aspiraciones de los pueblos en una época determinada, vistas además en una interinfluencia creciente.

La economía de la cultura

Las transformaciones que se producen en el capitalismo internacional durante la segunda mitad del siglo XX impactaron fuertemente sobre los sectores vinculados de manera directa a la producción cultural. Es éste el período, sobre todo a partir de las décadas de sesenta y setenta, en que se conforman y se expanden las llamadas industrias culturales, reproductoras a gran escala de productos de creación individual o colectiva que son lanzados al mercado y distribuidos en el ámbito internacional. El rasgo distintivo de este proceso es la mercantilización del “producto cultural”, que entra así en la lógica del beneficio y la capitalización.

Una buena parte de la “producción cultural” se somete a la dinámica económica de la acumulación capitalista: reducir costos, maximizar ganancias, potenciar las economías de escala; lo cual conduce a la homogeneización y estandarización del producto y a la producción en serie para un mercado que se debe expandir reforzando la tendencia al crecimiento de la demanda del tipo de producto que la industria entrega.

La creación cultural se hace producción mercantil o cultura mercantilizada, una actividad de empresa; correspondientemente, el consumo cultural se hace consumo mercantil. La creación cultural no se realiza en libertad, que debe ser su condición natural de realización, sino supeditada al ordenamiento necesariamente jerarquizado y autoritario propio de una actividad de empresa.⁷

En la lógica de la competencia por el control de los mercados, en esta

como en otras actividades económicas, los países pobres tienen muy escasa posibilidad de éxito, de modo que la homogeneización se impone a partir de los patrones de quienes dominan los mercados internacionales, o sea, los países ricos, y cada vez más uno de ellos: los Estados Unidos.⁸ El Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo advierte amenazas sobre una de las reservas más importantes de la humanidad: su diversidad cultural. En los últimos años este fenómeno ha alcanzado una escala cualitativa superior, como consecuencia del desarrollo de los medios de comunicación e información.

El carácter mercantil de las llamadas producciones culturales ha alcanzado un nivel extraordinariamente importante. En los Estados Unidos, "la industria del entretenimiento" es ya el segundo sector de exportación con altos niveles de beneficio. Este fenómeno convierte una parte considerable de la literatura, el cine, la televisión, etcétera. en puro entretenimiento, portador del escaso valor cultural, y a la mayor parte de los países del mundo en importadores netos de este producto.⁹ El conocido autor norteamericano John Grisham afirmaba que en realidad él no hacía literatura, sino entretenimiento, a lo cual añadía: "soy un autor leído en un país que no lee."

En 1992 un artículo de la revista inglesa *The Economist* afirmaba: "La transformación de la cultura y las artes creativas en mercancías descontextualizadas, destruye el significado de las prácticas culturales. Equipara las artes a productos generadores de ingresos, elimina la espiritualidad, la historia y

el valor de las prácticas culturales, elemento central que mantiene los valores y exalta las tradiciones de las comunidades desfavorecidas."

La amenaza sobre la diversidad cultural del mundo es tan fuerte, que en 1995, en la Conferencia sobre Información del Grupo de los 7, no sin resistencias y tensiones, se declaró que una economía mundial de la información debería estar al servicio del enriquecimiento cultural de todos los ciudadanos, mediante una diversidad de contenidos que reflejase la diversidad cultural y lingüística de los pueblos. La declaración no deja de ser significativa, sin embargo la práctica, controlada por las grandes transnacionales de estos mismos países, continúa moviéndose en la dirección opuesta.

Claro que es muy importante que los "sectores culturales" generen ingresos que permitan su propia reproducción y desarrollo y que, dentro de ciertos límites y conceptos bien establecidos, sean también pensados en términos industriales y comerciales. El desafío es lograr en los "sectores culturales" el mayor nivel de eficiencia y beneficio posible sin sacrificar objetivos sociales y culturales fundamentales. El problema no es la industrias culturales, cuya presencia y desarrollo es imprescindible, no sólo como un instrumento generador de ingresos y empleo, sino además como un medio para socializar la cultura. El problema es la supeditación del producto a una concepción eminentemente mercantil.

Como queda demostrado en la experiencia de muchos países, el potencial de ingresos económicos y de generación de empleos de los

"sectores culturales" es muy importante, y es posible explotarlos convenientemente, sin llegar a expresiones absolutamente mercantiles de pobre contenido estético y artístico.¹⁰ Las industrias culturales, adecuadamente montadas y conducidas, pueden tener un impacto muy positivo en el terreno económico, social y cultural. Este es uno de los desafíos actuales para las políticas culturales.

Por otra parte, hay determinadas actividades culturales, así como educacionales, que son imprescindibles a la sociedad y, sin embargo, no generan ingresos suficientes para su propio sostenimiento. Aquí las políticas presupuestarias del gobierno son fundamentales, así como la capacidad que tengan otros agentes sociales nacionales e internacionales de movilizar recursos para mantenerlas y desarrollarlas. Como se conoce, la tendencia mundial ha sido la privatización indiscriminada y el recorte de los presupuestos sociales y culturales; y se aprecia en otras áreas sensibles, como la salud pública. Éste constituye uno de los problemas más graves que enfrenta el mundo subdesarrollado en cuanto a su futuro. Los gobiernos no deben ver en la cultura una carga para el presupuesto, sino una inversión imprescindible y, además, en gran medida rentable; pero sobre todo un derecho ciudadano de máxima importancia.

El turismo merece una referencia específica, por el gran peso económico y social que ha alcanzado en el mundo de hoy. Toda actividad turística, al significar el movimiento hacia un mundo distinto al propio, constituye una

experiencia cultural. Sin embargo, éste no es siempre un acto consciente; peor aún, con frecuencia el turismo es tratado como una actividad meramente mercantil, descontextualizada, y por tanto con efectos depredadores sobre el patrimonio histórico y natural de los países o regiones receptores. Es necesario modificar radicalmente esta deformación.

Todo turismo debería concebirse, organizarse y realizarse como una actividad eminentemente cultural. No sólo aquella que va directamente dirigida a disfrutar de un monumento histórico, de un museo, de una obra de arte o de un espectáculo artístico; sino también aquella que asiste a disfrutar de un paisaje, de una playa o simplemente del sol. Tanto la una como la otra establecen una relación con el patrimonio de otro pueblo, que debe ser respetado y apreciado en todo su valor.

El turismo vinculado directamente a propósitos culturales debe ser potenciado. Los llamados activos culturales son con frecuencia la motivación principal para que otras personas se interesen en conocer determinado país o lugar. El más importante y sensible de estos activos es la propia cultura viva, de la cual es portadora y productora la población de cada lugar. El turismo no debe, ni puede ser, una actividad de enclave distanciada de los pueblos; por el contrario, debe relacionarse con estos, ofrecerles una fuente nueva y directa de ingresos y de empleos, una vía para potenciar y a la vez enriquecer su propia cultura. Existen importantes experiencias que demuestran el nuevo crecimiento alcanzado a través de este concepto por la artesanía, la música, el folklore, las gastronomías locales, etcétera. Los

proyectos de desarrollo turístico deben estar concebidos como parte de una estrategia que conduzca al crecimiento del nivel de vida de la población y a la preservación de su patrimonio. Una concepción cultural de toda la actividad turística, lejos de disminuir, potencia su capacidad de generación de ingresos y a la vez la hace compatible con el desarrollo integral de los pueblos.

Como enseñan muchas experiencias lamentables, si la actividad turística no es proyectada y conducida desde una concepción política y cultural, su potencial de desarrollo se desnaturaliza y sus efectos pueden ser muy nocivos: traslado de vicios ajenos y depredación del patrimonio y el medio ambiente. Es la cultura quien puede y debe hacer la diferencia.

El Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo señalaba: "Los gobiernos no pueden determinar la cultura de un pueblo, de hecho es, hasta cierto punto, a la inversa. Lo que sí pueden hacer es influir negativa o positivamente sobre ella."¹¹ En consecuencia, un gobierno cada vez más débil frente a un poder económico cada vez más fuerte y alienado influye negativamente sobre la cultura. aquí hay un límite estructural para los modelos económicos que se sostienen hoy en los países periféricos, pues si el desarrollo económico va acompañado de una cultura empobrecida, estará condenado al fracaso. el desarrollo, para ser, tiene que ser eminentemente cultural.

El contexto de la globalización

El concepto más general con el que se ha definido la realidad internacional contemporánea es "globalización". Sin embargo, este

concepto define una realidad extraordinariamente diversa y compleja que exige aproximaciones más precisas para comprenderla y transformarla.¹²

La globalización, concepto con el cual se ha denominado la actual etapa de mundialización del capital, es un proceso doble: de un lado, el avance objetivo de la tecnología que permite una integración internacional cualitativamente diferente a la que habían producido otros procesos históricos pasados. De otro, es una política que pone ese proceso objetivo en función de los grandes intereses transnacionales, que son el sujeto dominante en el mundo de hoy. Las implicaciones de este fenómeno impactan sobre todas las sociedades, pero de manera diferente. Paradójicamente, la globalización es también un proceso desintegrador y excluyente.

De una parte, surgen tres grandes centros hegemónicos; de otra, países o regiones menos desarrolladas que se integran a estos de manera subordinada; y, finalmente, un sector del mundo relativamente importante que es marginado de manera creciente por la nueva dinámica global.

El mecanismo que permite esta articulación estratificada y excluyente es la universalización del mercado capitalista y un modelo económico común promovido y sostenido por organismos financieros internacionales, donde es claro el dominio de los países del Grupo de los 7 y donde no se reconocen suficientemente las desventajas con las que asiste el mundo subdesarrollado a ese nuevo orden internacional.

El carácter de la globalización vigente es contrario a una concepción cultural del desarrollo en la medida en que no coloca los intereses de las mayorías de la humanidad como el objetivo esencial del proceso económico, profundiza las desigualdades sociales y entre países, degrada al medio ambiente, atenta contra la diversidad cultural y favorece la imposición de una cultura única.

Como afirma un profesor brasileño, "la globalización es el proceso mediante el cual determinada condición o entidad local extiende (impone) su influencia a todo el globo y, al hacerlo, desarrolla la capacidad de designar como local otra condición social o entidad rival".¹³

El sistema mundial no tiene mecanismos suficientes de regulación en función de los intereses colectivos o mayoritarios de la humanidad. Su naturaleza es profundamente conflictiva.

El impacto de este orden mundial sobre la cultura y la identidad cultural puede resumirse como sigue:

1. Impone fuertes limitaciones de recursos para la producción y conservación cultural sobre todo en los países subdesarrollados.
2. Produce polarización y desigualdad social en el consumo cultural.
3. Produce una fuerte mercantilización, en un sentido muy liberal, de la producción cultural.
4. Establece el monopolio de los medios de comunicación masiva que pretende imponer valores culturales y de consumo del "Primer Mundo".

5. Impone la monopolización de las tecnologías de avanzada.
6. Genera la migración de los talentos intelectuales y artísticos de la periferia al centro del sistema.

La experiencia de otras alternativas históricas

El llamado socialismo real, al que dieron lugar los procesos históricos de Europa Oriental, como intento de superar la sociedad capitalista, constituyó una experiencia muy compleja, cuyas contradicciones internas y limitaciones no han sido suficientemente estudiadas. Sin embargo, por las implicaciones que tiene para la búsqueda de alternativas de desarrollo, es necesario tenerlo presente.

El análisis de la experiencia socialista europea se puede abordar desde diferentes perspectivas; por ejemplo, la incapacidad de resolver el paso del crecimiento extensivo, apoyado en la utilización de cantidades crecientes de recursos materiales y naturales, al crecimiento intensivo, apoyado en una mayor eficiencia tecnológica y productiva.¹⁴ Sin embargo, aquí nos colocaremos en una perspectiva más general y estratégica, la de cultura y desarrollo. Las sociedades socialistas no lograron la ruptura cultural con las sociedades que pretendían superar, de hecho su modelo continuó siendo productivista y no colocó al ser humano, en el sentido de sus aspiraciones más legítimas, en el centro del proceso de desarrollo; tampoco logró hacer a ese ser humano portador de valores culturales superiores.

La preeminencia de concepciones y mecanismos institucionales burocráticos, la consecución de grandes metas cuantitativas, el gigantismo y sobre todo la pérdida del sentido de correspondencia entre los legítimos intereses individuales y los intereses colectivos, y por último, la presión histórica por imponer su concepción de socialismo como la única válida en todo lugar y momento, condujeron a desdibujar el sentido ético y estético propios del proyecto emancipador. De aquí se derivó la superposición de los criterios burocráticos por sobre los del conjunto de la sociedad, la uniformación de los diseños industriales y constructivos, la promoción del realismo socialista, limitaciones fuertes a la participación democrática y la obstrucción de los mecanismos científicos y sociales para comprender sus propias limitaciones y rectificarlas; se prefirió la promoción de intelectuales dóciles y no la de portadores de un pensamiento revolucionariamente crítico. La esencia de estas limitaciones estuvo, sin dudas, en el terreno cultural: en la incapacidad de devolverle a la economía y a la sociedad su dimensión verdaderamente humana y ecológica, en la incapacidad de comprender y transmitir la profundidad de la transformación que debe alcanzar el proyecto emancipador en el terreno de los valores y la espiritualidad, en la incapacidad de darle espacio al pensamiento revolucionario. El ser humano, individual y colectivo, es lo que es; de él es preciso partir. Desconocerlo sería caer en un idealismo estéril, pero a la vez, el ser humano puede y debe ser otra cosa, no creer en esto y no luchar por esto condenaría el futuro de

cualquier proyecto emancipador. Como afirmó Antonio Gramsci, no se puede tomar el poder político sin haber tomado el poder cultural.

A pesar de haber declarado y asumido objetivos diferentes a los del capitalismo —en el sentido de la búsqueda de la satisfacción de las necesidades del conjunto de la sociedad—, el socialismo no superó el esquema productivista del capitalismo, es decir, subordinarlo todo al crecimiento económico. No modificó aspiraciones a un consumo material siempre creciente, ni la relación del hombre con la naturaleza.

Aunque tuvo algunos logros sociales importantes —abolió la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción, alcanzó avances materiales y produjo una distribución más justa de la riqueza—, no alcanzó a modificar esencialmente la alienación del hombre en el proceso productivo. Esto último es decisivo, en ausencia de los mecanismos de explotación con los que cuenta el capitalismo para movilizar al hombre en la producción. La no-existencia de una nueva relación que convirtiera a los hombres en sujetos económicos, objetiva y subjetivamente, interesados en impulsar el proceso productivo sobre nuevas bases, obstaculiza la reproducción de la economía a mediano y largo plazo.

La cuestión de cómo resolver el problema del crecimiento de la productividad y la intensidad del trabajo fue en general resuelta por el capitalismo. El desafío es cómo resolverla en virtud de un paradigma social y cultural diferente. El reto histórico para el socialismo no era tanto sostener el crecimiento económico como

desarrollar el nuevo sujeto que lo hace sostenible en el largo plazo —y éste es un problema esencialmente cultural. La rearticulación de una nueva concepción socialista tiene que replantearse este asunto como un problema medular.¹⁵ El mundo necesita hoy, más que nunca antes respuestas alternativas. La gravedad de los problemas sociales, culturales y ecológicos así lo exige, pero es preciso aprender de la historia para replantear sobre nuevas bases los proyectos emancipatorios.

El desafío para Cuba

La Revolución Cubana ha sido un proceso emancipador cuyas raíces históricas nacen en el siglo XIX, fundadas desde un pensamiento nacional que no sólo se planteó la cuestión central de la lucha por la independencia, sino, además, un proyecto de república correspondiente con las aspiraciones más legítimas de las mayorías del país. Soberanía, progreso económico, justicia social y participación popular han constituido los principios esenciales del proyecto nacional. En estos no sólo está expresado un propósito general, sino también una determinada manera de alcanzarlos y constituirlos: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”;¹⁶ aquí hay un planteamiento eminentemente cultural. el principal obstáculo que ha tenido que enfrentar la realización del proyecto emancipador en Cuba, ha sido la pretensión hegemónica que sobre el país han tenido las grandes potencias imperialistas desde el inicio mismo de la historia de la nación.

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959, creó las condiciones políticas para el avance del proyecto emancipador y para resistir las pretensiones hegemónicas. El carácter socialista que asumió el proceso reforzó la realización de los principios constitutivos del proyecto nacional, en una relación de correspondencia entre el ideal socialista y los contenidos centrales del proyecto nacional histórico. Esto le concede a la experiencia socialista cubana una condición diferente a la que tuvo en varios de los países europeos. Sin embargo, el escenario internacional en el que este hecho se produce colocó a Cuba, sin pretenderlo, en el centro de la “guerra fría”. La fuerte integración de Cuba al bloque europeo no fue sólo, ni fundamentalmente, el resultado de coincidencias ideológicas, sino la alternativa a la política de bloqueo y agresiones que los gobiernos norteamericanos impusieron desde los primeros años de la Revolución.

De manera progresiva, esa integración, no sin tensiones y contradicciones, generó por casi tres décadas un tipo de relación económica que en gran medida permitió escapar de las difíciles condiciones que el mercado mundial impone a los países subdesarrollados; las relaciones de colaboración contribuyeron al crecimiento de la infraestructura física e industrial del país y al sostenimiento de un gasto social en expansión. Por otra parte, a pesar de las diferencias históricas y sobre todo culturales, inevitablemente esa relación trasladó a Cuba determinados rasgos y limitaciones de aquel modelo socialista. La fuerza de la cultura y la historia nacional fue precisamente la que preservó, aún en estas complejas

condiciones internacionales, la autenticidad del proceso cubano.

A partir de 1990 se fracturan abruptamente las articulaciones internacionales de la economía cubana. El país queda expuesto al mercado mundial y se refuerza el bloqueo norteamericano con las nuevas leyes Torricelli y Helms-Burton. La crisis económica que estas circunstancias desatan en el país es respondida con un complejo proceso de cambios, que trata de reconstruir la viabilidad económica del proceso socialista cubano. De hecho se abre un período de resistencia activa que mantiene la vitalidad del proyecto emancipador aun en tan difíciles circunstancias; sin embargo, los cambios y la propia crisis producen inevitablemente modificaciones en los perfiles de la economía y la sociedad; se presentan nuevas contradicciones y riesgos.

La mayor diferenciación social y económica, la doble circulación monetaria, la llamada inversión de la pirámide social, el peso de las remesas familiares, la avalancha de turistas, la presencia creciente de empresas extranjeras, el impacto de la agresión externa y las presiones que la crisis impone para resolver las necesidades del día a día: exponen al país a peligros de una naturaleza diferente a los que conoció el proceso revolucionario en cualquiera de sus etapas anteriores. Nuevamente, la riqueza cultural de la nación, entendida ésta en su sentido más abarcador, es la reserva más importante que, activada, puede garantizar la preeminencia de los principios fundamentales del proyecto emancipador.

En este contexto, parece fundamental el planteamiento de la

relación entre la cultura y el desarrollo en toda su dimensión. Una primera y más estratégica, referida a la concepción cultural desde la cual deberían ser conducidos los cambios económicos que se van produciendo en el país, para que, a pesar de su profundidad, correspondan y refuercen los principios que han regido históricamente a la Revolución Cubana. Una segunda dimensión, referida al sostenimiento y desarrollo de los "sectores culturales", protegiéndolos del impacto que sobre ellos provoca la nueva situación. Desde esta perspectiva, continuar el esfuerzo por financiar y a la vez potenciar los sectores culturales, incluyendo la educación, es tan estratégico como el que se hace en otros sectores sociales. Ha sido en este campo donde se han alcanzado los logros más trascendentes y estratégicos; de ahí emana, precisamente, la mayor fuerza del país para asumir los retos del futuro.

Una nueva era con desarrollo cultural

En correspondencia con la importancia del tema cultura y desarrollo, se debe promover la mayor reflexión para profundizar en sus contenidos y su influencia en la transformación de la realidad. Esto plantea para cada país un esfuerzo particular: comprometer a lo más avanzado del pensamiento y la creación, y a las poblaciones en general, en la discusión de estos temas, desde la perspectiva de la experiencia de cada nación y su posición en el contexto internacional. Claro que el regreso a las raíces propias de cada cultura, como condición necesaria para plantearse el rumbo que debe seguir cada país en su futuro, no

puede significar quedarse al interior de cada frontera. De hecho las culturas no tienen fronteras claramente delimitadas. El mundo es, como se ha dicho, cada vez más único e interdependiente, sin embargo, es también profundamente desigual, injusto y conflictivo, por lo tanto exige cambios y estos tendrán también una naturaleza diversa. Como se afirma en el Informe *Nuestra Diversidad Creativa*, la base de esos cambios debería ser el establecimiento de una ética global, que suministre los requisitos mínimos que deben ser observados por cualquier gobierno o nación, pero que reconozca expresamente su diversidad y deje un amplio campo de posibilidades para la creatividad política, la imaginación social y el pluralismo cultural.

El diálogo y el respeto mutuo entre culturas es hoy uno de los principales desafíos para garantizar la coexistencia pacífica y una cultura de paz, cuyo primer principio debe ser la oposición firme y activa a todo acto de violencia contra los derechos del otro. Es preciso impedir que la globalización continúe favoreciendo los intereses exclusivos de los más fuertes y afectando la diversidad y el pluralismo cultural. El respeto mutuo es un imperativo. La creatividad cultural es la fuente fundamental del progreso humano y un factor esencial de desarrollo.

El desarrollo sustentable y el florecimiento de la cultura son interdependientes. La esencia del desarrollo humano es la realización cultural y social de las personas. El acceso a la información y la participación plena en la vida política y cultural de la sociedad, así como la igualdad social forman parte de los derechos

fundamentales del ser humano en cualquier comunidad. Los Estados tienen el deber de crear las condiciones y velar por el pleno ejercicio de estos derechos.¹⁷

La armonía entre la cultura y el desarrollo, el respeto para todas las identidades culturales en un contexto democrático, participativo, de equidad socioeconómica, así como el respeto a la soberanía son precondiciones de la paz. Es necesario construir y reconocer el poder de las mayorías como condición para que, a partir de su propia creatividad, forjen y consoliden sus modos de vida en comunidad, y conduzcan un desarrollo humano y cultural.

Una concepción cultural del desarrollo exige el replanteamiento del alcance y el carácter de la política cultural. Su principal propósito debe ser establecer objetivos, construir voluntades, montar estructuras y asegurar los recursos para crear las condiciones que conduzcan a la más plena realización del ser humano, para que cada cual pueda desarrollar sus potencialidades. No hay un solo campo de la actividad social y económica que no tenga algún nivel de impacto cultural, por tanto, la política cultural debe tener un alcance inter-institucional y articulador de la estrategia de desarrollo.

A continuación, un conjunto de recomendaciones, inevitablemente incompletas, que contribuirían a darle a la política cultural el lugar que debe ocupar en la estrategia de desarrollo:

Establecer la mayor articulación entre las instituciones que conducen las diferentes dimensiones de las políticas

gubernamentales; por ejemplo, cultura-ciencias, cultura-medio ambiente, cultura-economía y planificación, cultura-turismo, cultura-educación, cultura-salud pública, cultura-deportes, cultura-relaciones exteriores, etcétera.

Contribuir a que se comprenda y se asuma políticamente el concepto de que la cultura, en su sentido más abarcador, es la esencia del desarrollo, para que las políticas de gobierno en los diversos campos actúen en correspondencia con esta concepción.

Definir formas específicas de financiamiento para las actividades de los llamados sectores culturales que lo requieran, a partir de formas de distribución de parte de los ingresos que se generan en otras actividades del "sector", así como la solicitud a los gobiernos de las partidas presupuestarias que sean imprescindibles.

Velar y contribuir a que existan las condiciones económicas, políticas y sociales para la más amplia, diversa y auténtica creación cultural.

Desarrollar las "industrias culturales", potenciando sus aportes en función de ingresos y empleo, pero conducidas desde objetivos y principios eminentemente culturales.

Priorizar la conservación del patrimonio tangible e intangible, histórico y natural, como el principal referente de la cultura del pueblo. Es preciso impedir que cualquier acción o inversión con criterio estrechamente económico o comercial afecte o empobrezca indiscriminadamente el patrimonio.

Incorporar a la política cultural una dimensión de género y de edad. Esto es, estimular conscientemente la mayor participación de las mujeres, los niños y los jóvenes en el desarrollo cultural. Es necesario contrarrestar la tendencia histórica, reforzada por la globalización, de excluir o menospreciar a estos sectores sociales.

Levantar, como un principio fundamental vinculado directamente a la realización plena del ser humano, el sostenimiento y desarrollo de un sistema de educación, salud y seguridad social de cobertura universal para todos los ciudadanos.

Estimular la mayor actividad de investigación académica de carácter multidisciplinario sobre el tema de cultura y desarrollo, tanto a nivel más teórico como específico. Es preciso generar los instrumentos analíticos que permitan medir el desarrollo cultural de la sociedad en cada etapa así como la evolución de sus aspiraciones.

Favorecer, sobre la base de determinados principios, un ambiente de intercambio y debate entre la comunidad científica e intelectual y las estructuras políticas y de gobierno. Y de ambas con el conjunto de la sociedad.

Velar por la mayor presencia del tema cultura y desarrollo en los medios de comunicación, para contribuir a una mayor conciencia y participación de todo el pueblo en la concepción, decisión, ejecución y control de las políticas que tienen como fin

su propio bienestar material y espiritual.

Congreso Internacional Cultura y Desarrollo, La Habana, marzo de 1999

Notas

¹ Ver Walt Whitman Rostov: *The Stages of Economic Growth*, New York C. University Press, 1962.

² Ver: *Dimensión Cultural del Desarrollo, hacia un enfoque práctico*. Colección Cultura y Desarrollo, Ediciones UNESCO, 1995.

³ *Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales. Informe Final*, México D.F., 26 de julio-6 de agosto de 1982. Ediciones UNESCO.

⁴ Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo *Nuestra Diversidad Creativa*, Ediciones S.M. UNESCO, 1997.

⁵ Ver Neil Postman: *Tecnópolis*, Editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1994.

⁶ *Op. cit.*, pág. 155.

⁷ Ver el interesante trabajo de Juan Torres López: "Economía y Cultura", en: *El estado crítico de la cultura*, Edit. FIM, 1993.

⁸ Ver Ignacio Ramonet: *Un mundo sin rumbo*, Editorial Temas de debate, Madrid 1996.

⁹ Ver Armando Maltel: *La mundialización de la comunicación*, Editorial Parpos, Barcelona, 1998.

¹⁰ Ver el interesante estudio sobre este tema en: Luis Stolovich, Graciela Lescano y José Mourell: *La cultura da trabajo*, Editorial Fin de Siglo, Uruguay, 1997.

¹¹ Informe *Nuestra Diversidad Creativa*, ed. cit., pág. 11.

¹² Ver Julio Carranza Valdés: "Globalización, economía e identidad cultural", en: *La identidad cultural en el umbral del milenio*, Ediciones ICAIC, Cuba, 1996.

¹³ Ver Boaventura de Souza Santos: "Una concepción multicultural de los

derechos humanos", en: revista *Utopías*, Madrid, Vol. 3, 1998.

¹⁴ Ver Enrique Palazuelos: *Las economías post comunistas de Europa del Este*, Editorial Abacus, Madrid, 1996.

¹⁵ Ver Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann: *Ni tribunos*, Editorial Siglo XXI, España, 1996.

¹⁶ Ver José Martí: "Nuestra América", en: *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

¹⁷ Ver *Intergovernmental Conference on Cultural Policies for Development. Final Report*, Edit. UNESCO 1996.



América Latina y el Caribe: el espacio cultural en los procesos de regionalización y globalización

CARLOS JUAN MONETA

*Ex Secretario Permanente del Sistema Económico
Latinoamericano (SELA)*

Introducción

Quienes adoptan las decisiones políticas y económicas en los planos nacional e internacional generalmente no brindan la debida consideración a los elementos de una perspectiva cultural de la globalización.¹ Esta notoria distorsión de una realidad compleja y mutante reduce en gran medida la propia capacidad de comprender y, consecuentemente, las posibilidades de actuar con éxito en procura de objetivos comunes de desarrollo e inserción externa, en el marco de la globalización.

A partir de los actuales procesos, en los que se intenta abarcar por la vía de un nuevo imaginario —“sociedad global”, “mercado global”, “nave-tierra”, “aldea global”, “fábrica global”, etcétera—, cabe plantearse, entre muchas otras, dos preguntas muy importantes: ¿de qué manera la dimensión económica de la globalización incide en el terreno cultural? Y ¿cómo afectará la dimensión cultural de la globalización la política y la economía de las próximas décadas? En otros términos, las interrogantes abordan las disyuntivas que enfrentamos sobre cómo mantener la identidad nacional ante la globalización y cómo orientar nuestro desarrollo (contenidos, condiciones de viabilidad, etcétera).

Hoy es aceptado que las identidades nacionales son construcciones históricas, basadas en procesos sociales e imaginarios colectivos. Ante las presiones de la globalización, se acude, entre otros instrumentos, a las políticas culturales, para que contribuyan a tornar viable el comercio, la comunicación y toda suerte de intercambios en un contexto signado por lo transnacional y multicultural.²

Así, los programas de defensa, sustentados en una de concepción tradicional de la identidad nacional, chocan y se quiebran ante las contradicciones que generan los procesos de cultura global. Mientras que los modelos de desarrollo vigentes en décadas anteriores, abruptamente modificados bajo el lema de “apertura y regulación por los mercados”, adoptados en los años ochenta en nuestra región, muestran ya sus limitaciones y profundas distorsiones. Ambas dimensiones del problema de “ser” en el nuevo mundo, se hallan profundamente imbricadas, constituyen aspectos de la mayor importancia.

En ese contexto, el presente estudio analiza las concepciones prevalecientes en el plano nacional y el papel desempeñado por las industrias culturales y otros factores; se sugieren posibles visiones estratégicas y líneas de acción en el campo de las políticas públicas e integrativas para avanzar hacia un espacio cultural latinoamericano compartido y fortalecido, sin obviar las limitaciones y adaptaciones que impone la globalización.

Globalidad y globalización

En cuanto se menciona la “globalización”, tiende a identificarse al proceso económico homónimo, olvidando las dimensiones política, ecológica, cultural y social.³ La mayoría de las concepciones hoy predominantes afirman y enfatizan la visión de un mercado mundial todopoderoso, frente al cual tanto los Estados como los ciudadanos cuentan con escasas y poco eficaces medios y capacidades de reacción. En esta línea de pensamiento, el mercado mundial sustituye progresivamente al poder político. Bajo un enfoque monocausal, lineal y economicista, se va reduciendo la multidimensionalidad de la globalización a la económica y subordina a ésta las otras. De este modo, por ejemplo, procura quebrar la distinción fundamental que existe entre economía y política. Una de las tareas fundamentales de la política —establecer claramente los marcos sociales, jurídicos y ecológicos dentro de los cuales es posible y legítimo socialmente la actividad económica— es así alienada.⁴

Si se entiende por “globalidad” la existencia de una sociedad mundial que comprende la totalidad de las

relaciones sociales que no están bajo el control del Estado nacional, ni determinadas a través de éste, pueden adjudicarse características de pluralidad, diferencia y no integración, es decir, una pluralidad sin unidad,⁵ sin centro, a una sociedad sin gobierno mundial. En ella se generan y coexisten procesos y elementos muy diferenciados. Bajo esta concepción no se considera una suprasociedad que contiene a todas las nacionales, sino un ente complejo, caracterizado por la multiplicidad, la multidimensionalidad y la falta de integrabilidad, cuyas partes y procesos interactúan en permanente comunicación.

En el contexto de la globalidad, puede entenderse por “globalización” a los procesos de interacción entre los Estados y los actores *trans, sub* e internacionales en procura de sus respectivos objetivos políticos, militares, económicos, sociales, ecológicos y culturales, generando múltiples redes de relaciones y espacios sociales. Estos pueden ser de distinta dimensión, alcance, densidad y estabilidad.

En esta sociedad, sujeta a procesos de globalización de distinto tipo, aparecen muchos elementos novedosos: por ejemplo, las mutaciones en los estilos de vida; el policentrismo en la política internacional (gobiernos y actores transnacionales y no gubernamentales); la translocalización del trabajo, el capital y la comunidad; la profunda y confusa percepción de la transnacionalidad (en el turismo, en los medios de comunicación y en el consumo), de la multiculturalidad y de las industrias culturales globales.⁶ Surge la pregunta de

cómo y en qué grado los hombres y las distintas culturas se perciben e identifican en sus diferencias y hasta qué punto la autopercepción que se alcance, desde el punto de vista de la sociedad mundial, influye y modifica su conducta.⁷

En la misma línea cabe preguntarse, a partir del reconocimiento de las interdependencias recíprocas — que continúan siendo asimétricas y resultan cada vez mayores— que emanan de lo transnacional: cómo se conceptualiza y absorbe la idea del mundo como lugar singular,⁸ cómo nos afecta la conciencia de la globalidad, cómo ésta se refleja o desvirtúa en los medios de comunicación, cuál es la configuración que adopta en la producción transcultural y cuáles son el monitoreo y la acción inteligente que pueden asumirse en cada caso.

No es el propósito de este trabajo enfrentar el desafío de intentar dar respuesta a esas preguntas, sí el de señalar su validez como camino crítico y guía para la consideración de nuestro tema. Así, la globalización llama la atención sobre la producción transcultural de significados y símbolos culturales. La dimensión cultural de la globalización introduce una importante brecha en el Estado y la sociedad de dimensión nacional,⁹ al establecer y permitir comparar formas de vida y comunicación transculturales, portadoras de imágenes, valores y contenidos propios y ajenos que afectan las identidades nacionales, antes limitadas básicamente al ámbito nacional. Lo “local” y lo “global” no se excluyen, constituyen los polos de un espectro continuo, de un *ying* y *yang*. La globalización también incentiva un encuentro, interacción y reconstrucción de las distintas

culturas locales. La cultura global, en consecuencia, puede ser entendida como un proceso contingente y dialéctico en cuyo seno aparecen y son comprendidos, a partir del eje “local-global”, elementos contradictorios.¹⁰

En el ámbito cultural, podría entonces entenderse la globalización como el pasaje de identidades culturales tradicionales y modernas, de base territorial, a otras modernas y postmodernas, de carácter transterritorial.¹¹

Las industrias culturales de la globalización no tienden a estructurarse desde la lógica de los Estados-naciones, sino desde la de entes transnacionales y mercados; no se basan, en lo esencial, en comunicaciones orales y escritas, sino que operan mediante la producción industrial de la cultura, su comunicación tecnológica y el consumo, según los casos, diferido y segmentado de los bienes.

La globalización cultural en los procesos internos, internacionales y transnacionales

La discusión de la dimensión cultural de la globalización no está incorporada explícitamente en la mayoría de los modelos de economía política internacional (tanto los del neoliberalismo como de sus opositores) y ocupa un papel relativamente menor en las teorías de relaciones internacionales.¹² Sin al dimensión cultural es muy difícil impartirle coherencia a una lectura del mundo contemporáneo, en el que el nacionalismo, la religión y los conflictos interétnicos tienen una influencia equivalente a los aspectos internacionales y seculares. Los modelos de economía política y de relaciones internacionales actualmente

vigentes no pueden por sí solos explicar, dar sentido y proponer políticas orientadas a la solución de los problemas multidimensionales que hoy enfrentamos.

En el ámbito político, los cambios en la cultura inciden profundamente tanto en la política internacional como en la forma, valores, actores y mecanismos de la vida política interna de los países industrializados y en desarrollo.¹³ Por ejemplo, amplios flujos migratorios provenientes de otras culturas han modificado las situaciones socioculturales, políticas y económicas de muchos países europeos y de los Estados Unidos. En Asia, África, América Latina y los países del Islam, al igual que en Europa Oriental y en partes de la ex Unión Soviética, con el final de la Guerra Fría se produce una abrupta apertura a los mercados mundiales, acompañada de traumáticos procesos de reestructuración y modernización.

Esos procesos intensifican y exacerbaban las complejas interacciones existentes entre múltiples factores etnoculturales y religiosos vinculados a conflictos de focalización territorial previamente contenidos por la lógica militar del conflicto Este-Oeste. Ahora todos ellos están sometidos a un intenso bombardeo —de los medios masivos de comunicación y de los flujos de bienes simbólicos— que incluye nuevas actitudes y preferencias para el individuo y las comunidades. Ambas se hallan vinculadas a la expansión geográfica de aplicación de la democracia liberal (al menos, en sus aspectos formales), a la valorización de los requerimientos sociales y de afirmación cultural, a la libertad de expresión, a la

importancia del individuo, el consumo y el mercado.¹⁴

Los efectos de estos procesos abarcan un amplio espectro, que cubre desde la reafirmación de la integración cultural por la vía de tradicionalismos que vigorizan sus vertientes mesiánicas (*v.gr.*, el Islam); el fortalecimiento de lo étnico-territorial y religioso;¹⁵ la apetencia indiscriminada por alcanzar el estilo de vida de las sociedades industriales occidentales “a cualquier costo”; la búsqueda de una incorporación selectiva a ese estilo de vida (por ejemplo, en algunos países de Asia) o su enfático rechazo (por países, estamentos y grupos sociales) ante la imposibilidad de alcanzar los requerimientos materiales que expresan ese estilo.¹⁶

Por otra parte, ya se han señalado en numerosos trabajos, los problemas que pueden surgir en el proceso de integración cultural, vinculados a las grandes asimetrías que existen en la capacidad de emisión de mensajes culturales de los países en desarrollo, *vis a vis* la potencia creciente de las industrias culturales con centro en las naciones industrializadas y aun dentro de este último conjunto. Fenómenos de este tipo han conducido a un intento de aplicar políticas culturales defensivas: partiendo de organizar importantes sistemas de comunicación satelital para la emisión de programas de contenido cultural nacional y regional, y del control de las emisiones externas, en el caso de varios países de Asia-Pacífico (por ejemplo, Malasia, Singapur); de la defensa de la producción cultural nacional en las negociaciones del GATT, en 1993, por Francia; de un fuerte impulso al papel del Estado

(es el caso también de Francia) en la formulación y aplicación de las políticas culturales; y del progresivo desarrollo de concepciones y políticas culturales basadas en la dimensión regional, y en la *inter y multiculturalidad* en el caso de la Unión Europea.

Se asiste, en suma, a un creciente conflicto entre las distintas dimensiones de la identidad cultural en sus vertientes tradicional, moderna y postmoderna. Ese conflicto permea las relaciones internacionales en su enfoque tradicional el del “conflicto de poder” del realismo y el neorrealismo, líneas de pensamiento que no ha logrado incorporar adecuadamente la dimensión cultural a sus marcos teóricos —e incursiona, con mayor suerte, en los cauces de las teorías antropológicas, culturales y sociológicas, e incluso, en algunas de raíz económica.

En el terreno de lo concreto, responde, en buena medida, a las profundas contradicciones que acarrea en el plano económico y social la fuerza modernizadora del proceso de globalización. En un número importante de casos (áreas de África Subsahariana y de Asia del Sur y Central), se presenta la imposibilidad, por no contar con los recursos mínimos para ello, de acceder a mejores condiciones de vida en el marco del paradigma económico dominante. Esto genera frustraciones y fuertes resistencias a la modernización neoliberal de esas sociedades y a una reafirmación —generalmente autoritaria— de sus núcleos culturales endógenos (por ejemplo, Irán, Argelia, diversos Estados africanos).

De igual manera, impulsa, en muchos casos, la búsqueda, por parte de las élites políticas y de diversos actores sociales, de un modelo de perfiles más endógenos. Lo que procura mantener, incorporar y compatibilizar, de manera más equilibrada, la diversidad étnica y cultural nacional, las limitaciones de los recursos económicos, el funcionamiento del sistema político, los requerimientos de la competitividad y las expectativas de desarrollo. La fórmula imperante “modernización neoliberal-régimen e instituciones democráticas” adquiere en estos casos nuevos contenidos y combinaciones (como sucede en India, Singapur, Malasia, algunos países latinoamericanos).

En ese marco, en América Latina y el Caribe la dimensión cultural y las comunicaciones adquieren particular importancia para la construcción de una nueva identidad, ciudadanía y Estado. En la región los movimientos sociales están procurando redefinir el concepto y la práctica de la ciudadanía, superando su dimensión jurídico-política. De no asimilar y dar adecuada respuesta a esas necesidades, se corre el riesgo de convertirlas en fuerzas centrífugas a partir de crecientes diferenciaciones (socioeconómicas, radicales, etcétera). Lo que no haga adecuadamente el Estado, se encargarán de orientarlo y darle forma el consumo, el mercado y los medios masivos de comunicación.¹⁷

La globalización de la cultura genera un conjunto de fenómenos que modifican los procesos de las sociedades nacionales y su política externa en múltiples aspectos:

- i) en la conceptualización de la globalización; ii) en la

construcción de la identidad nacional y la capacidad de respuesta societal al impacto de la globalización; iii) en el perfil del ciudadano, y iv) en las nuevas políticas culturales.

Cultura global: ¿homogeneidad versus heterogeneidad?

La globalización alberga en su seno vertientes de homogeneización y heterogeneidad cultural. Quienes sostienen que los efectos mayores sobre el sistema mundial son de homogeneización, enfatizan la importancia de la globalización económica a partir de la acción de las empresas transnacionales y de los países industrializados más importantes, como fuentes emisoras de mensajes vinculados al consumo y a la cultura de mercado. Quienes argumentan a favor de efectos diferenciados y heterogéneos, destacan dinámicas de apropiación y modificación del mensaje y de sus símbolos en los niveles nacionales y subnacionales.¹⁸

A nuestro entender, la globalización pone en marcha mecanismos que actúan en ambas direcciones, retroalimentándose. Desde los primeros contactos históricos entre distintas civilizaciones se ha producido una mutua fertilización cultural, cierto que generalmente asimétrica en cuanto a sus respectivos impactos. Lo que hoy acontece presenta, respecto al pasado (como mínimo, en la escala), ciertos cambios importantes:

- i) la dimensión —ahora planetaria— cubierta por las interacciones;
- ii) la gran velocidad de propagación y creciente simultaneidad de los impactos;
- iii) la ampliación del espectro y capacidad de influencia de los

flujos de bienes, mensajes e ideas que circulan e interactúan en el mundo;

- iv) la mayor especialización de los circuitos de comunicación, que contribuye a segmentar las sociedades en estamentos diferenciados;
- v) la distinción temporal y de contenido de las respuestas (locales, nacionales, etcétera).

Para acercarse a estos fenómenos de diferenciación y heterogeneidad, es necesario tener en cuenta las fisuras y desfases que existen entre las dimensiones económica, cultural y política de la globalización, a partir de los distintos flujos existentes:¹⁹ i) étnicos (conjuntos de personas que actúan como turistas, inmigrantes, refugiados, exiliados, trabajadores temporales, etcétera); ii) tecnológicos (las corrientes de tecnología, incluyendo su distribución asimétrica, sus diferentes contenidos y los distintos factores que las afectan); iii) financieros (corrientes de capital especulativo, mercado de valores, inversiones directas, etcétera); iv) mediáticos de comunicación (periódicos globales, revistas, redes de televisión, filmes, correo electrónico, Internet, y otros); v) ideológicos (sistemas de pensamiento orientado a la acción de Estados, grupos y estamentos).

Las interacciones entre estos distintos flujos dan lugar a procesos muy complejos, de difícil monitoreo e interpretación sistémica. Para algunos analistas,²⁰ la gente, los bienes, las imágenes y las ideas interactúan y circulan por vías múltiples e irregulares, multiplicando las fisuras en el sentido y propósito que les son asignados.

Así, por ejemplo, podemos constatar que la idea-fuerza de

“democracia” genera crecientes conflictos en el contenido que se le otorga en el Occidente industrializado a las concepciones que bajo ese término se asumen en distintos países de Asia-Pacífico (ejemplo, China Popular, Corea del Sur, Indonesia, Singapur). En otro contexto, pueden señalarse los resultados de las interacciones entre flujos ideológicos y financieros (distintos casos en los que los flujos

conceptos, instrumentos y prácticas que afectan, de distinta manera y grado, los contextos político, económico y cultural nacionales y locales. Esos elementos participan, por vía de comunicaciones, ora cooperativas, ora conflictivas, en diálogos y acciones concretas relativas al mercado, la democracia, el libre comercio, la soberanía, los derechos humanos, el desarrollo, etc. Ese proceso continuo de



de financiamiento internacional son capaces de modificar las políticas nacionales y su fundamento ideológico; entre flujos ideológicos, religiosos y étnicos (ex Yugoslavia y Líbano).

Dados los factores y procesos mencionados, la recomposición de las culturas nacionales no es uniforme, ni se presenta con las mismas características en los distintos escenarios; por consiguiente, para la reestructuración de identidades culturales han de tenerse en cuenta esas importantes variaciones.

En suma, la globalización cultural incorpora el uso de una variedad de

ingreso y remisión de mensajes simbólicos, de bienes e ideas, provoca turbulencias, y afecta substantivamente los intentos por preservar identidades homogéneas y de corte tradicional en el ámbito de los Estados nacionales.

Multiculturalismo e interculturalismo en el proceso de globalización²¹

La diversidad cultural y los intercambios culturales que caracterizan al mundo contemporáneo se hallan en el centro de un debate en torno a las nociones de multiculturalismo e interculturalismo. En su esencia, gira en torno a los problemas de la

integración política de la pluralidad cultural, rasgo característico de las sociedades actuales.²² En principio, el multiculturalismo no parece ser muy compatible con la existencia de un Estado unitario, en el cual, en la práctica, la diversidad de industrias culturales es considerada más como una adquisición por la vía de la acción política que un derecho, y donde el intercambio cultural cuenta menos que la compatibilidad entre identidad cultural y cultura política.²³

Por el contrario, la noción de interculturalismo se nutre de una dinámica de intercambios concretos que se realizan entre sociedades abiertas, pero dotadas de características culturales específicas. En el marco de la globalización, se trata de examinar la influencia de estos enfoques en su construcción, en la que la cultura es tanto un motor principal como, según los casos, un instrumento entre otros.²⁴

Mientras el multiculturalismo se focaliza en la gestión interna de la diversidad cultural (ejemplo, el reconocimiento de rasgos específicos —lenguas, etcétera— en el plano subnacional; las políticas públicas relativas a la cultura y la centralización-descentralización de esas políticas), el interculturalismo examina los procesos de intercambio entre culturas singulares. Considera no sólo los temas relativos a la “diplomacia cultural” como vía de inserción, influencia y presencia en el campo internacional,²⁵ sino también los problemas vinculados, tanto desde el punto de vista simbólico como material. En este terreno, más allá de las diferencias de foco y *praxis* entre ambas, la comunicación, como medio de transmisión e interacción, y la dialéctica de globalización-localización de la

cultura, generan una ineludible interdependencia.²⁶ La dimensión, el grado y la forma en que esta interdependencia entre multiculturalismo e interculturalismo es asimétrica, en perjuicio del primero (para algunos, se trata simplemente de abierta dependencia), constituye uno de los temas de debate esenciales del presente. La adecuada interpretación del fenómeno depende de la viabilidad y eficacia de las políticas culturales nacionales y regionales destinadas a proveer vías, alcances y contenidos a la identidad cultural en el mundo contemporáneo.

Cambios de principios y demandas de la sociedad en el proceso de globalización: fracturas y ¿recomposiciones?

Como señalara muy acertadamente Manuel Antonio Garretón en uno de sus trabajos, que ha inspirado y guiado esta reflexión, nos encontramos ante el desarrollo de una sociedad aún sin apelativo cierto, pero a la cual tentativamente se refieren como una sociedad “informática” o del “conocimiento”. Si se buscan sus ejes centrales de organización, estos parecen ser el consumo; una nueva concepción, configuración y forma de dominio de la economía y la comunicación, frente a la producción el trabajo y la política, que caracterizaban al modelo de la sociedad industrial. Se presentan distintos modos de acción y nuevos espacios públicos (creados por los medios masivos de comunicación), que sin desplazar completamente a los anteriores, se les agregan y superponen, generando una totalidad distinta.²⁷

Este tipo de sociedad, aún sin estado de configuración estable, responde fundamentalmente a dos fenómenos: el de la globalización y

el de una respuesta societal multiforme. Esta última, sobre la base de identidades, cuya expresión se da a partir del trabajo, la posición política o el nivel educacional, dejan progresivamente de resultar funcionales a las nuevas situaciones, siendo reemplazadas por otras: ejemplo, religión, sexo, etnia, nacionalidad, región. Se quiebra así la correspondencia previamente establecida entre economía y política, cultura y sociedad; todo tipo de combinaciones de *status* es posible y aparece en la práctica. En ese marco de mezcla variante y tumultuosa, las instituciones existentes son desbordadas; ya no expresan los principios, normas y comportamientos actuales (aún en estado de magma). Los principios de esta nueva sociedad carecen todavía de instituciones que los representen adecuadamente y esta situación contribuye fuertemente a complicar la situación del Estado al dejar de ser éste, en su constitución actual, un centro efectivo de canalización y ejecución de demandas y reivindicaciones o eje del cambio social.²⁸

En este nuevo tipo de sociedad en formación, el desarrollo ya no es concebido sólo a partir de la obtención del crecimiento económico y la distribución equitativa de sus beneficios, sino en algo que lo supera y aún sin denominación exacta, puede señalarse que se refiere a categorías más inasibles, como la calidad de vida o la felicidad. De esa manera, junto a la integración y la igualdad, aparecen como principios básicos sociales la diversidad cultural y la interculturalidad. Asimismo, a las utopías de la sociedad industrial (democracia, socialismo, capitalismo) se le agregan y

superponen en la nueva sociedad las utopías ecológicas, de género, de comunicación (por ejemplo, Internet), de multiculturalismo o de expansión de identidades, forzando la reconceptualización y práctica del desarrollo (las elaboraciones sobre “desarrollo humano”). Se plantea así un enorme y todavía no resuelto desafío para la construcción por la vía de la cultura política y económica de nuevas instituciones y la *polis*.²⁹

De nuevo una aproximación mediante la cultura puede contribuir a esclarecer estos problemas y buscar nuevas formas de acción. Por ejemplo, se observa en el sistema en vías de globalización una respuesta social desorganizada, pero firme e intensa, a favor de un conjunto de valores de carácter universal, nacional e, incluso, subnacional (los derechos humanos, la protección medioambiental, el desarrollo, la democracia). A partir de varias de éstas, surgen elementos importantes (la solidaridad de los grupos ecológicos, entre otros) para constituir el eje vertebral de una identidad.

En consecuencia, lo que importa ahora, esencialmente, es que las políticas culturales en el plano nacional tengan en cuenta la nueva situación y logren trascender la tradición, limitada a focalizar su esfuerzo en la preservación del patrimonio histórico. Junto a éste se requiere constituir nuevos espacios públicos mediante iniciativas y esfuerzos conjuntos, gubernamentales y privados y tener en cuenta valores y visiones distintas. Pero, además, si se desea mantener los elementos nacionales en la construcción de la identidad, es fundamental contar con un núcleo duro: una base

productiva adecuada para las industrias culturales endógenas, con empresas que puedan invertir en el exterior, producir y exportar bienes culturales, que sean capaces de dar apoyo y expresar los nuevos y antiguos contenidos de la identidad as cultural.

La dimensión cultural y las concepciones de desarrollo en el ámbito de la globalización

Resultaría conveniente examinar los problemas del desarrollo y la integración a partir de la cultura, ya que ésta se constituye en una gran matriz dinámica que mantiene permanentes interacciones con la acción política, social y económica.

Al reflexionar sobre la integración de América Latina y el Caribe bajo un enfoque cultural, adquiere sentido y es más fácil percibir las vinculaciones entre procesos que normalmente merecen consideración por separado por parte de los planificadores económicos y de quienes adoptan las decisiones. En esta presentación sólo se esbozan algunos de sus elementos principales, pero se cuenta con excelentes trabajos de estudiosos de nuestra región³⁰ que ofrecen una base más que adecuada para incorporar en forma plena la temática cultural del desarrollo.

Cuatro procesos adquieren particular relieve en este contexto:³¹

i) la enorme brecha entre integración simbólica e integración material que se enfrenta en la región; ii) la secularización de los valores y la declinación y pérdida de las ideologías movilizadas más importantes; iii) la aparición de una nueva utopía educativa; y iv) la creciente presencia económica y capacidad transformadora de las

identidades sociales que adquieren las industrias culturales.

Respecto al primer proceso, la globalización quiebra la anterior relación estrecha entre avances en la integración simbólica y la integración social. Así, avances en el bienestar material se vinculaban positivamente con mejor educación, mayor participación política y cultural. Hoy se percibe una enorme expansión de la oferta simbólica (ejemplo, nuevos espacios públicos y movimientos sociales, nuevas formas de hacer política) por la vía del *boom* de las comunicaciones y de las industrias culturales. Sin embargo, existe un acceso segmentado a la educación, comunicación e información (diferencias entre quienes tienen y quienes no poseen acceso a Internet, computación, etcétera).

En cuanto atañe a la secularización axiológica, la globalización exacerba fracturas ya presentes entre un orden racional —que en este caso, presiona a favor de una rápida y aparentemente inevitable adaptación al mercado, al ajuste y apertura económica, competencia, reducción del papel del Estado, privatización, etcétera— y el deseo subjetivo, individual y societal, de contar con un espacio de maniobra autónomo para impulsar proyectos de desarrollo que expresen valores de solidaridad y equidad social y, de evolución personal.

En el campo de la educación, ampliar socialmente el acceso al conocimiento se presenta como el instrumento principal para dar sustento al objetivo de obtener un desarrollo más justo y sostenido.³² Se percibe aquí a la educación cumpliendo varios papeles fundamentales: no sólo permitiría

acceder a una competitividad “positiva” (basada en la mayor calificación de la población y mejores salarios),³³ sino que debería constituir el vínculo armónico entre la integración simbólica y la material. De igual manera, la educación debería preparar a nuestras sociedades para enfrentar críticamente y con valores y criterios de apoyo, el ataque mediático a las identidades culturales y a la exacerbación de la competitividad. Para alcanzar este *desideratum*, se ha planteado, una y otra vez, que una “revolución educativa”, en cuanto a la manera de generar y transmitir conocimientos —en la cual se requiere incorporar la informática en toda su extensión—, debe ser puesta en marcha sin dilaciones en América Latina y el Caribe; sin embargo, hasta el presente se han registrado avances limitados en políticas de este esencial objetivo.

Por último, el enorme crecimiento del papel económico y cultural de los fenómenos que comprenden la globalización de la información y las comunicaciones ha generado profundas transformaciones en las formas, contenidos y ritmos en que se desenvuelven los intercambios económicos, comerciales y financieros, actuando simultáneamente como un poderoso motor de imbricaciones, cambios y sincretismos culturales. A través de estos resalta un espectro “global-local” en el cual conviven y se yuxtaponen distintos espacios simbólicos y materiales, en arquitecturas sociales e individuales caleidoscópicas de creciente velocidad de cambio, intensidad y complejidad.

El proceso integrativo puede contribuir positivamente a dar solución a estos problemas críticos; consideremos algunas posibilidades

y requerimientos con ese fin. Se acepta comúnmente —al menos, en las declaraciones oficiales— que la integración constituye un proceso mucho más abarcador y profundo que su dimensión económica (que hasta ahora privilegió el plano comercial). La dimensión cultural provee las bases simbólicas del proyecto, mucho más si se aspira a alcanzar estadios superiores de integración. Cabe recordar que, tanto en su espacio subregional como cuando se promueve la idea-fuerza de una comunidad latinoamericana de naciones, se hace referencia a un proceso de profunda transformación sociopolítica y económica. Éste implica una redefinición de las industrias culturales, y, a la par, el desafío de construir un espacio cultural regional que estará basado ineludiblemente en el pluralismo. América Latina y el Caribe presentan muchas identidades coexistiendo e interactuando (mesoamericana, caribeña, andina, rioplatense, las de cada país y subregión, etcétera).³⁴ Más también tendrá que tener en cuenta que, por la vía de las industrias culturales, un sector cada vez más amplio de los medios audiovisuales y la informática —ambos actualmente decisivos en la configuración de identidades— trasciende las fronteras nacionales y regionales. Dado que los mensajes y bienes culturales de mayor difusión se originan en centros transnacionales y circulan por redes y satélites, sobre los cuales los Estados tienen poco control, para incrementar la capacidad de acción de los Estados, las políticas culturales deben incorporar concepciones y elementos nuevos, que modifiquen y amplíen los mecanismos utilizados cuando las entidades simplemente coinciden con los territorios de cada nación.³⁵

Consideremos ambos aspectos. Por una parte, un proceso histórico de envergadura requiere convocar tradiciones, símbolos y representaciones para crear un nuevo imaginario social, teniendo a la historia como fuente de legitimación de las acciones y la cohesión colectiva.³⁶ Ese proceso es muy lento, como lo demuestra, entre otros ejemplos, la construcción de la Unión Europea. Demanda una acción política deliberada, amplia participación de la sociedad civil y la profundización del conocimiento y la interacción en todos los planos —que no siempre será cooperativa— entre los pueblos de la región. Como se ha señalado previamente, la identidad cultural no es ajena al poder político. Construir identidades subregionales y regionales exige un enorme esfuerzo consciente, en nada exentos de conflicto —que pueden ser superados— a partir de la multiculturalidad ya presente en América Latina y el Caribe, y de una historia regional compartida.

En la mayoría de los esquemas subregionales de integración, la dimensión cultural está formalmente presente (ejemplo, en el CAN, el MCCA, CARICOM y MERCOSUR), pero es menester reconocer que en general: 1) se halla lejos de ocupar puestos prioritarios en las respectivas agendas de negociación; 2) las políticas culturales se concentran en la defensa y reproducción de los patrimonios históricos y en la reproducción de las identidades nacionales. En el MERCOSUR, por ejemplo, se incluyen la enseñanza de los idiomas portugués y español, la circulación de escritores y artistas, coediciones y premios, y la difusión del conocimiento de los valores y tradiciones culturales,

pero ocupan un espacio menor las industrias culturales.³⁷

Sin negar la importancia de la tradición cultural y el hecho que la mayor parte de la literatura, la plástica, la danza, la radio y la televisión (pero no el cine) son de producción y circulación nacional³⁸ —y en el caso de algunos países, parte de ella ha conquistado espacios en el exterior (ejemplo, las telenovelas, en el caso de México, Brasil, Venezuela y Argentina)—, ocuparse hoy (y en el futuro próximo) de las industrias culturales demanda políticas que centren el esfuerzo en las industrias culturales.³⁹ En éstas se presenta una concentración de la propiedad de los medios y un acceso asimétrico a sus bienes⁴⁰ y mensajes. Son las instancias estatal y pública (el espacio de la sociedad civil) las que pueden supervisar y orientar su acción a favor de una apertura externa no lesiva a la circulación democrática de la información y al mantenimiento e intercambio de la diversidad cultural intranacional y regional.

Algunas propuestas, a modo de conclusión

Nuestro propósito no se agota en una reflexión sobre los múltiples efectos de la globalización en los procesos económicos, políticos y sociales contemporáneos; procura identificar propuestas de acción para hacer frente a esos problemas. Con ese fin brindamos algunas sugerencias que, en su mayor parte, surgen de los trabajos presentados y de los debates que mantuviéramos en el encuentro sobre industrias culturales que por iniciativa del SELA fuera celebrado en Buenos Aires a finales de julio de 1998.⁴¹

En primer lugar, se requiere, con urgencia, una amplia acción concertada de concientización que tenga como foco a los gobiernos y al sector privado, por parte de los diversos grupos y organizaciones sociales que promueven movimientos socioculturales. Es necesario destacar la importancia que asume la dimensión cultural en los procesos de integración regional y de inserción global, y la necesidad de modificar las percepciones aún predominantes en la materia, las políticas adoptadas y los contenidos y actores con quienes se establecen alianzas en esos efectos, incorporando como un foco de acción relevante a las industrias culturales.

Para poder modificar la situación actual de América Latina y el Caribe en el ámbito de la cultura, se debe contar, como base, con estadísticas organizadas y confiables de todos los países de la región, que permitan conocer los hábitos, actitudes y gustos de los consumidores y simultáneamente provean información sobre la evolución y tendencias de las inversiones culturales estatales y privadas. Asimismo, se necesita conocer las legislaciones nacionales y del resto del mundo —y promover su avance en la región—, así como los mecanismos utilizados en distintos países y regiones para promover y aumentar el financiamiento público y privado a este sector.⁴²

De igual manera, es imprescindible realizar estudios sobre el papel de las industrias culturales en el crecimiento económico (por ejemplo, contribución a las exportaciones y al empleo, y posibilidades de participación y supervisión del sector público y

privado) y su impacto cualitativo en los procesos de formación de identidades.

Resulta imprescindible establecer un denso tejido de vasos comunicantes (redes) coordinados para permitir e incrementar los flujos culturales, el intercambio de estadísticas, estudios y experiencias entre los distintos esquemas subregionales de integración. En este campo, a la acción de la UNESCO, el Convenio Andrés Bello, la OEA y de otras instituciones, se requiere sumar las de los entes regionales (SELA, CEPAL y otros).

Dado el preeminente papel que adquieren las ciudades y regiones en los nuevos mapas económicos, sociales y culturales que comienza a dibujar la globalización⁴³ a partir del esquema “local-global”, las políticas culturales a establecer deberían incorporar de forma prominente los espacios simbólicos y concretos de las colectividades territoriales en su concepción y práctica.

El hecho reconocido⁴⁴ de que la cultura comprende —a partir de su complejidad y heterogeneidad (existencia de lógicas artesanales e industriales, obras únicas y otras, reproducibles)— muchas zonas oscuras, de difícil y muy imperfecta comprensión y manejo por parte de los economistas, no debe empañar el reconocimiento de la importancia que adquiere para nuestros países el poder elaborar enfoques teóricos y desarrollar una amplia capacidad de gestión, por la vía de la preparación de recursos humanos para contar con una “economía de la cultura”. Se requiere disponer, a partir de un enfoque interdisciplinario, de gerentes culturales y de especialistas en

marketing con fuerte formación administrativa y económica y de economistas que interactúen con artistas, sociólogos, estetas, *marchands* y mecenas para racionalizar y dar sustento financiero a múltiples actividades. Esta área, muy desarrollada en Europa Occidental (particularmente en Francia), aún cuenta con desarrollos incipientes en la mayor parte de nuestra región.

En el ámbito de los esquemas subregionales de integración, existen múltiples posibilidades que esperan ser materializadas. Así, por ejemplo, Enrique Saravia sugiere diecinueve temas para la constitución de una “agenda del futuro” en el campo cultural, para MERCOSUR.⁴⁵ A la acción conjunta de los gobiernos y de los distintos núcleos y movimientos de la sociedad civil, deben sumarse las universidades, parlamentos y empresas.⁴⁶

Si la dimensión cultural de nuestras vidas se moviliza fuertemente en los períodos de grandes mutaciones, es, sin duda, porque el espacio simbólico, el de las representaciones que nos proveen un orden posible de las cosas, resulta un espacio decisivo, tanto para la expresión como para la resolución de tensiones. En ese contexto, la cultura no escapa —por el contrario, expresa— las fracturas y tensiones que nutren a nuestras sociedades en esta etapa del proceso de globalización. La dimensión cultural bien puede actuar como puerta a nuestro crecimiento y desarrollo, o como cierre a esas oportunidades de emancipación, o como repliegue, o como fomento a la integración o la fragmentación... Nos toca a nosotros decidir.

Notas

¹ Véase (del Autor), “La dimensión cultural: el eslabón perdido de la globalización”, en: *Capítulos del SELA*, N° 47, julio-septiembre, 1996.

² N. García Canclini, “Políticas culturales: de las identidades nacionales al espacio latinoamericano”. Seminario: *Integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe*, SELA-UNESCO-Convenio Andrés Bello, Buenos Aires, 30-31/8/98.

³ C. Moneta, “El proceso de globalización, percepciones y desarrollos”, en: C. Moneta y C. Quenan (compiladores), *Las reglas de juego, América Latina, globalización y regionalismo*. Corregidor, Buenos Aires, 1995.

⁴ U. Beck, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Cap. II, Paidós, Buenos Aires, 1998.

⁵ M. Albrow, *Abschied von der Heimat. Gesellschaft in der globalen Ära*, Zweite Moderne, Frankfurt, Suhrkamp, 1998. Citado en: U. Beck, *op. cit.*, Cap. II.

⁶ U. Beck, *op. cit.*

⁷ U. Beck, *Ibid.*

⁸ Robertson, *Globalization*, Londres, 1992.

⁹ U. Beck, *Ibid.*

¹⁰ Robertson, *op. cit.*

¹¹ N. García Canclini, *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos Multiculturales de la Globalización*, Grijalbo, México, 1995, Cap. 1, p. 30.

¹² A modo de ejemplo, ver, respectivamente: desde el enfoque marxista, I. Wallerstein, *One World, many worlds*, L. Reinner, New York, 1988; desde el realismo, R. Gilpin, *The Political Economy of International Relations*, Princeton Univ. Press, 1987, y desde visiones policéntricas más avanzadas a Rosenau, *Turbulence in World Politics*, Brighton, 1990. El enfoque cultural predomina, bajo distintos enfoques, entre otros, en K. Robins, “Tradition and Translation: National culture and its global context”,

en J. Corney y S. Hrvey (comp.), *Enterprise and Heritage: Cross currents of National Culture*, London, 1991; M. Featherstone (comp.) *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*, New York, 1996 y U. Beck, *¿Qué es la globalización...?*, ed. cit.

¹³ Ver, del presente trabajo, "Cambios de principios y demandas de la sociedad en el proceso de globalización: facturas y recomposiciones?"

¹⁴ L. Tomassini, C. Moneta y A. Varas, *La política internacional en un mundo postmoderno*, G.E.L., Buenos Aires, 1991.

¹⁵ F. Calderón, M. Hopfenhayn y F. Ottone, *Hacia una perspectiva crítica de la modernidad: Las dimensiones cultural y la transformación productiva con equidad*, CEPAL, Documento de Trabajo No. 21, octubre de 1993, p. 11.

¹⁶ C. Moneta, "El proceso de globalización: Percepciones y desarrollos", en: C. Moneta y C. Quenan (compiladores, *op. cit.*

¹⁷ N. García Canclini, *op. cit.*

¹⁸ Entre quienes enfatizan la fuerza homogeneizadora con contenidos simbólicos de mercado y consumo se puede nombrar Maltelart, *Transnationals and Third World: The struggle for Culture*, South Hadley, Bergin and Garvey, 1983, y C. Hamelink, *Cultural Autonomy in Global Communications*, Longman, New York, 1983. Entre los que resaltan los efectos diferenciadores y la capacidad de "nacionalizarlo" o indigenizarlo, ver M. Yoshimoto, "The Postmodern and Mass Images in Japan", *Public Culture* I (2), 1989, y V. Hannerz, "Notes on the Global Ecumene", *Public Culture*, I (2), 1989.

¹⁹ A. Appadurai, "Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology" en: R. Fox (Edit.), *Interventions: Anthropology of the Present*, Berg, London, 1989, y *Public Culture*, 2, (2) Spring, 1990.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Tomo como base a E. Negrier, "Multiculturalisme, Interculturalisme et échanges culturels internationaux",

Institutions et vie culturelle, La Documentation Française, Paris, 1996.

²² C. Taylos, *Multiculturalism and the politics of recognition*, Princeton University Press, New Jersey, 1992.

²³ Cito a E. Negrier, "Multiculturalisme, Interculturalisme et échanges culturels internationaux", ed. cit.

²⁴ B. Badie y M. C. Smouts, *Le retournement du monde. Sociologie de la scène internationale*, Presses de la FNSP-Dalloz, 1992.

²⁵ Potencias que se caracterizaron a lo largo de la historia por la intensa y racional utilización de la "diplomacia cultural" son, entre otras, China y Roma, y contemporáneamente Francia y los Estados Unidos.

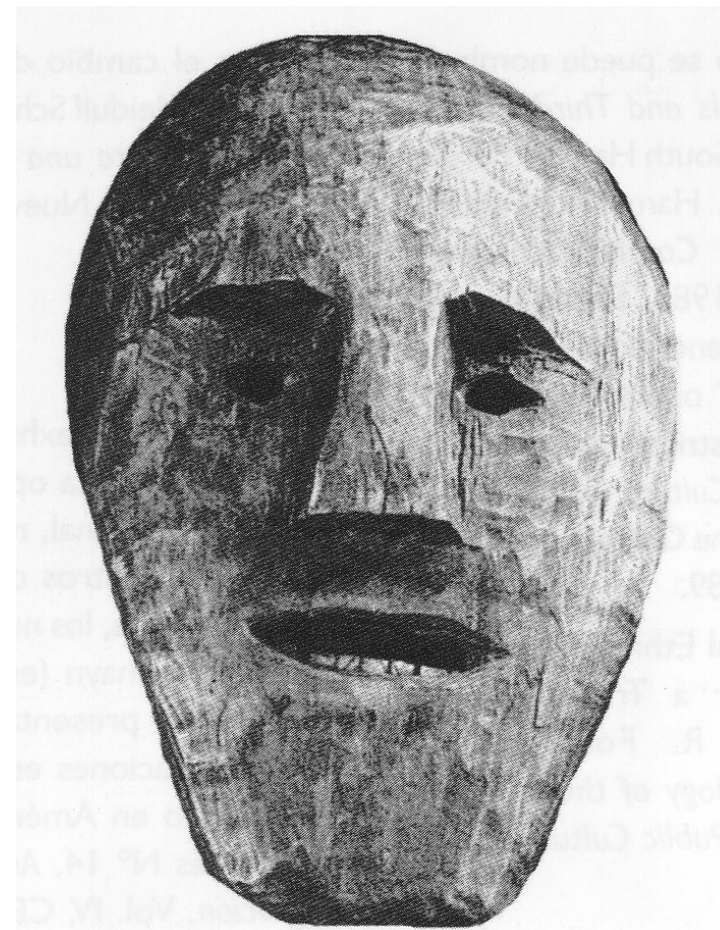
²⁶ Sobre el tema pueden verse, entre muchos otros, los trabajos incluidos en M. Featherstone (Ed.), *Global Culture. Nationalism, globalisation and Modernity*, Sage, London, 1992.

²⁷ Manuel Antonio Garreton, "¿En qué sociedad vivir(emos)? Tipos sociales y desarrollo en el cambio de Siglo", en: Helena González y Heidulf Schmidt (organizadores), *Democracia para una nueva sociedad (Modelo para armar)*, Nueva Sociedad, Caracas, 1997.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Una referencia exhaustiva no puede ser presentada en esta oportunidad, pero con un criterio personal, me permitiría señalar, entre muchos otros de los cuales debería dejar constancia, los numerosos trabajos de Martin Hopfenhayn (entre los cuales, a los fines de esta presentación, cabe destacar "Nuevas relaciones entre Cultura, Política y Desarrollo en América" en: Serie Políticas Sociales N° 14, *Aspectos Sociales de la integración*, Vol. IV, CEPAL, abril de 1998); los de Néstor García Canclini (particularmente, *Culturas híbridas. Estrategias para salir y entrar en la modernidad*, Grijalbo, México, 1990 y *Culturas de la globalización*, N. García Canclini (coord.), Nueva Sociedad, Caracas, 1996), y los de Sergio Dossier y su equipo en la Dirección de Políticas y



Planificación Regionales del ILPES en la CEPAL.

³¹ Martín Hopfenhayn, *op. cit.*

³² Ver, por ejemplo, los trabajos pioneros de la CEPAL en este tema: *Transformación Productiva con Equidad* (1990); *Equidad y Transformación Productiva. Un enfoque integrado* (1992); *Educación y Conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad* (1991), realizada de conjunto con la UNESCO.

³³ *Ibid.*

³⁴ N. García Canclini, "Políticas culturales: de las identidades nacionales al...", ed. cit.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Ver Eric Hobsbawn y Terence Ranger (eds.), *The invention of tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, citado en: Waldo Ansaldi, "Integración Cultural. Una identidad en construcción", en: *MERCOSUR. Mucho más que un Mercado*, Revista de la Universidad Nacional de Buenos Aires, 1998.

³⁷ Ver, por ejemplo, José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado. Ensayo sobre cultura y políticas culturales*, FLACSO, Santiago, 1988, y el papel de Néstor García Canclini aquí citado. Esta situación se presenta a pesar de los esfuerzos realizados por la UNESCO, el Convenio Andrés Bello, los programas del Foro de Ministros de Educación de la región y numerosas entidades y organizaciones nacionales y regionales. Sobre la actividad cultural en MERCOSUR, ver Waldo Ansaldi, "Integración cultural. Una identidad...", ed. cit.

³⁸ Néstor García Canclini, "Políticas culturales: de las identidades nacionales al espacio...", ed. cit.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Al respecto, ver Bernardo Gentil, "Les Industries Culturelles", en: *Institutions et vie culturelles*, La Documentation Française, Paris, 1996.

⁴¹ Seminario *Integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe* que, por iniciativa del SELA y con el auspicio y colaboración de la UNESCO, el Convenio Andrés Bello, la Secretaría de Cultura del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires y el Fondo Nacional de las Artes, se realizó en Buenos Aires, 30 y 31 de julio de 1998.

⁴² N. kGarcía Canclini, "Políticas Culturales: de las identidades nacionales al...", ed. cit.

⁴³ Carlos Moneta, "Espacios económicos y globalización", en: *Dinámica de las relaciones externas de América Latina y el Caribe*, SELA-AECI, kEd. Corregidor, Buenos Aires, diciembre de 1998.

⁴⁴ Ver, por ejemplo, Luis Bonet, "La industria cultural española en América Latina", Seminario *Integración económica e industrias culturales...*, ed. cit., y Xavier Dupuis, "Les Limites de l'approche économique de la culture" en: *Institutions et vie...*, ed. cit.

⁴⁵ Enrique Saravia, "El Mercosur cultural una agenda para el futuro", en: Gregorio Recondo, *MERCOSUR. La dimensión cultural de la integración*, Ed. Ciccus, Buenos Aires, 1997.

⁴⁶ Cabe aquí destacar, a modo de ejemplos, la creación de la Universidad Latinoamericana y del Caribe por el Parlamento Latinoamericano y de la Fundación Internacional para el Desarrollo de la Cultura en América Latina, con la participación de la UNESCO, el BID, la OEA, el SELA, la CAF, el Banco Mundial y la banca privada latinoamericana.

La cultura para el desarrollo. Un desafío de estos tiempos

ARMANDO HART DÁVALOS

*Director de la Oficina del Programa Martiano
de la República de Cuba*

He preferido, primero, trasladarles a ustedes cómo llegamos a la idea, sustentada por la UNESCO, de cultura y desarrollo que hoy expresa la respuesta revolucionaria a la globalización neoliberal; así como, cuáles han sido los conceptos en que se fundamenta nuestra experiencia. Esto, para al final subrayarles que me resultan muy alentadoras las nuevas iniciativas para enfrentar el desafío tal como se manifestaron en la plenaria de ayer.

Cuando en diciembre de 1976 asumí la responsabilidad de crear el Ministerio de Cultura y, junto a un grupo de funcionarios, emprendimos la tarea de organizar una vasta red de instituciones culturales y, especialmente, artísticas, dentro del sistema de economía del país, adquirí plena conciencia de la importancia y enorme complejidad que tenía el hecho de que la producción espiritual era fuente de riquezas económicas. Obviamente, esto era conocido por nosotros; pero, al presentarse la cuestión en el plano muy concreto, podía comprender mejor la naturaleza del desafío que se nos planteaba. Era ésta y no otra la mayor dificultad que tenía ante sí el nuevo organismo.

Otros verían la complejidad en el trabajo del Ministerio en sus vínculos con los intelectuales y artistas, sin embargo, al menos en Cuba, que por tradición espiritual la cultura nacional tiene fundamentos antiimperialistas y populares muy profundos, tal relación no me ha resultado tan compleja como se suele apreciar desde afuera. Esto a partir de una política fundamentada en la cultura de Martí y de Fidel. Desde luego, en cuanto al arte y los artistas, los matices de ésta se hace mucho más compleja que con el resto de la sociedad dado el carácter de su producción y creación. La raíz de tal complejidad no está en los artistas, sino en la naturaleza de la producción intelectual.

Sin embargo, lo más difícil que teníamos delante consistía en abordar el desafío, representado en el hecho de que la producción espiritual, de la cual depende la identidad nacional, estaba introducida en el campo minado del mercado. Se trataba de un hecho real que no podíamos pasar por alto.

Se comprenderá mejor el alcance del desafío si se toma en cuenta que siempre había abrazado las ideas de Fidel y del Che sobre la influencia de los factores subjetivos en la construcción del socialismo en oposición a las corrientes economicistas o de materialismo vulgar, predominantes en el campo socialista.

Sólo el enfoque totalizador de la cultura nos permitía, apreciada como segunda naturaleza, aquella creada por el hombre, valorar científicamente el papel de la ética en el desarrollo social e histórico. Sin una visión integral no hay posibilidad de un análisis científico del tema de la ética en su relación con la economía y la sociedad. Esta tradición de integralidad nos llegó a los cubanos por las tres figuras claves de la historia de las ideas de nuestro país: Varela, que nos enseñó a pensar; Luz y Caballero, a conocer, y Martí, con su genio intelectual y ético, a actuar consecuentemente a favor de la liberación humana.

Esta definición de cultura que nos viene de la tradición educacional cubana, es la universalmente aceptada hoy y, como tal, la sostiene la UNESCO. Ello le permite a esta institución destacar que la cultura es el sector que desarrolla más amplias relaciones con todos los campos de la vida social. Una visión parcial, fragmentaria, de la cultura, lleva a una consideración unilateral que limita su influencia progresista en el curso de la historia de la civilización.

Por otro lado, en nuestro país, donde los medios de producción del arte y la cultura estaban y están en manos del conjunto de la sociedad, resultaba factible que la producción intelectual se insertara en beneficio del desarrollo espiritual. Así creamos un sistema de instituciones cultural y artísticas, y orientamos que los recursos económicos por éstas generados se emplearan en programas culturales.

No es objeto de la presente intervención señalar en qué medida lo logramos; esto lo dejo para que lo informen nuestros especialistas de

economía presentes en este evento, si se estima que hay en ello una experiencia útil; sólo quiero subrayar que, tras el derrumbe, un volumen importante de las divisas que el Estado debía emplear en este sector, salieron de las ganancias de las propias instituciones culturales que pertenecían y pertenecen al conjunto de la sociedad socialista. Pero lo esencial que deseo subrayar es que la relación entre cultura y desarrollo económico y social es la única política capaz de enfrentar con éxito los retos cubanos a favor de nuestros ideales y en defensa de nuestra identidad.

Llegué a comprender que el tema de los factores subjetivos que tanto movieron la atención en los primeros años de la Revolución, nos conducía a la idea del vínculo entre cultura y desarrollo como una prioridad de la política cultural.

En la reunión de los Ministros de Cultura de los países miembros del CAME, efectuada en 1977, en Moscú, señalábamos que si la cultura no se asociaba al desarrollo económico y social, se crearían gravísimas complicaciones para el socialismo. Más tarde, en La Habana, en 1988, en la última de esas reuniones, acordamos plantear el problema ante el CAME a través de una comisión presidida por Cuba; pero la situación en el «socialismo real» estaba ya muy deteriorada y nada se pudo hacer.

Este tema vital ha sido tratado también en las reuniones de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe. Fue la delegación cubana la que en la Reunión Mundial sobre Política Cultural, efectuada en México, en 1984, propuso la iniciativa del Decenio Mundial de la Cultura, y en

la reunión regional, celebrada en Costa Rica, debatimos el resumen del informe mundial sobre la cultura y el desarrollo, basado en el mandato de la Comisión de la Cultura y el Desarrollo de la UNESCO y las intervenciones del señor Javier Pérez de Cuellar, al presentar sus tareas. Al repasar estos documentos experimenté la íntima satisfacción que cualquier persona siente cuando ve confirmadas en las intuiciones y convicciones de especialistas y científicos las suyas propias.

Si es amplio el consenso acerca de la importancia del problema, cabe preguntarse: ¿qué ha impedido o impide aún extraerles todas las consecuencias prácticas a esas verdades? La raíz de tal imposibilidad está en los intereses egoístas que en todas las latitudes y tiempo histórico han venido dominando y creando ideologías contradictorias a las mejores disposiciones humanas. En el centro de nuestros debates sobre esta relación está el eslabón primario y más antiguo de la historia cultural: el tema de la ética.

El maestro fundador de la escuela cubana, José de la Luz y Caballero, señaló desde su formación cristiana y su enorme saber científico, lo siguiente: “¿puede la moral aislarse de lo físico, y aislarse con ventaja para su estudio? De ninguna manera.” Posteriormente, da una detallada y profunda explicación de esta conclusión.

Si aplicamos este mismo principio al conjunto del cuerpo social en sus relaciones con la ética, podríamos confirmar lo que ya tenemos comprobado en la práctica: que el desarrollo material, de no articularse con la vida espiritual y en particular con la moral, se produciría un dese-

quilibrio muy grave en el seno de la civilización que tarde o temprano repercutirá sobre la economía hasta conducir incluso a un colapso.

Los teólogos de la liberación han dicho que la insuficiencia de las ciencias sociales en el sistema dominante a escala internacional está en que no tiene en cuenta una realidad clave. ¿Y cuál es esa realidad que no tiene en cuenta? Ellos dicen, con toda razón: el dolor humano. Este tema, apreciado desde el plano científico, en tanto ignorancia de lo real, es el tema fundamental de una ética que aspire a desarrollarse sobre tales presupuestos; ignorar el dolor humano es el gran crimen de los sistemas sociales vigentes hasta aquí. Tal ignorancia está en la raíz de las debilidades científico-sociales y filosóficas de los sistemas sociales dominantes. Martí señaló: “que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella.”

En la historia de las civilizaciones nunca se alcanzó a elaborar un análisis filosófico, sobre bases científicas, acerca del papel de la moral y la cultura en la historia humana. Se hicieron trascendentales descubrimientos en el campo filosófico referentes a la economía, la sociología y las ciencias históricas, sin embargo, el tema ético, tratado como una cuestión de las religiones —he aquí las razones de su autoridad—, nunca alcanzó las cumbres más altas de un tratamiento científico y filosófico que explicara su necesidad en el desarrollo económico y social; éste es el compromiso de la filosofía y la cultura para el siglo que está a punto de comenzar. Puedo asegurarles que en la tradición

cubana decimonónica hay sabiduría para estudiar el papel de la ética en la sociedad. Ha sido precisamente el mensaje ético en el que más ha insistido la Revolución Cubana desde los años sesenta en las voces de Fidel y del Che.

El cuerpo o armazón de la sociedad moderna está mostrando cómo el desgarramiento ético va paralelo a la degradación de la situación económica y del medio ambiente en el planeta. Hay que acabar de entender y extraer todas sus consecuencias: la economía política no es algo ajeno a la cultura, entendida ésta en su acepción integral, es decir, en tanto segunda naturaleza, la creada por el hombre. Sólo podemos estudiarla y conocerla en sus relaciones jurídicas a partir de las cuales se mueve, desarrolla y se vincula con sus fundamentos éticos. No existe economía política, en su acepción científica, ajena al sistema de Derecho, y éste, parte esencial de la cultura, está íntimamente relacionado con los principios éticos.

El estudio diferenciado de esas disciplinas es una necesidad de la investigación y la enseñanza, pero para un análisis a fondo, es necesario encontrar su interrelación. Economía, derecho y ética forman un núcleo central en la historia de las civilizaciones. Bastaría recordar que el sistema de propiedad de los esclavos, de la tierra, de la fuerza de trabajo, de la plusvalía, van conformando la evolución económica en la historia de las sociedades clasistas y nadie puede cuestionar que en cada una de esas etapas se origina o se relaciona una forma de abordar el tema ético.

Hay verdades que el sentido común revela y que, ocultas tras una espesa madeja ideológica, movida por ambiciones egoístas y por

enfoques parciales, se pasan por alto y luego causan gravísimas dificultades. Una de ellas es que las civilizaciones nacieron, crecieron y se fortalecieron sobre el presupuesto de la savia espiritual y cultural que lograron generar.

Los hombres y mujeres de preocupaciones sociales y culturales estamos en la obligación de subrayar algunos hechos históricos de vieja trascendencia y de los cuales no se extraen todas las consecuencias posibles. La modernidad que deseamos para el siglo XXI tiene necesariamente que tomar en cuenta la historia y la prehistoria del hombre y algunos de sus rasgos distintivos.

La civilización esclavista de los romanos y el sistema colonial que establecieron no hubieran perdurado cerca de miles de años la primera, y más de medio milenio el segundo, sin el prodigioso sentido práctico y al portentosa cultura jurídica que, afirmados en una extraordinaria producción intelectual, se reconocen hoy como una de las grandes virtudes del antiguo imperio.

En el ocaso del feudalismo, el ascenso del capitalismo europeo no se concibe sin la exaltación de la cultura clásica antigua y su renovación, expresada en lo que llamamos Renacimiento. Los procesos revolucionarios, las transformaciones económicas que ejemplificamos con la Revolución Francesa, y que se extendieron por vastas regiones de la Tierra, son impensables sin los enciclopedistas y el pensamiento que entonces se creó. Asimismo, las ideas socialistas de los siglos XIX y XX no hubieran existido sin la cultura universal acumulada.

Del mismo modo, el movimiento revolucionario independentista de

los pueblos de Nuestra América se impuso sobre el dominio colonial ibérico porque fue receptivo a las tradiciones culturales y políticas más elevadas de la humanidad de su tiempo. Determinadas capas sociales de nuestra América habían asimilado una cultura política, jurídica y filosófica mucho más profunda y renovadora que la prevaleciente en la Metrópoli. Ellas se identificaron con los intereses de las masas explotadas y de la independencia de nuestros países.

En Europa se desarrolló, tras la Segunda Guerra Mundial, el llamado Plan Marshall. Su existencia estuvo condicionada por el hecho de que en el viejo continente existía una base cultural en su sentido más amplio. Es una prueba más de que el desarrollo económico tiene que ir acompañado de la cultura.

Veamos el problema a la luz del desenlace dramático del socialismo real. Los cubanos conocemos las esencias del drama. Se cometió el error teórico de reduccionismo economicista relacionado con graves desviaciones prácticas, que desembocaron en la ruptura del sistema social vigente en la URSS y Europa oriental.

No se comprendió ni se le extrajeron las consecuencias que la relación entre la economía, de un lado, los sistemas jurídicos, los principios éticos, las ideas políticas y los valores de la superestructura, del otro, tiene de causa y efecto, con infinitas formas de expresarse. Se ignoraron las enseñanzas muy concretas que sobre esto nos había brindado Federico Engels.

Las causas fundamentales de que el más vasto proyecto de liberación humana emprendido en esta centuria sufriera un colapso, tiene,

pues, fundamentos culturales. La subestimación de los valores subjetivos y de lo que se ha dado en llamar superestructura y su tratamiento anticultural se hallan en la médula de los graves errores cometidos. Se pasó por alto que la cultura, en su acepción integral, está en el sistema nervioso central de toda civilización. Éstas son lecciones válidas para todas las civilizaciones porque ninguna de ellas hasta aquí ha estado exenta de grandes debilidades de carácter moral. El triunfo definitivo de una ética de valor genuinamente humanista ha sido la más noble aspiración humana durante milenios.

Lo que habría que censurarle al llamado socialismo real, es que no superó esta situación, porque le faltó desarrollar una ética y una espiritualidad sobre el fundamento de la justicia social que decía proclamar como ideal, no bastó un programa económico social de beneficio para todos, era necesario que fuera acompañado de la exaltación de la ética como un elemento clave para la estabilidad de los sistemas sociales.

No se comenta el error de creer que esto es válido solamente para el «socialismo», sería de una superficialidad criminal. Podemos mostrarlo en los retos actuales que nos plantea la globalización.

En el mundo actual —que algunos quieren llamar postmoderno— se ha impuesto, tanto en el Este como en el Oeste, como una gran calamidad, el materialismo vulgar y ramplón, y se concreta la amenaza de que todas las contradicciones sociales, políticas, económicas y culturales se agudicen y multipliquen, se hagan incontrolables, y conduzcan al fin de la historia, pero no al modo tecnocrático en que lo expuso el

burócrata del Imperio, sino como el último capítulo de la vida humana sobre la Tierra.

La ausencia de ética que se observa en todos los poros del sistema dominante a nivel internacional y cuya más descarnada expresión está en el hecho de que se debata, en un salón de Ginebra, sobre hipotéticas o reales violaciones de los derechos humanos, mientras la ONU permanece paralizada ante las brutales violaciones y los actos bárbaros que se comenten en la zona de los Balcanes; para los hombres y mujeres de conciencia ética es la prueba inequívoca de la tragedia en que está sumida la civilización moderna.

La oligarquía norteamericana, incapaz de gobernar dentro del derecho y la ética de la actual civilización, apela a la destrucción de toda cultura; quiere imponer un mundo monopolar; pero ello le resulta imposible dentro de los marcos de la moderna civilización. Cuando un país de emigrantes como Norteamérica desprecia a todos los que en su tierra no son blancos sajones, se aprecia el cuadro en que se mueven los conflictos de civilizaciones anunciados para el siglo venidero. Un mundo unipolar no puede nacer ni sobrevivir sobre las ruinas de todo lo creado por la ciencia y la sabiduría humana de milenios de historia.

No nos dejemos engañar por la fría racionalidad de civilizaciones que se presentan tecnológicamente superiores. Los valores del espíritu que subyacen en la conciencia de la mejor historia del hombre, pueden tener, bien orientados, una influencia objetiva y decisiva para forjar una civilización más profunda y raigalmente humanista. No basta con la racionalidad ni siquiera con

las más elevadas conclusiones científicas y filosóficas del materialismo histórico que la civilización eurooccidental elevó y exaltó en la edad moderna. Hacen falta la ciencia y la tecnología para el mejoramiento humano, pero hace falta, también, generar una voluntad de transformación de la realidad, y para esto es imprescindible el amor, que es la fuerza creadora de la vida humana. ¿Hemos reflexionado con rigor acerca de que la vida social crece y se desarrolla con la savia del amor? Hay que extraer conclusiones científicas y filosóficas de este hecho.

La relación entre economía y cultura se aprecia de forma muy clara al investigar las razones por las cuales los hombres más informados en los regímenes capitalistas altamente desarrollados están promoviendo el arte y la cultura de acuerdo con sus intereses y dentro del esquema de su sistema social. La esencia del problema está en que, en la relación entre el productor y el consumidor, el arte, y en general la cultura, desempeña un papel cada vez más destacado en el seno de la sociedad capitalista desarrollada. Esto se debe, en gran medida, a la amplitud y extensión que ha adquirido ese sistema, y a que determinadas capas de la población han alcanzado niveles de información que tienen que ver también con la función comunicativa que poseen la cultura y el arte.

Es evidente que los poderosos intereses la distorsionan pero lo hacen precisamente porque la cultura tiene influencia real. No cabe negar el papel de la cultura porque de ella se aprovechen nuestros enemigos. Lo que debemos hacer es situarla en el centro del desarrollo económico social.

La cultura siempre ocupó un lugar destacado en los procesos productivos y en la economía. En el pasado, y desde luego en el presente, ha estado muy relacionada con los conocimientos tecnológicos y científicos y con el crecimiento de la riqueza. En la actualidad, y sobre todo en el futuro inmediato y mediato, el fenómeno se extiende de manera creciente hacia las operaciones de comercialización y, como parte consustancial, al papel destacado de la información. De esto se desprende que es necesario determinar la magnitud económica de la cultura y el arte.

Es posible la cuantificación aritmética, y si se hace con rigor, lo podemos comprobar de forma sencilla en casos concretos que tenemos a la vista. Pero la influencia de la cultura es de tal dimensión económica que resulta imposible medirla a largo plazo, por las mismas razones que las extensiones en el espacio infinito no se determinan con cintas métricas, sino con años luz. Esa influencia existe, es real, del mismo modo que lo es el universo.

El problema está en que el carácter social de la producción ha adquirido una dimensión muy superior y sigue creciendo a escala mucho mayor que la de finales del siglo pasado y principios del presente. Lo mismo ocurre con el proceso de internacionalización de las relaciones económicas.

No se puede renunciar a la acumulación de conocimientos, información y sabiduría alcanzados en el orden de las ciencias sociales en los siglos XIX y XX, y es incuestionable que cualquiera sea el matiz o la interpretación que cada cual tenga acerca de las ideas socialistas —empleando esta expresión en su sentido más amplio y sin

entrar en un debate en relación con las diversas corrientes que al respecto han existido o existan— éstas, como conjunto, constituyen el progreso más alto que en ese orden se haya alcanzado.

Fue en la pasada centuria cuando, sobre el fundamento de los estudios económicos, filosóficos y de los más vastos planos de la cultura precedente, se crearon las bases para las ciencias sociales y económicas como las conocemos hoy. Sin embargo, no se alcanzó, ni podía objetivamente lograrse, una apreciación certera de la dimensión que iban a tomar ciertas verdades esenciales entonces descubiertas. Como siempre ocurre en la historia de la ciencia, nuevos planos de la realidad se revelaron en el proceso ulterior.

El avance de las ciencias sociales y económicas del siglo XIX, con su enorme riqueza, no pudo apreciar, en toda su magnitud y detalles, fenómenos como el papel de los movimientos migratorios, especialmente desde Europa hacia los Estados Unidos; la expansión económica de este país sobre el fundamento de su enorme extensión territorial; el desenlace y el significado de la explotación colonial y neocolonial; el gigantesco crecimiento de la productividad del trabajo y el entrelazamiento de todos y cada uno de sus factores con fenómenos de la superestructura, que iban a darle un carácter diferente a la lucha entre los grupos y clases poseedores de la riqueza y las masas explotadas.

Esto, además de muchos otros elementos —entre los cuales se destaca el complejo proceso de la práctica socialista de las últimas décadas y su dramático desenlace— determinó que el siglo

XX esté concluyendo con nuevas escalas de internacionalización bajo el dominio de un grupo reducido de países, sectores y clases sociales. Lo sustancial está en que la riqueza permanece en manos de las minorías y la pobreza de la inmensa población del globo se hace cada vez más aguda.

Con independencia de cualquier debate intelectual o científico, en relación con las formas o modelos mediante los cuales abordar el problema, el hecho existe, y tenemos que apoyarnos en el progreso alcanzado por las ideas y la cultura para abordarlo con seriedad y rigor. No es destruyendo las conquistas de la cultura universal como se puede avanzar. Todo adelanto sobre este presupuesto acabará provocando problemas muy graves. Y hay conquistas irrenunciables que salvaguardar, como la independencia y soberanía de los Estados y el respeto irrestricto a la identidad cultural de cada pueblo, nación o grupo humano. Estas conquistas hay que garantizarlas como fundamento objetivo para asegurar que los nuevos alcances de la internacionalización de las riquezas no generen problemas aún más graves.

La ventaja que podemos tener sobre nuestros antecesores es la de adquirir conciencia del asunto y estudiarlo con precisión, y en ello a la cultura le corresponde desempeñar un papel irrenunciable.

Partimos de que los más altos niveles de internacionalización de la vida económica son hechos objetivos a los que no podemos renunciar; lo contrario sería encerrarnos en un caracol para, a la postre, vernos aplastados por la realidad. Pero su inevitabilidad

no justifica que ese proceso perjudique y trastorne la vida social y espiritual de los pueblos. Aceptamos el desafío del desarrollo, pero hay que insistir en que este reto presupone principios éticos y culturales, y obliga a defender a la humanidad del holocausto, a los pobres de la miseria, y a la Tierra misma del desastre ecológico que ha denunciado la mayoría de los estadistas del planeta.

En fin, resulta imprescindible para la economía mundial, entendida ésta en su real sentido universal, que se promueva sobre el presupuesto de responsabilidades éticas y culturales, las cuales impidan que se aplaste la vida espiritual y la existencia misma de centenares de millones de seres humanos. Estos valores, para que tengan real significado, hay que plantearlos en términos universales. Hablamos de desarrollo de toda la humanidad y no sólo de una parte de ella. En este problema está involucrada la propia existencia de la humanidad.

Sólo un sentido ético y cultural de validez universal nos permitirá entender la profundidad del drama económico y social que tenemos delante: encontrar caminos de soluciones y enfrentar un esfuerzo sistemático para vencer estos desafíos. ¿Podrá llegar a entenderse por la moderna civilización capitalista que la cuestión ética plantea en su actual estadio un abismo creciente entre riqueza y pobreza que está poniendo en peligro su propia existencia como sistema social? Lo mejor sería que los hombres que tienen mayor instrucción en las grandes oligarquías le hicieran comprender que no hay más salida para la humanidad, y, por tanto, para ellos mismos.

Sin embargo, no siempre las decisiones que se adoptan en relación con cuestiones de interés inmediato tienen en cuenta los objetivos que a largo plazo puede tener un sistema económico-social. En muchas ocasiones se toman en función de los intereses específicos de quienes adopten las medidas claves dentro del propio sistema. Suele prevalecer así un sentido pragmático y oportunista de la política de los gobiernos.

Los regímenes que se han mantenido más allá de las coyunturas adversas en la historia, lo lograron porque dispusieron de dirigentes cultos y capaces de diseñar políticas a largo plazo que subordinaran los intereses parciales a los de carácter general y perspectivo del sistema.

¿Quiérese mostrar ante el mundo un ejemplo de la influencia de los valores espirituales en el curso de la historia? Sin ellos nuestro pueblo no existiría como expresión de creación hispánica; estaríamos hablando inglés, seríamos una estrella más de la Unión Norteamericana. Estamos aquí por la fuerza del espíritu que nuestro pueblo ha sabido articular con las realidades objetivas de la vida social. Sin la voluntad creadora y el heroísmo que históricamente se ha exaltado en el noble orgullo patrio de los mejores cubanos, no seríamos hoy un país con identidad propia.

En Cuba germinó tan fuerte el sentido heroico de la vida y el amor a la independencia, a la libertad y a la dignidad humana, que las fuerzas económicas más poderosas de los últimos dos siglos del Occidente civilizado no pudieron evitar el nacimiento, crecimiento y consolidación de una nación

independiente. Esta historia tiene también fundamentos económicos, pero no se explica sin la presencia en nuestro pueblo de una cultura ética, una sensibilidad y una vocación irrenunciable a la independencia y a la libertad.

Sobre estos fundamentos, ética, ciencia y cultura como categorías diferenciadas en su diversidad, se ensamblaron en una identidad que forjó la sabiduría política de la nación cubana. Observando las realidades del mundo actual y sus peligros, hemos llegado a la conclusión de que sin fortalecer este núcleo programático y sin reconocer las especificidades de cada uno de sus elementos componentes, nadie podrá, a escala universal, asegurar que en el siglo XXI una cadena de sucesos dramáticos no desemboque en el último episodio de la historia del hombre. Entonces si será real el fin de la historia proclamado retóricamente por un tecnócrata de la postmodernidad.

Hasta hoy muchos han situado a la cultura como medio de obtención y ampliación de riquezas materiales, como adorno, o a lo sumo como el conocimiento específico de las cosas. Pero ella es mucho más: es la diferencia entre el hombre y el resto del reino animal.

Los hombres tenemos que hacer algo. Se torna apremiante la necesidad de rescatar la ética humanista universal. Hay que respetar y exaltar en serio los derechos humanos, y el primero es el derecho que tiene la humanidad a sobrevivir. Se exige una síntesis de la historia cultural del universo para salvar del egoísmo a los hombres, a las naciones y a la propia civilización. Hace falta un programa matriz de todos los programas: la alfabetización ética, que supone la

preservación del patrimonio espiritual más importante de la civilización, es decir, del hombre.

Pienso que en la plenaria de ayer, a propósito de la magnífica síntesis de política cultural que hiciera el compañero. Abel Prieto, con la presencia de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro, se formularon valiosas iniciativas que deben estudiarse junto a otras que, a propósito de éstas se hicieron. Ellas se refieren, en lo fundamental, a un tema clave; quizás en el orden práctico e inmediato el más importante: el de contrarrestar los terribles efectos que tiene el control de la información y de los medios masivos y de difusión de la cultura. Por ahí están nuestros enemigos desencadenando su ofensiva anticultural; por ahí debemos comenzar a analizar cómo organizar la nuestra.

Hay en América Latina y el Caribe un escenario de enorme importancia para crear una plataforma de lanzamiento contra esa ofensiva. Cuba y la cuenca del Caribe, si ustedes la comparan con lo que sucede en los Balcanes y, con la acción criminal de la OTAN, apreciarán que, si por allá se mueve y alienta la desintegración cultural y social que está poniendo en peligro todo el sistema político, jurídico e incluso ético de la moderna civilización, por aquí, en el cruce del Nuevo Mundo, se hallan las fuerzas de integración cultural y social necesarias para enfrentar estos retos. Tenemos base social y popular y la fundamentación cultural para iniciar la contraofensiva contra los que promueven el desorden y la anarquía

Los imperialistas y sus aliados están tratando de desmontar, no ya las ideas del socialismo que, tras el

derrumbe de la URSS, consideran acabado, sino todo el pensamiento y la cultura creada por la humanidad en milenios de historia. Están trabando de desmontar la capacidad humana de pensar, amar y de solidarizarse con los demás.

Desde el Caribe, donde comenzó la historia de la edad moderna, desarrollemos una ofensiva informática y cultural contra las campañas de desinformación, tergiversación y engaño que vienen perpetrando las grandes oligarquías de Estados Unidos. Sugiero hacerlo con una idea expuesta por Martí cuando dijo: "De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace; ganémosla a pensamiento".

Los imperialistas, en lo que la Europa culta llamó Nuevo Mundo, tienen el arma de la civilización material; nosotros, en América Latina y el Caribe, tenemos la de la cultura espiritual. Y si aquélla intentase aplastar a la nuestra, ella misma sería aplastada, porque sin valores morales no hay civilización que perdure. Sólo vencerá la humanidad cuando venza la cultura espiritual y ética; sólo habrá el equilibrio entre las naciones a que aspiraba Martí, cuando los términos civilización y cultura se integren armoniosamente en una sola identidad. Este es el gran sueño del Nuevo Mundo.

Por todas estas razones, frente a la globalización neoliberal y anárquica, debemos responder con las ideas claves contenidas en el tema central de este encuentro: Cultura y Desarrollo. Es la respuesta que exigen los tiempos intermilenios y las proyecciones necesarias hacia el siglo XXI.

Congreso Internacional Cultura y Desarrollo, La Habana, marzo de 1999.

Elogio a la cultura y al desarrollo sobre las bases del humanismo

EUSEBIO LEAL SPENGLER

Historiador de la Ciudad de La Habana

La bellísima ciudad de Río de Janeiro se abre hoy para nosotros, acogiéndonos en el espacio impar de su urbanismo en diálogo permanente con la naturaleza. La urbe se ha edificado como un delirio del hombre. Rara vez coincidieron, con tanto acierto, el brío y el poder de la creación como aquí. Ella se mira en el magnífico espejo de la bahía de Guanabara, y a todas las latitudes del continente llegan los ecos de su carnaval, el valor de sus profecías místicas, la fama de la hospitalidad de su gente, su belleza como fruto del mestizaje febril de etnias y culturas.

¿No es acaso Río una lección o explicación válidas para inspirar los temas de nuestra reunión cuando ya se extingue el siglo XX, cuando el eco de nuestras palabras ya casi pertenece al pasado?

Como historiador, llevado por la tentación del ejercicio de mis menesteres, me hallo casi siempre ante la hipotética esfera de cristal que trata de anticiparme cómo será el futuro a partir de nuestra vida presente y del estudio del pasado. ¿Ha de pervivir —me pregunto— la esperanza de una existencia mejor para todos, o acaso seremos como Juan el Precursor, la voz que clama en el desierto? ¿Debemos declinar las banderas de la justicia social, considerar que nuestra espiritualidad ya no tiene sentido y que ya no habrá esperanza para los pobres y los desheredados?

Habiendo llegado desde la Isla de Cuba, estas interrogantes más pudieran resultar incomprensibles para quienes prefieren acatar las —al parecer— infalibles leyes de un mundo que niega la singularidad. Yo me reafirmo en que nuestra voz ha de ser, sin desmayo, la voz de la esperanza.

Se nos acusa a los americanos de tener las cabezas calenturientas y un verbo encendido, que somos ajenos al pragmatismo e inclinados a esa extraña doctrina que hizo proclamar a uno de los literatos de mi tierra, Alejo Carpentier, la unión poética de lo real y lo maravilloso en el Caribe.

Ya José Martí nos había inducido a creer en la utilidad de la Poesía cuando escribió: «La Poesía... que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta le proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella le da el deseo y la fuerza de la vida.»

Al considerarla como fuente de “el deseo y la fuerza de la vida”, Martí no podía concebir proyecto de desarrollo humano en nuestras tierras que prescindiera de la Poesía o estuviera vacío de lo mágico, que es donde hallaba lo trascendente.

Esta visión nos saca del juego exclusivo de la compra o de la venta, de las leyes de la bolsa y del mercado, y nos enfrenta a la cuestión de las grandes utopías sociales. En su gran mayoría generados en Europa, los proyectos utópicos nos han abocado al fallo —convertido en tendencia más o menos generalizada— de copiar o calcar esos modelos ideales sin una interpretación autóctona y, por ende, legítima.

Ello preocupaba a José Carlos Mariátegui, el eminente sociólogo y humanista peruano, para quien el pensamiento más avanzado de América no podía ser copia ni calco, sino “creación heroica”. “O inventamos, o nos equivocamos”, sentenciaría nuestro —una y otra vez venerado— José Martí.

Cuando los teólogos de la liberación en Brasil esbozaron su doctrina, estaban sobre las huellas de quienes en la América de los albores del siglo XVI hicieron nacer —con su airada protesta por la servidumbre y el desamparo de los indígenas— el derecho moderno y el humanismo, para más tarde darle forma social en los pueblos indios de Michoacán, en México; en las escuelas de Artes y Oficios, en Quito; y, finalmente, en las epopeyas jesuíticas del Sur.

Ese movimiento tuvo su orden estético, que se eleva en el ideal de la Catedral Americana levantada sobre la pirámide o el adoratorio, y en

la atrevida interpretación de aquellos pintores que colocaron sobre las vajillas de la última cena el fruto de la pasión: el maracuyá, el mamey o el caimito, sustituyendo el cordero pascual por el conejo de indias.

Si fuese posible que volásemos todos a las tierras de Minas Gerais, peregrinos a Ouro-Preto, Congoña o Mariana, seríamos arrebatados por el delirio de Ataíde o Alejandrinho, y este vuelo de pájaro, en su incansable trasponer el espacio nos repetiría la historia en cada rincón de nuestro precioso e incomparable continente.

Indios con casacas, como una vez se dijo de Villalobos, es necesario recuperar el orgullo de lo nuestro en el concierto de lo inevitable universal.

En su famoso libro *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano nos guía en la interpretación de este misterio y echa un rayo de luz sobre el sentido social de la esperanza.

Jorge Amado la hace venir en los personajes de sus novelas, que habitan la ciudad real y la ciudad divina, encarnadas para él en San Salvador de Bahía donde, por extrañamiento que parezca, sobreviven los linajes familiares arrebatados de las tierras ardientes de Nigeria, y cuya más próxima parentela está en La Habana. Allá, como aquí, todos o casi todos somos hijos de Ochosi, Yemayá o de Changó. Así lo constataron el francés Pierre Bergé y el rioplatense —asentado en Bahía— Caribé, autor e ilustrador, respectivamente, del espléndido libro sobre los Orishas. Ambos conocieron intensamente a Cuba y a La Habana.

La cultura es el insustituible baluarte, la torre de marfil que queremos para nosotros, pero también para todos; es la coraza que nos cubre, es la profecía, el manto ricamente bordado que, invisible, cubre nuestras espaldas heridas y nuestras manos rotas.

El desafío de la preservación del patrimonio

Les confieso que fuimos formados como intelectuales puros, como expertos que, desde nuestros gabinetes o laboratorios, nos ocuparíamos preferentemente de los museos, monumentos y sitios arqueológicos... La vida, sin embargo, nos llevó a considerar —y hoy lo afirmamos resueltamente— que en nuestros países, poseedores de un vasto legado patrimonial, es imposible actuar en los campos de la preservación si ello no conlleva una vocación de desarrollo social y comunitario. En este sentido, me enorgullece pensar que ya Simón Bolívar, discípulo de los insignes humanistas hispanoamericanos Andrés Bello y Simón Rodríguez, supo prescindir de las diferencias entre el humanismo doctrinal y las urgencias más intensas del conjunto de naciones que se gestaban en el Continente. Esto se palpa en la palabra viva de El Libertador, en sus textos y proyectos: ese sentido realista que no margina ni aparta lo excepcional de la vida cotidiana, y que es hoy nuestra suprema aspiración.

Luchar por el patrimonio tangible o impalpable nos lleva ante el dilema de lo activo o lo contemplativo. Nos atrevemos a decir que el camino de la verdad consiste en identificar lo uno y lo otro, sin negar la excepción, lo extraordinario... Se trata de asumir el patrimonio en su totalidad, y como bien activo que

puede contribuir a su propia sustentabilidad, sin que esto signifique privatizarlo o someterlo al espolio de la especulación y el lucro.

En el orden estrictamente personal, me hallo comprometido con la obra de restauración de un Centro Histórico, para la cual hace ya bastante tiempo dibujamos un esquema de trabajo que nos impuso la renuncia a las cosas elaboradas o preconcebidas desde arriba.

Nos hemos comprometido con un empeño de desarrollo cultural basado en el compromiso social con la comunidad que habita en la Habana Vieja, pues no podemos ignorar el concepto latino del papel participativo del pueblo.

Si bien se ha aceptado que el turismo es un fenómeno portador de las complejidades de la globalización, nos hemos atrevido a levantar las banderas de la singularidad, y a conducir el proceso de renovación social y urbano creando mecanismos de sustentación propios, enteramente originales.

Esta autonomía económica, llamémosle así, permite dar continuidad a la obra de rehabilitación aun en medio de una difícilísima coyuntura económica; obra que no sólo comprende la recuperación de los edificios, sino que implica y va dirigida principalmente a los habitantes de la Habana Vieja y de la ciudad toda.

Las nuevas circunstancias locales, nacionales y mundiales exigen una mayor eficiencia en el aprovechamiento de los recursos, una mejor organización dirigida a multiplicar y promover nuevas energías que garanticen a sostenibilidad de los procesos.

Para alcanzar esta premisa, es necesario desarrollar una estrategia local fundamentada en la diversidad de la base económica y en la multiplicidad de las fuentes de financiamiento que, basadas en funciones compatibles con el Centro Histórico, sean más independientes de modas y tendencias que provocan fluctuaciones en el mercado. Ello posibilitaría una recuperación estable y creciente del patrimonio, asentada principalmente en los recursos que, con una explotación eficiente, el territorio puede producir y atraer hacia sí.

Se requiere potenciar un procedimiento económico-financiero capaz de negociar ágilmente, y bajo las condiciones previstas por el Plan; se requiere fomentar la recuperación edilicia y urbana, sobre todo de aquellos proyectos que generen suficiente ganancia como para asegurar una parte de la subvención necesaria al sistema del hábitat.

Por otra parte, a fin de lograr un eficaz proceso de rehabilitación urbana —incluido el mantenimiento

posterior— es imprescindible una rehabilitación social y económica de los residentes. La mejoría de las condiciones del hábitat debe ir indisolublemente unida a una reactivación económica local, que posibilite a los vecinos incrementar sus ingresos y disponibilidad de recursos como base fundamental para su participación en el rescate del Centro Histórico. Se trata entonces de crear una base económico-social local, autosustentable en el tiempo, vinculada al carácter cultural del territorio, al rescate de sus tradiciones y al proceso de recuperación de sus valores, con la consiguiente generación de empleos.

Hallar pues un mecanismo propio que, sin desestimar la cooperación internacional, nos diese las aportaciones suficientes para la restauración y puesta en valor de la Habana Vieja, ha sido —y es— nuestra delicada y ardua tarea.

La Nación otorgó amplias facultades a nuestra Oficina: un alto grado de autonomía en su gestión, personalidad jurídica, derecho a



poseer patrimonio y a generar e invertir capital para la restauración. Le permitió el cobro de un impuesto a la gestión de las empresas y entidades públicas y privadas; le cedió terrenos, edificios en el área delimitada...

A estas iniciativas, que podríamos denominar esenciales, sucedieron otras como la creación de empresas constructivas cuyos fondos pudieron ser situados por nuestra propia entidad. Se constituyó un grupo multidisciplinario de estudio para la redacción de un Plan Maestro; se pudo realizar el censo de población y viviendas, y se consideró indispensable asistir, con igual ímpetu, al desarrollo social y comunitario.

Nuestra experiencia de abrir los museos a las escuelas de educación primaria rompió con prejuicios francamente elitistas. La creación de aulas en ellos —las llamadas aulas-museos— significó una revolución cuya consecuencia inmediata ha sido consagrar el principio de apropiación de los bienes culturales, en primerísimo lugar, para la infancia.

Hasta hoy hemos tenido resultados alentadores, por lo que seguiremos con las manos extendidas, haciendo verdad el mandato bíblico de "Pedid y se os dará". Pero puedo asegurarles que lucharemos rabiosamente por aumentar nuevos propios medios, conscientes de que el patrimonio no debe ser una losa pesada sobre las espaldas de los pueblos pobres. Igualmente, nos negamos a aceptar que —para preservarlo— deba ser vendido o privatizado, arrebatando no solamente el cuerpo, sino también el alma de nuestras naciones.

Epílogo

Hemos logrado salirnos de la trampa, y hoy —al establecer no ya una comparación, sino una valoración de la situación por la que atraviesan las ciudades históricas en Iberoamérica— podemos afirmar que es posible trazar una estrategia capaz de impedir que algo tan amado por nuestros pueblos sucumba a la vulgarización o pase a ser mera vitrina de curiosidades pintorescas. Entre ellas, claro está, habría un espacio para nosotros mismos.

Vayamos a la raíz, asumiendo el ancestral proverbio oriental: "El árbol más grande y frondoso vive de lo que tiene debajo."

Seminario Diálogo para el Milenio, Panel 2: Contexto Cultural: Cooperación Cultural y Escenarios de Interacción, Río de Janeiro, 7-8 de junio de 1999.



La cultura como la dimensión central del desarrollo (El programa cultural de la Ciudad México)

ALEJANDRO AURA

*Director General del Instituto de
Cultura de la Ciudad de México*

I

Señoras y Señores Congresistas, con su permiso, quisiera hablar de la puesta en práctica de un programa cultural en la Ciudad de México iniciado hace apenas poco más de un año, a raíz de la primera elección popular, de carácter democrático, de autoridades de gobierno para una población probable de unos nueve millones de personas, habitantes regulares del Distrito Federal, más otros diez o doce conurbados que usan lo bueno y lo malo de ese ingente conjunto metropolitano.

La Ciudad de México se ha presentado de pronto como un laboratorio de experimentación cultural de enormes proporciones, de exigencias sin cuento y de premuras inaplazables. Lo que era hasta hace poco un campo federal en el que se podía sostener la idea de que la atención cultural estaba primordialmente satisfecha con la promoción de las artes —confusión generosa, pero confusión al fin—, ha dado de sí; no se sostiene más ante la necesidad urgente de atender a millones de personas que se han quedado al margen de toda promoción cultural, y aun artística, y emitieron un voto esperanzado en cambiar sus condiciones de vida. Claro está que nos hemos acostumbrado a decir millones de personas sin relacionarlas anímicamente con la catástrofe humana de la desigualdad. Quizás nunca hemos conseguido apropiarnos de la idea de similitud entre todos los seres de la especie. Ejercicio cada vez más difícil y difuso. Conforme ha crecido nuestra capacidad de acercarnos unos a otros, ha crecido la incapacidad de entendernos como unidad biológica, histórica y cultural. Oímos, pero no entendemos lo que quiere decir *millones de personas*.

Grandes conjuntos atraviesan la infancia con programas educativos que menosprecian la fantasía, la imaginación y la práctica de lo improbable; y estimulan el aprendizaje de fórmulas y líneas de comprensión y conducta que supuestamente los preparan para ser generadores de riqueza pero los condenan, a fuerza de cancelarles la solución de los grandes enigmas de la vida por la vía de la imaginación y la participación ritual en el exorcismo de nuestros fantasmas colectivos, a ser generadores de violencia, rencor y desesperanza.

¿Cómo hablar de las grandes aspiraciones de la cultura sin buscar antes una media de capacidad humana para compartirla, rolarla y disfrutarla? ¿O no es, en última instancia, la cultura una materia disfrutable? ¿No estamos de acuerdo en qué representa lo más apreciable de los pueblos? Su lengua, su memoria, su capacidad de imaginación y el acopio de explicaciones de lo ineluctable que se manifiesta en religiones, ideologías y obras de arte, ¿no es la mayor riqueza con la que puede contar un grupo humano? ¿Qué cosa es lo que llamamos desarrollo? ¿A qué nos referimos con desarrollo cultural? ¿Más dinero proveniente de los rubros productivos relacionados con la cultura? ¿Más capacidad adquisitiva para obtener bienes y servicios artísticos y culturales? ¿O mayor capacidad de entenderse, asumirse y comportarse como lo que imaginamos que somos o que podríamos y deberíamos ser los seres humanos? La cultura tiene que ser materia de superación humana colectiva; con el deseo de entender el término *colectiva* como la posibilidad de que todos participen. Ese *todos* que incluye a los millones y millones que en nuestra corriente concepción actual de la especie están fuera de toda posible participación, y que sólo excluye a quienes así lo deciden de acuerdo con su voluntad y deseo.

Semejante a la metáfora de Marcel Schwob en la que hordas de niños medievales dejan sus pueblos y sus familias para ir a buscar una Jerusalén mítica que les dará el sentido del ser, y al carecer de una razón humana suficiente para sostenerlos en la vida, van pereciendo ante los acosos de la naturaleza y de los malos de la especie, hordas innumerables de

niños y jóvenes latinoamericanos, asiáticos, europeos y africanos, se pierden en los pantanos más previsibles de la incultura, que los dejan al margen de toda posibilidad de participación y defensa, mientras algunos buscan cómo servir mejor la mesa del banquete para los que pueden pagar la entrada.

Lo que hacemos los seres humanos con el mejor acopio de nuestras capacidades se vuelve deseable para otros y eso es lo que desata las cadenas productivas. Un poema que los demás quieren leer, oír, aprenderse, compartir, genera la producción de lápices y hojas de papel que provienen de la explotación de los bosques o los campos de cultivo; la fabricación de vehículos para transportarlos; fábricas para procesarlos; maquinaria de metal extraído de las minas; edificios en los que se producen libros, mesas de encuadernación, tintas, empaques, oficinas, vendedores, promotores, repartidores, librerías, muebles, empleados, facultades en las que se estudian las repercusiones del poema en la conducta humana y, en fin, una cadena productiva infinita. Pensar *a priori* en lo que puede dejar un poema en el terreno financiero, para ver si lo patrocinamos o no, es una perversión; lo importante es asegurarnos que seguiremos produciendo poemas.

Discutimos la creación de industrias culturales dando por hecho que hay quienes son capaces de abastecerlas con bienes, servicios y productos; y que hay grandes conglomerados de consumidores potenciales que, ávidos de consumir, se orientan, se abocan, viajan y se derraman en busca de esos productos siempre y cuando reúnan la calidad máxima que las

instancias calificadas reconocen como lo mejor de lo mejor. Y con ello repetimos el esquema de dejar de lado a muchos millones de individuos que no estuvieron incluidos en ninguna de las puntas del hilo conductor de lo que llamamos desarrollo cultural.

Ciertamente, la cultura no se opone a la inserción de nuestras economías en la globalidad. Buena parte de la integración de países y ciudades al mundo, se da a través de sus productos culturales. La articulación de ofertas artísticas de alto nivel con el desarrollo del "turismo cultural" se ha revelado como un magnífico factor de derrama para las economías regionales. Los casos del Museo Guggenheim en Bilbao, el Carnaval de Río, el Festival de Venecia, el Festival de Jazz en Montreal y el de Cannes, son ejemplos claros de la relación armoniosa que ambas esferas tienen.

Pero la cultura no puede verse sólo como un medio para el progreso material y la obtención de recursos y divisas; pues sabemos que es más bien el fin y la meta de cualquier proyecto de desarrollo, pensado no como las cifras macroeconómicas sino como el florecimiento de la existencia de las mujeres y los hombres en todas sus formas y en su totalidad.

La manera de vida propia y la de vivir con otros es el punto de partida de la cultura; integra los valores de que la gente se dota, y que decanta por generaciones, los niveles de tolerancia entre géneros y razas, las creencias que tiene sobre el mundo y sobre sí misma, y las formas en que expresa todo ello a través del arte y su interpretación. Es con esta perspectiva que debe ponerse

en el centro a la cultura como una dimensión del desarrollo.

Sin olvidar que las políticas culturales deben seguir atendiendo lo relativo a la creación artística y al desarrollo de nuevos públicos, los debates globales en torno a ella nos conducen, con rapidez, a la necesidad de poner en el centro de su esfera de acción las dimensiones políticas y sociales. La cultura tiene que ser central en el diseño y la organización de los modelos de desarrollo, en la construcción de democracias estables, en asegurar que la diversidad cultural dentro y fuera de una nación pueda convivir sin conflictos violentos, y en proveer el necesario clima de confianza y convivencia para un desarrollo real.

En la mayoría de los países del mundo, la cultura es cada vez más una explicación tanto del éxito como del fracaso de las políticas de desarrollo. Esta centralidad de la cultura en el mejoramiento de las comunidades nos habla del papel de la diversidad en el éxito económico, las oportunidades sociales, la estabilidad política y la resolución pacífica de los conflictos. En el ámbito económico, el ejemplo típico es que la tasa de ahorro en Japón duplica a las de Europa y a las de Estados Unidos, a pesar de la similitud de sus niveles de ingreso. La disposición al ahorro, por ejemplo, es una construcción cultural. La confianza mutua entre ciudadanos y la idea de futuro común son factores poderosos en la promoción de la productividad y la competitividad internacionales. Y ello sólo es posible si apreciamos los valores económicos, políticos y sociales dentro de la esfera de la cultura. Cada una de las situaciones que enfrenta una colectividad encontrará un cauce de

solución en la medida en que se inserte en una construcción cultural.

II

Para centrar esta percepción generalizada en la particularidad de la Ciudad de México, quisiera decir que la atención cultural está dirigida, de manera similar a otras muchas grandes ciudades, con una enorme oferta de acciones y productos, a aquellos que pueden consumirlos, en razón de su poder adquisitivo o de su formación básica; pero deja fuera de su esfera de influencia a millones de vecinos que no se sienten clamados al consumo de esa abundante oferta.

Digamos que la Ciudad de México es la tercera o cuarta más poblada del mundo en un espacio en que conviven la modernidad y la pobreza, que es siempre intemporal. Altamente diversificada, nuestra ciudad es puerto de arribo de inmigrantes de todo el mundo y del interior de la república mexicana. En 1990, el 40% de los residentes no había nacido ahí, y casi un cuarto de millón de personas habitaban comunidades y pueblos indígenas dentro de los límites metropolitanos. Se hablan en la ciudad treinta y cinco idiomas de distintos puntos del planeta y unos sesenta originarios de México y Centro América. Más de la tercera parte de la población tiene nivel de *indigencia*, y casi otra quinta parte, de *muy pobre*.

Doy estos datos para explicar por qué el gran proyecto de la Ciudad de México, desde hace siete siglos, es la integración. Es, como supondrán, una integración conflictiva y nunca acabada que ha dado origen a dos fenómenos muy visibles en la ciudad: por un lado, una enorme capacidad de

innovación cultural con base en una siempre renovada negociación, intercambio e hibridación simbólica entre distintos sectores y clases sociales, y, por otro lado, la gran facilidad para adaptarse al uso de los medios de comunicación masiva.

La facultad para utilizar la síntesis cultural como forma de integración es uno de los principales valores de la cultura urbana de México. El ejemplo más recurrente es el consumo musical. Los mexicanos gastamos 4.4 dólares en música grabada al año, por persona, de los cuales el 58% es música popular mexicana, el 40% es música extranjera y el 2% es música clásica. En este consumo musical no existen diferencias radicales entre clases sociales, y los nuevos géneros que se han creado a partir de la convivencia entre música popular tradicional y ritmos extranjeros es inagotable.

La disposición hacia los medios electrónicos de comunicación como forma de integración es mucho más avasalladora. En México existen 263 aparatos de radio y 219 de televisión por cada mil habitantes. Es decir, que hay 1.2 radios por cada televisión. En tan sólo una década, los televisores han crecido, respecto a los radios, a un ritmo de casi 20% anual.

La historia de los medios en la Ciudad de México tiene un hilo conductor único: cohesionar, simbólicamente, lo que económica y socialmente está segmentado. Desde el uso de los símbolos de la unidad nacional en el cine hasta la creación de las radio y telenovelas como el género indiscutible de traducción del triunfo de la voluntad sobre el destino, los medios generan uno de los pocos

mecanismos de integración de nuestra capital.

Las primeras elecciones democráticas de Jefe de Gobierno en la Ciudad de México evidenciaron que los ciudadanos estaban dispuestos a modificar sus relaciones con el poder. El vínculo que mantenía a una enorme masa urbana ligada a un sistema autoritario era la promesa de la integración. Al desvanecerse esa ilusión, que no sólo jamás fue concretada, sino que se hizo cada día más lejana, los habitantes de la ciudad comenzaron, el 6 de julio de 1997, a constituirse como ciudadanos en una transición cultural de largo aliento que tiende ya a cambiar la situación de tantos siglos sin participación democrática.

Como parte de este ánimo colectivo por modificar la gestión del poder en la ciudad como una forma inédita de integración, el Gobierno de la Ciudad de México creó al Instituto de Cultura. Desde el inicio, entendimos que había que cambiar el estatismo cultural que intenta orientar, vigilar y sancionar lo que la gente consume, para transitar hacia formas democráticas que le permitieran a una instancia gubernamental abrirse a la pluralidad de su sociedad.

Los circuitos de distribución de la oferta cultural y los principales equipamientos para ello en la Ciudad de México están concentrados en un corredor principal centro-sur, al que accede un número que podría enmarcarse entre las doscientas y las trescientas mil personas. Las distancias que los potenciales consumidores de la oferta cultural deben recorrer son enormes; pero mucho más grave que eso se nos presenta el poco o nulo atractivo

que la oferta tiene para muchos millones de personas que ignoran el beneficio que pueden obtener del consumo de la oferta cultural, y se conforman con la imposición de los medios, y lo que éstos proponen para la utilización del tiempo libre.

En nuestra educación básica se ha hecho a un lado la educación artística, literaria y humanista, con la idea de que después de capacitarse para la producción se tendrá la oportunidad, más o menos atendida por el Estado con programas auxiliares durante la educación media y media superior, de allegarse del conocimiento de esos accesorios de la formación.

La niñez, sin embargo, es la única etapa de la vida en la que la imaginación puede correr parejas con el conocimiento y esas dos potencias de la condición humana pueden conformar individuos más o menos completos, capaces de ejercer a plenitud el lapso siempre corto de la vida. En la formación de los individuos nada se puede dejar para después.

El que nunca ha leído el Quijote o la poesía de Quevedo o Pedro Páramo, El Siglo de las Luces o Cien años de soledad, por decir algo que compromete a nuestra lengua, no conoce ni se imagina la grandeza de la especie a la que pertenece. El acceso a la lectura de la literatura universal es la puerta más eficaz para entrar al mundo de la civilización. Dejar el desarrollo de la capacidad de lectura para otra etapa de la vida es un crimen de esa humanidad.

Cuando nos pensamos como parte de la historia nos remontamos a Egipto, a Siria, a Grecia, a Roma, a la Europa medieval y renacentista, a su descubrimiento de América, a la

etapa colonial, a las independencias y a nuestras conformaciones como países; y hacemos entrañables esfuerzos por rescatar hebras de nuestros pasados prehispánicos, para agregar razones autóctonas a la explicación del enigma de la vida, que, al fin, al fin, es el mismo en todas las latitudes de la historia.

La escritura es la continuación de la memoria como el video es la continuación del ojo. En la escritura está la memoria total de lo que los humanos hemos aprendido e inventado del mundo y de nosotros mismos, generación tras generación. La verdad histórica es sólo una improbable mueca ante la contundencia de la memoria escrita como continuidad literaria.

Fomentar la lectura es, pues, una de las obligaciones primordiales en la atención que el Estado debe otorgar a la formación cultural. Y ya que en nuestra ciudad nos encontramos con que desde hace décadas se ha abandonado esta enseñanza, pusimos en práctica un ambicioso programa de Libro-clubes, que son bibliotecas especializadas en literatura universal para préstamo gratuito a domicilio, sin restricciones.

A la fecha hemos abierto en la ciudad unas doscientos cincuenta de estas bibliotecas en manos de organizaciones vecinales; a las que además de dotar de unos quinientos cincuenta libros para leer, no para estudiar, no para auxiliar a la educación; atendemos semanalmente con un lector en voz alta, que tiene la misión de atraer con su actividad a posibles lectores, de ayudarlos a encontrar el tono de las lecturas y de ir deshaciendo minuciosamente los grumos de la mitología que envuelve en nuestro país a los libros; que como no se

usan, pero se sabe que son importantes, se han convertido en objetos sacros sobre los que se tejen consejas sin cuento: los libros no se deben subrayar, no se debe abrir sus páginas forzando los lomos, ni doblarlas; se debe tomar el libro con la mano izquierda y mantenerlo a una distancia de treinta a cuarenta centímetros de la cabeza; se debe leer sentado con la espalda recta y la luz debe llegar a la página por nuestro lado izquierdo; todo libro que se emprenda debe ser leído hasta el final porque contiene, hasta el más malo, alguna enseñanza útil, y un sin fin más de sandeces que obstaculizan el acercamiento a los libros.

En forma paralela estamos desarrollando una red de información cultural que permitirá a toda la ciudad estar al tanto de la oferta total, pública y privada, de cultura en la ciudad. Carteleras completas de cine, teatro, danza, televisión, radio, museos, galerías, exposiciones temporales, conferencias, mesas redondas, talleres, cursos, escuelas de artes y oficios, recitales, conciertos, tocadás, salones de baile, discotecas, tiendas de música, librerías, bibliotecas, libro-clubes, clubes de lectura, instituciones culturales públicas y privadas, casas, clubes y tiendas de coleccionismo, antigüedades, sitios arqueológicos, lugares de paseo y recreo familiar. Pero no sólo la información telegráfica sino lo más completa posible: dirección, plano de localización, vías de acceso, antecedentes históricos de sitios y construcciones, horarios, precios, condiciones, intérpretes, cupo, reservaciones, responsables, teléfonos, directorio de orquestas, de artistas plásticos, de cantantes, de compañías de teatro y danza, y mucho más.

Esta red estará ubicada en terminales del Metro, en centros comerciales y sitios públicos por toda la ciudad; pero, además, se ubicará en la red de libro-clubes con objeto de que éstos, que son parte de la corresponsabilidad ciudadana en el desarrollo de la cultura, se conviertan en la más importante red de promoción cultural de la ciudad. No sólo como un instrumento de poder para definir políticas de distribución y aprovechamiento de la oferta, sino como una herramienta para que la usen los individuos todos de la sociedad para mejorar su calidad de vida.

La puesta en práctica de estos circuitos de distribución de la oferta cultural es un medio para horizontalizar la cultura; y entendemos este concepto como un proceso para distribuir la oferta cultural más equitativamente y con una perspectiva hacia la formación de nuevos públicos, al menos en tres sentidos: crear y atraer a nuevas audiencias, profundizar el conocimiento en las que ya han accedido a un consumo artístico y cultural en particular, e involucrar a las comunidades en la animación, gestión, financiamiento y promoción de la cultura y las artes.

Acercar de esta manera como entendemos las relaciones entre cultura y desarrollo, me gustaría darles otro ejemplo, de entre los muchos que contiene ya la breve biografía del ICCM, y tiene que ver con un programa que hemos llamado La calle es de todos, que consiste en ofrecer espectáculos musicales y escénicos en la vía pública. Se trata de recuperar la calle para el goce artístico, para el placer de la imaginación y para la convivencia. La Ciudad de México, como ustedes sabrán, ha sufrido en

los últimos años una multiplicación de las guardias privadas y los blindajes, un aumento del temor a la exclusión, una inseguridad personal y también espiritual. Los espacios cercados parecen ser la expresión de una paranoia vecinal y étnica que ve en el otro una amenaza y no una riqueza. A contracorriente de este ánimo colectivo, el Gobierno de la Ciudad de México organiza estos circuitos de participación masiva y gratuita de ofertas musicales de alto nivel. Pero las realiza en corresponsabilidad con los vecinos del lugar, los grupos musicales, los medios y los propios servicios de seguridad de la ciudad. Así, por unas cuantas horas, los conflictos de la segmentación social se reorganizan en el ámbito de la cultura, y se establece una tregua en la competencia cotidiana. Se abre un espacio de tolerancia y convivencia social que sólo la cultura puede brindar. Los acontecimientos artísticos pasan pero no desaparecen, pertenecen al caudal de la riqueza intangible de quienes han participado en ellos.

III

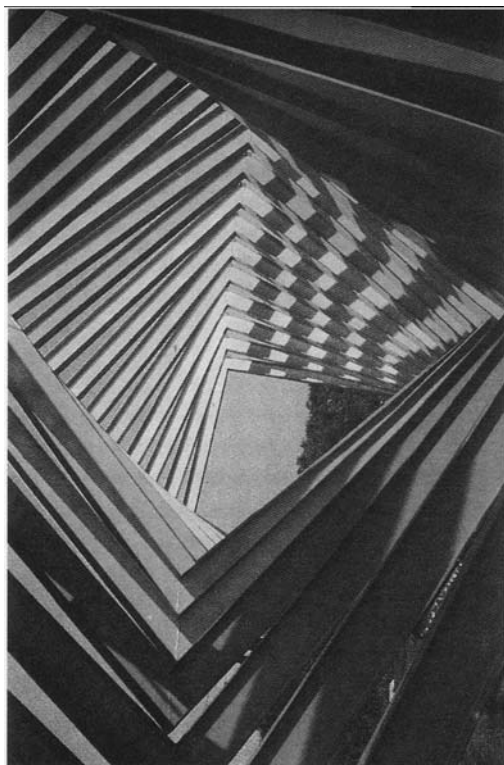
Imaginada como las formas que cada sociedad encuentra para vivir en común, la cultura es la dimensión central del desarrollo. Es una manera de "convivir", una palabra que inventó el idioma Castellano para referirse a la forma en que cohabitaban armoniosamente los cristianos, judíos y musulmanes en la España del siglo XV. Los castellanos tomaron la palabra "convivencia" de Séneca, que la utilizaba para nombrar la forma de estar entre amigos en un banquete. "Vivencia" es también usado como sinónimo de experiencia ganada, y así "conviviendo" quiere decir no sólo

vivir uno junto al otro, sino experimentar la vida juntos.

Volver a la centralidad de la cultura desde el espacio público, significa reorganizar los conflictos dentro de la esfera de la cultura; de tal forma que distintas personas, con distintas

ideas de lo que es vivir mejor, puedan habitar el mismo espacio.

(Congreso Internacional Cultura y Desarrollo, La Habana, marzo de 1999)



El valor de la cultura

Documento sobre la posición de la UNESCO para el Foro del BID sobre Cultura y Desarrollo (Preparado por la Unidad de Políticas Culturales para el Desarrollo)

Banco Interamericano de Desarrollo / UNESCO

París, 11-12 marzo 1999

I. La cultura ha pasado a primer plano

La comprensión y el reconocimiento de que el desarrollo cultural es tan importante para el bienestar como el crecimiento económico ha ganado terreno. Esta ampliación del paradigma de desarrollo se puede explicar en función, al menos, de tres razones.

En primer lugar, y dado que la cultura configura nuestra forma de ver el mundo, cada vez se extiende más la idea de recurrir a lo cultural en búsqueda de energía e inspiración. Frente a la pobreza y la desigualdad crecientes en un mundo marcadamente asimétrico, la degradación del medio ambiente y la falta de creatividad en la solución de problemas, la paz y el desarrollo humano sostenible exigen profundos cambios de actitud. Se reconoce cada vez más que la cultura, con toda su diversidad, es un elemento clave para abordar estos y otros muchos problemas, pues aparte de su valor intrínseco, la diversidad cultural amplía considerablemente la gama de soluciones posibles. Además constituye una reserva de conocimientos y de experiencias sobre formas útiles y adecuadas de hacer las cosas. Para construir un medio para mejorar la gestión de nuestros limitados recursos ambientales, para contrarrestar la dependencia y la opresión política y económica, y contribuir por consiguiente al auténtico respeto de los derechos humanos.

En segundo lugar, las industrias culturales juegan un papel económico cada vez mayor en el contexto de la liberalización de los mercados y los procesos de integración. Con una elevada tasa de crecimiento a medio y largo plazo, que algunos expertos la cifran en torno al 10%, este sector se está consolidando en la economía global como un área estratégica de producción, explotación y de creación de empleo¹. Datos recientes sobre esta cuestión en el Brasil revelan una dimensión que habitualmente no aparece en las evaluaciones de la cultura y su impacto social y económico: en 1997, la producción cultural brasileña generó cerca de 6,5 billones de reales, lo que corresponde aproximadamente al 1% del PIB. Así para cada millón de reales de gasto en cultura el país genera 160 puestos de trabajo².

En tercer lugar, la información y las imágenes que impulsan cada vez en mayor medida el desarrollo de la economía mundial empiezan a transformar los modos en que se crea, comunica, disfruta y, dirían algunos, incluso se define la cultura. Las tecnologías de la comunicación brindan en la actualidad grandes posibilidades de crear vínculos entre culturas, promover interacciones y compartir experiencias y nuevas formas de expresión. El lado negativo de esta interconectividad mundial es que muchos han abrazado la cultura “como medio para oponer resistencia a la entropía del sistema mundial, utilizándola a la vez como baluarte y refugio”³. A medida que los procesos económicos van ganando autonomía respecto de la autoridad política de los países, la erosión de la soberanía provoca temor y turbulencia bajo el impacto de las intrusiones mundializadas de la tecnología, el capital financiero y los medios de comunicación.

Los antiguos equilibrios y estructuras desaparecen y los nuevos que intentan reemplazarlos no han arraigado, lo cual conduce a un recrudescimiento del nacionalismo que tiende a expresarse en términos culturales. La cultura se ha politizado y diversos actores la están utilizando como arma. Estamos viviendo una especie de retribalización, y frecuentemente se termina utilizando la cultura y el pasado como instrumentos para la radicalización y el extremismo. La cultura ha pasado a emplearse como un escudo que protege, pero que también encierra y encarcela, generando no sólo violencia, sino

también exclusión y marginalización.

Estas tres razones explican el hecho de que la cultura ya no se considera como un elemento secundario de la realidad humana, sino como un factor fundamental de la calidad de vida, una dimensión que todo lo abarca, esencial no sólo para la preservación de la identidad, sino también para la gobernabilidad, la ciudadanía, la cohesión social y la creatividad. Por todo ello, y cada vez con mayor insistencia, los ciudadanos están pidiendo a sus representantes políticos que trabajen en pos del bienestar cultural con el mismo ahínco con que trabajan en producción del bienestar económico y social. Les instan a que movilicen todos los recursos de la sociedad, junto con los del sector no gubernamental y la acción ciudadana en general.

Ya han empezado a surgir respuestas a este llamamiento a la acción. Diversos agentes de los sectores público, privado y mixto están reposicionándose y estableciendo nuevas alianzas y estrategias. En América Latina y el Caribe numerosas iniciativas empiezan a adoptar un nuevo enfoque. Se puede mencionar las diferentes cumbres regionales de Presidentes y Jefes de Gobierno, o el Foro de Ministros de Cultura y Responsables de Políticas Culturales, creado hace diez años y con el cual la UNESCO ha colaborado activamente. También se puede citar el Plan Interamericano de Desarrollo (PIC), aprobado recientemente por la Organización de Estados Americanos, los trabajos conjuntos SELA-UNESCO en torno a las estrategias de desarrollo de las industrias culturales, o la reformulación transversal de los

programas del Convenio Andrés Bello dotándolos de una dimensión cultural. También cabe incluir la propuesta del Vaticano de una *Teología de Cultura* para América Latina o los acuerdos de MERCOSUR que incluyen la cultura en la integración económica (Acta de Asunción y reunión de Canela, 1996). Finalmente, se puede mencionar la reunión regional de ministros de cultura, convocada en septiembre de 1998 por el Gobierno brasileño en Río de Janeiro. Bajo los auspicios del BID y de la UNESCO, este encuentro estuvo consagrado a discutir el papel de la cultura en la consolidación de las identidades nacionales, en el fortalecimiento de los derechos civiles y la ciudadanía, así como en el desarrollo económico y social. Como parte de las recomendaciones de esta reunión se incluye la necesidad de apoyar las industrias culturales para atenuar el impacto de la globalización y fortalecer la diversidad cultural y la integración regional.

Este nuevo contexto abre nuevas perspectivas para el Banco Interamericano de Desarrollo⁴.

Sin embargo, no se trata de un fenómeno único a la región latinoamericana y del Caribe. Otros ejemplos emblemáticos ilustran este proceso de movilización mundial en torno a la cultura. Son muchas las iniciativas en marcha a nivel nacional, demasiadas para enumerar aquí. Por ello, sólo examinaremos brevemente algunos ejemplos regionales e internacionales.

Cabe destacar en primer lugar la creación de una red extraoficial de ministros de cultura por la Ministra de Patrimonio Canadiense, señora

Sheila Hopps, cuyos esfuerzos están encaminados a hacer frente al desafío de dar sostenibilidad a las culturas locales y nacionales en un mundo en que “la información es poder” y donde el cien, la televisión y la prensa moldean las actitudes, las convenciones que determinan los estilos y comportamientos, y refuerzan o menoscaban los valores centrales de las sociedades.

Otro hito importante ha sido la decisión del Gobierno francés de retirarse de las negociaciones relativas al Acuerdo Multilateral sobre Inversiones de la OCDE, por considerar, entre otras cosas, que la libertad de inversión llevaría a una disolución de las identidades culturales en un sistema económico internacional uniforme. Respondiendo a las fuertes presiones ejercidas por activistas culturales y la opinión pública, las autoridades francesas están uniendo fuerzas con el Canadá para lograr que se fomente el pluralismo cultural en la economía mundial. Ambos gobiernos han iniciado una intensa campaña para defender la soberanía nacional, la diversidad y el pluralismo cultural.

Con la Conferencia Internacional “La cultura y el desarrollo en el milenio: desafíos y respuestas” organizada con el copatrocinio de la UNESCO en Washington en vísperas de su reunión anual de septiembre de 1998, el Banco Mundial ha reconocido asimismo, en palabras de su presidente James Wolfenson “que el respeto por la cultura y la identidad de los pueblos es un importante elemento de cualquier enfoque viable de un desarrollo centrado en el individuo... no creemos que sea posible avanzar si no se reconocen nuestros antecedentes y el pasado del que procedemos”. Es con este

espíritu con el que el Banco está preparando su nueva estrategia sobre la cultura y el desarrollo y con el que se ha creado una Red de acción de cultura y desarrollo para coordinar los esfuerzos de diversas organizaciones, tanto públicas como privadas, internacionales y regionales, activamente implicadas en tareas de conservación cultural.

II. La contribución de la UNESCO a esta concienciación

II.1 Conceptos y principios: una función ética

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la UNESCO ha estado a la vanguardia del fomento de la paz y el entendimiento internacional. En el cumplimiento de su mandato constitucional de “alcanzar gradualmente, mediante la cooperación de las naciones del mundo en las esferas de la educación, de la ciencia y de la cultura, los objetivos de paz internacional”, la Organización ha contribuido a fomentar en el plano mundial la conciencia de que una paz justa y duradera no puede basarse únicamente en acuerdos económicos y políticos, sino que requiere la “solidaridad intelectual y moral” de la humanidad. Este principio constituye el fundamento mismo del mandato ético de la UNESCO.

La defensa de la necesaria vinculación entre la cultura y otros ámbitos más amplios del desempeño humano empezó a ser presentada en una fase muy temprana de la historia de la Organización destacándose el diálogo intercultural como estrategia clave para la consolidación de la paz. En 1948, se puso en marcha un programa de traducción de obras

literarias clásicas y contemporáneas —la Colección UNESCO de Obras Representativas. En este mismo espíritu se enmarca en 1950 la preparación de una historia sobre *El desarrollo científico y cultural de la humanidad*, que evoluciona más tarde hacia la creación de historias regionales (África, América Latina, Caribe, Asia Central, Islam), y fija como objetivo la necesidad de revisar una historia marcadamente eurocéntrica.

En 1953, se crea la colección Unidad y diversidad cultural, un análisis de las diferentes culturas y sus relaciones mutuas. En 1957, se pone en marcha el proyecto Reconocimiento mutuo de los valores culturales de Occidente y Oriente, inaugurando el debate sobre la afirmación y el enriquecimiento de las identidades, y la promoción del diálogo intercultural. Este debate se convertirá en uno de los grandes ejes de la acción de la Organización, y se irá adaptando en función de la aparición de nuevas realidades geopolíticas y geoculturales, especialmente con el surgimiento de nuevas naciones independientes.

Prosiguiendo con su función de establecimiento de normas, ya iniciada en 1950 con el Acuerdo de Florencia y la Convención de La Haya (1954)⁵, la UNESCO adopta en 1966 la Declaración de principios sobre cooperación internacional en la que se formula “el derecho y deber de los pueblos a poder desarrollar su propia cultura”.

En 1970, René Maheu, entonces Director General de la UNESCO, podía decir al mundo: “El hombre es el agente y la finalidad del desarrollo. Y este hombre, no es la

abstracción unidimensional del homo economicus; es el ser concreto de la persona en la pluralidad indefinida de sus necesidades, de sus posibilidades y de sus aspiraciones... El centro de gravedad de la noción de desarrollo se ha desplazado pues de lo económico hacia lo social y hemos llegado ya a un punto en que esta evolución desemboca en lo cultural.”⁶

La Declaración adoptada por la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales que celebró la UNESCO en Ciudad de México en 1982 confirmaba estas palabras proféticas, afirmando que “Sólo puede asegurarse un desarrollo equilibrado mediante la integración de los factores culturales en las estrategias para alcanzarlo”. La Declaración de México incluía asimismo la célebre definición amplia de cultura que establecía un vínculo irrevocable entre ésta y el desarrollo⁷. Esta Declaración también dio lugar a la proclamación, en 1988, del Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural por la UNESCO y las Naciones Unidas conjuntamente, con los cuatro objetivos siguientes:

sensibilizar a la relación entre cultura y desarrollo, reconociendo la dimensión cultural de este último;
afirmar y potenciar las identidades culturales;
ampliar la participación en la vida cultural, y
promover la cooperación cultural en el plano internacional.

La comisión mundial de cultura y desarrollo

A finales de la década de los ochenta ya había arraigado la idea de que el desarrollo constituía una

empresa mucho más compleja de lo que se había pensado en un principio. El informe de la Comisión Brundtland, *Nuestro Futuro Común*, representó un importante avance conceptual, al situar al desarrollo en un marco más amplio, ambiental e inter-generacional. El paradigma del desarrollo se amplió aún más con el concepto de desarrollo humano elaborado en el *Informe sobre Desarrollo Humano* del PNUD. Aún cuando el concepto abarcara implícitamente a la cultura, ésta no fue introducida de forma explícita. Este paso va a venir después. En 1995, la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, organismo independiente creado conjuntamente por la UNESCO y las Naciones Unidas y presidido por el señor Javier Pérez de Cuéllar, dio el siguiente paso, demostrando que el desarrollo debe tener en cuenta “la realización de la vida humana bajo sus múltiples formas y en su totalidad”. El desarrollo no sólo debe ser sostenible, también tiene que ser cultural.

El informe de la Comisión *Nuestra Diversidad Creativa*, proporcionó un marco nuevo que ponía en relación la cultura y el desarrollo con cuestiones claves de política de nuestro tiempo. Ante el llamamiento hecho por la Comisión a la UNESCO para que encabezara un proceso de reflexión en el que los gobiernos y sus interlocutores consideraran el lugar y alcance de sus políticas culturales en el contexto del desarrollo, la Organización celebró en Estocolmo en marzo-abril de 1998 la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo. *El Plan de Acción* aprobado por esta Conferencia estableció los cinco objetivos de política siguientes:

hacer de la política cultural un componente clave de la estrategia de desarrollo;
promover la creatividad y la participación en la vida cultural;
reforzar las medidas destinadas a preservar el patrimonio cultural y fomentar las industrias culturales;
promover la diversidad cultural y lingüística en la sociedad de la información; y destinar más recursos humanos y financieros al desarrollo cultural.

Siguiendo otra recomendación de la Comisión Pérez de Cuéllar, la UNESCO publicó en 1998 el primer número de un nuevo Informe Mundial de cultura, destinado a estudiar las últimas tendencias en la cultura y el desarrollo, seguir de cerca la evolución de la cultura en el mundo, elaborar indicadores culturales cuantitativos, destacar prácticas y políticas culturales ejemplares, y analizar temas específicos de importancia general y formular propuestas de políticas al respecto. En efecto, es fundamental elaborar instrumentos analíticos para obtener datos comparativos concretos en este ámbito todavía poco explorado, con objeto de arrojar nueva luz sobre la relación recíproca entre valores, comportamientos culturales, conductas, la práctica real y sus repercusiones de los programas y proyectos de desarrollo.

Nos encontramos hoy en una fase crucial en la elucidación de las relaciones entre cultura y desarrollo. ¿Cuáles son los principales mensajes que la UNESCO desea compartir con el Banco Interamericano de Desarrollo?

El concepto de cultura

UNESCO utiliza el concepto de cultura, del que se han dado literalmente centenares de definiciones, en varios niveles interrelacionados:

Primero, como las diferentes manifestaciones de la creatividad intelectual y artística humana, pasada y presente. Estas, junto con los individuos y las instituciones responsables de su transmisión y renovación, constituyen lo que se considera comúnmente como el sector cultural, un ámbito de política diferenciado. En este ámbito, lo que interesa en primer lugar son las diferentes expresiones de creatividad, definiéndose tanto a los artistas como a las formas artísticas en un sentido amplio.

Segundo, la UNESCO también se interesa en cómo estas manifestaciones de las aspiraciones de los seres humanos y de la creatividad, pueden servir de instrumentos que añadan valor a otras esferas, como el empleo o la solidaridad social.

Tercero, la UNESCO considera la cultura como un acervo de recursos en los que los individuos y las comunidades pueden buscar inspiración y orientación

Por último, la UNESCO coincide con la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo en entender la cultura como la “forma de vivir juntos”, como los valores integradores que constituyen una fuente intrínseca de motivación y energía individuales y sociales.

Al emplear estos diferentes niveles, UNESCO considera la cultura y las culturas en tanto que realidades dinámicas e interactivas y evita la llamada visión “culturalista” que entiende la cultura “como una unidad homogénea, integral y

coherente”. Las culturas no pueden examinarse ya “como si fueran islas de un archipiélago. La mundialización contemporánea de la vida económica, política y social, ha dado lugar a una penetración y superposición culturales aún mayores, a la coexistencia en un determinado espacio social de diversas tradiciones culturales...” Por consiguiente, “es necesario examinar los espacios y condiciones locales específicos, y buscar la forma de que estos espacios puedan adaptarse, reaccionar, resistir o transformarse creativamente ante las amenazas y oportunidades procedentes del exterior”.⁸

Dichas perspectivas, que consideran la cultura como la fuerza creativa que ayuda a las personas a crecer y a las sociedades a cambiar, están estrechamente relacionadas con los conceptos “capital social” y “capital cultural”. No obstante, ambos conceptos son más fáciles de explicar en teoría que de demostrar empíricamente. Con todo, ambos tienen repercusiones importantes respecto al crecimiento, la sostenibilidad y la evaluación de las inversiones.

El papel constitutivo de la cultura

Un principio fundamental que nace de los usos que la UNESCO da a la noción de cultura, es el que el aspecto constitutivo de la cultura es tan importante, sino más, que su función instrumental. Ambos aspectos fueron analizados por la Comisión Pérez de Cuéllar, que puso en guardia sobre el peligro de considerar la cultura como un simple medio para el logro de objetivos económicos o de otro tipo. No cabe duda de que esta perspectiva es importante, por

cuanto el crecimiento económico está extremadamente valorado por lo general. Pero incluso quienes así piensan deben preguntarse si el crecimiento económico debe ser valorado en sí mismo, o si sólo constituye un instrumento para conseguir otros fines. Hay pues motivos para considerar que la función del crecimiento económico es menos fundamental que la de otros aspectos de la vida humana, en particular el cultural. Si reflexionáramos al respecto, seguramente la mayoría de nosotros prefiere valorar los bienes y los servicios por su contribución a nuestra libertad para vivir como deseamos. Una vez aceptado esto, el desarrollo se ve como un proceso que potencia la libertad efectiva del individuo para conseguir aquello que tiene motivos para valorar, como escribió el Premio Nobel de Economía Amartya Sen en su contribución al trabajo de la Comisión Mundial⁹.

No cabe duda de que la cultura ha de desempeñar una función instrumental en relación con los objetivos económicos, sociales o ambientales considerados convenientes en una determinada sociedad. En una sociedad sostenible, no obstante, la cultura será el árbitro en las difíciles negociaciones entre partes en conflicto, el “tribunal de apelación definitivo” para los objetivos de desarrollo, no sólo el “servidor de los fines sino... la base social de los propios fines”, un factor de desarrollo pero también la “fuente de nuestro progreso y creatividad”. Como señaló la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, una vez que cambiamos de perspectiva y dejamos asignar un papel puramente instrumental a la cultura para atribuirle un papel constructivo, constitutivo y creativo, nos vemos

abocados a concebir el desarrollo en términos que incluyan el crecimiento cultural¹⁰.

En otras palabras, si bien es cierto que invertir en cultura es un elemento importante para el desarrollo económico, invertir en desarrollo teniendo en cuenta la cultura de cada grupo humano es todavía más importante. Invertir en cultura significa un desarrollo sectorial. Invertir teniendo en cuenta la cultura, implica conseguir un desarrollo humano sostenible. De ahí que la atención especial que empiezan a prestar instituciones financieras como el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial al valor intrínseco y de bien público de la cultura sea particularmente importante.



Ahora bien, ¿cómo se puede aplicar estas propuestas de la UNESCO para entender la cultura y el desarrollo, que a diferencia de las propuestas modernizadoras de los años sesenta y principios de los setenta, no consideran que la transformación de los valores culturales sea un requisito para el bienestar, sino que entienden la cultura como el marco de referencia general que nos proporciona los recursos y materiales para la

construcción del futuro? Esta pregunta se puede modular en función de cinco grandes principios:

1. Cultura y gobernabilidad democrática

No es posible lograr el desarrollo sin la plena participación de todos los interesados. Las políticas y las inversiones más productivas son las que permiten al individuo aumentar al máximo sus capacidades, recursos y oportunidades. La democracia, mucho más allá de una forma de organización política caracterizada en la elección periódica de los responsables públicos, es el valor fundamental que otorga a la persona humana la capacidad de regir su destino, tanto

en el plano individual como colectivo. La participación en el sentido democrático conlleva la integración de todas las piezas fundamentales que conforman el tejido social. Es precisamente a través de la libre expresión de todos sus miembros que la democracia consigue enraizarse profundamente en la práctica cotidiana. La legitimidad del proceso democrático descansa pues en gran medida en las posibilidades de la sociedad civil

de expresar su voluntad a través de los diversos canales e instancias de participación, en un proceso retroactivo que consolida la propia democracia.

Las formas democráticas refuerzan el sentido de pertenencia del individuo a un proyecto colectivo, ofreciendo una respuesta válida a los problemas identitarios que caracterizan a nuestras sociedades multiculturales de fin de siglo. Hoy día, los principios democráticos conllevan la aplicación de una "política de inclusión", pues sólo mediante la multiplicación de actores, es decir, dando espacio a los movimientos sociales, grupos artísticos, medios de comunicación independientes, sindicatos, grupos étnicos, asociaciones de consumidores, se puede favorecer el desarrollo democrático y la representación de múltiples identidades y voluntades.

Cultura y democracia son en definitiva dos nexos retroactivos que se consolidan y se refuerzan el uno con el otro. Cada vez existen más indicios de que si un gobierno no rinde cuentas a sus ciudadanos es improbable que cuente con instituciones que le permitan superar una crisis financiera, y aún menos encauzar el desarrollo hacia una sostenibilidad a largo plazo. Si se entiende por gobernabilidad un proceso de establecimiento de normas y creación de espacios en que pueden expresarse diferentes demandas e intereses (a menudo con objetivos en conflicto) y en que pueden negociarse y después ponerse en práctica, no puede referirse únicamente a una capacidad para invertir, sino también a una capacidad para dirigir el cambio y crear el marco que precisan los procesos democráticos de una adopción de decisiones

basadas en la comunidad. Por ello, la UNESCO ha puesto gran empeño en fomentar una cultura de democracia, que es una de las claves del éxito de las reformas democráticas. Aunque no pueda haber un modelo único de democracia para todos los países, por cuanto los valores y conductas democráticos reflejan necesariamente la especificidad cultural de una determinada sociedad, es posible señalar determinados principios, valores y prácticas generales fundamentales para el correcto funcionamiento de la democracia.

2. La cultura es fundamental para la paz y el desarrollo sostenible

Uno de los fenómenos más perturbadores que ha surgido a lo largo de las últimas décadas ha sido la aparición de una cultura de violencia. De los recientes conflictos armados, la mayor parte han tenido lugar en el interior de las fronteras nacionales y no entre países. El 90% de las víctimas han sido civiles y no militares. Para mucha gente, la violencia se está convirtiendo en "una forma de vida" formando parte de la cotidianeidad más banal. No hay tarea más urgente que reemplazar la cultura dominante de la violencia por una cultura de paz. Una cultura de paz es tanto una experiencia vital como un enfoque innovador para intentar dar cohesión al tejido social de cada una de las sociedades. Se trata de un enfoque polifacético, que puede establecer una relación auténticamente interactiva entre la paz, la democracia y el desarrollo. Una de las claves de su éxito serán las actitudes ante la diversidad humana en que pueda basarse un diálogo positivo intercultural. Es preciso hallar nuevos

ordenamientos sociales, nuevas formas de vivir en comunidad, de gobierno que permitan la expresión del derecho a la diferencia al tiempo que mantengan una voluntad compartida para que podamos vivir en paz y cooperar, y gracias a ello sostener formas de vida viable en nuestro planeta.

La cultura es central no sólo para la paz sino también para el medio ambiente. La analogía entre la diversidad cultural y la diversidad biológica, entre los valores culturales y las formas de cumplir con la responsabilidad mundial de lograr un medio ambiente sostenible apunta, por un lado, al hecho de que las culturas no pueden sobrevivir si se destruye o empobrece el medio ambiente del que dependen. Por otro lado, la relación de la humanidad con el medio ambiente natural se ha considerado hasta ahora sobre todo en términos biofísicos pero, cada vez más, se reconoce que el medio ambiente está íntimamente ligado a la actividad de los grupos humanos, al uso que hacen de los recursos naturales y al valor y significados que atribuyen a sus ecosistemas. La cultura debería ser tratada, por consiguiente, como un recurso sostenible para el mantenimiento de la diversidad y la creación de nuestras reservas de futuros recursos intelectuales.

3. La diversidad cultural es un imperativo político fundamental

Garantizar la diversidad en un mundo global se ha convertido en un principio fundamental, ya que no podemos basar únicamente en los valores del mercado nuestras definiciones de lo que es una buena sociedad. Así como la mundialización estrecha los lazos

entre las culturas, contribuye a un fructífero intercambio cultural y enriquece las interacciones entre las culturas, también provoca una creciente uniformización de la práctica humana en las distintas culturas. Es necesario movilizar esfuerzos tanto a nivel local como mundial para preservar la pluralidad de los valores, los procesos y los productos culturales. En las naciones, el único modo de conseguir estabilidad democrática en países multiculturales —y hoy día casi todos los países lo son— es hacer de las sociedades, sociedades abiertas en las que todos los grupos étnicos y culturales tengan los mismos privilegios, las mismas ventajas y obligaciones. A este respecto el acceso a los recursos culturales constituye una cuestión política de crucial importancia. Todo el mundo debiera poder beneficiarse de la circulación internacional de bienes culturales, cuya diversidad en lo que se refiere a la producción y la distribución es fundamental mantener.

4. La cultura constituye el fundamento de la memoria colectiva y la identidad

Los recursos culturales materiales e inmateriales son la encarnación de la memoria colectiva de las comunidades del mundo, ya que todas ellas se inspiran en el pasado, buscan en él su significado y lo utilizan para dar sentido al presente y el futuro. El patrimonio es además un vehículo privilegiado para la construcción del diálogo intercultural pues constituye el espacio físico y temporal donde se produce el encuentro entre las culturas. Ahora bien, el patrimonio no sólo lo componen sitios y monumentos, sino también una

multitud de objetos artísticos y piezas de artesanía, documentos y manuscritos, tradiciones orales y expresiones culturales en todas sus formas, incluidas las artes del espectáculo. La salvaguardia de estas creaciones de nuestros ancestros debe correr pareja con el fomento de la creación de nuestros contemporáneos. Las interpretaciones y la utilización actual de este patrimonio cultural tienden todavía a estar dominados por una combinación de criterios estéticos e historicistas que es preciso ampliar para que cada sociedad pueda evaluar la naturaleza y precariedad de sus recursos patrimoniales y determinar el uso que desea hacer de ellos en el futuro. Al hacerlo, se podrá lograr que la cultura de realmente a todos los ciudadanos un sentimiento de pertenencia y de compartir objetivos comunes.

5. El sector cultural es una fuente de ingresos y empleo

La doble faceta de las industrias culturales, que constituyen a la vez una fuente de identidad y valor espiritual además de un amplio sector económico en sí mismo, exige un doble enfoque: por un lado, aprovechar al máximo su potencial de contribución a la economía y, por otro, favorecer la difusión nacional, regional y mundial de la creatividad cultural endógena, ya sea en las artes del espectáculo, en el sector audiovisual y en los medios de comunicación, la literatura o la artesanía, a fin de que en ninguno de estos sectores nos encontremos con la presencia exclusiva de productos culturales extranjeros. Por la misma razón, todos y cada uno de los seres humanos debería poder conocer una gran variedad de expresiones

culturales y ser capaz de apreciarlas, con la ayuda de nuevo instrumentos tecnológicos destinados a promover la diversidad frente a la uniformidad. En ambos casos, es preciso introducir en el sector cultural un espíritu de empresa. Para abrirse camino, el sector tiene que mejorar la gestión de sus recursos humanos, financieros y culturales y organizarse él mismo mejor, aprovechando más eficazmente sus posibilidades y realizando sus actividades con mayor eficiencia.

II.2 Programas y proyectos concretos

1. Conservación del patrimonio

La UNESCO ha liderado la cooperación internacional en diversos terrenos concretos relacionados con las interacciones entre cultura y desarrollo. Su labor más destacada ha sido la realizada al frente del movimiento de conservación del patrimonio, al ser el primer organismo que demostró que los recursos culturales y naturales de nuestro planeta son el legado de todos y que, por consiguiente, todos somos responsables al respecto; que los recursos culturales materiales e inmateriales que representan la memoria colectiva de las comunidades en todo el mundo y respaldan su sentimiento de identidad y su autoestima son recursos fundamentalmente no renovables.

En este ámbito, como en otros muchos, la UNESCO ha establecido normas internacionales de práctica y comportamiento. Entre los acuerdos suscritos por los países bajo sus auspicios, sin duda el más importante e innovador es la Convención del Patrimonio Mundial,

por cuanto crea un marco de principios y prevé la intervención activa sobre el terreno. Hasta la fecha, la han firmado 155 Estados, lo que la convierte en el acuerdo más ampliamente ratificado del mundo en el ámbito de la conservación del patrimonio y en un mecanismo eficaz de cooperación internacional para el respeto y la preservación de los 552 sitios inscritos en la actualidad en la Lista del Patrimonio Mundial.

Las campañas internacionales de la UNESCO para la protección de los monumentos más notables han recibido un apoyo espectacular. El traslado de los amenazados templos de Abu Simbel a su nuevo sitio a orillas del Nilo fue una de las más grandes hazañas de la ingeniería de todos los tiempos. Movilizó no sólo millones de dólares, sino también a un gran número de especialistas para hallar las soluciones originales que se precisaban y realizar una exhaustiva documentación de los muchos monumentos y sitios que de otra manera hubiesen quedado finalmente sumergidos en las aguas del lago Nasser. Hasta la fecha, la UNESCO ha participado en 26 campañas, entre las que cabe destacar, aparte de la iniciada en 1960 para salvar los monumentos de Nubia, las siguientes: Venecia (Italia, 1966), Moenjodaro (Pakistán, 1974), el casco antiguo de La Habana, en particular la Plaza Vieja (Cuba, 1983), Angkor (Camboya, 1991) y Mostar/Sarajevo (Bosnia y Herzegovina, 1995).

Además de fomentar la conciencia para la salvaguarda y valoración de bienes culturales a través de la cooperación con los países para la adopción de las medidas legales pertinentes¹¹, UNESCO ha sido clave para formación de personal y

la ejecución de proyectos. Sitios arqueológicos, ciudades, paisajes culturales, innumerables bienes muebles han sido de esta manera rescatados y forman parte de los acervos nacionales.

Con todo, la UNESCO no se ha centrado simplemente en los monumentos, ya que ha ampliado el ámbito de la conservación arquitectónica para incluir el entorno y todo el entramado urbano de las estructuras histórica y socialmente importantes, y ha subrayado el vínculo entre la rehabilitación urbana y la vida contemporánea. Pero, sobre todo, la Organización ha puesto de relieve la fragilidad y el valor del patrimonio inmaterial que albergan los corazones, las mentes y los recursos de las gentes, un patrimonio constituido de elementos tan diversos como la lengua, las tradiciones orales, las costumbres, la música, la danza, los rituales, los festivales y la medicina tradicional. Actualmente la UNESCO está estableciendo procedimientos internacionales para la proclamación de "obras maestras del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad" y recabar apoyo para la salvaguardia y revitalización de los espacios culturales o las formas de expresión cultural identificados.

En el marco del Plan de Acción del Decenio Internacional de las Poblaciones Indígenas del Mundo (1993-2004), la UNESCO ha prestado especial atención a la mejora de las capacidades de los pueblos indígenas, apoyando proyectos de educación bilingüe, de salvaguardia de los conocimientos tradicionales, en particular en relación con la protección del medio ambiente, y de fomento de la artesanía y la literatura indígena contemporánea. Asimismo, la Organización ha contribuido de

forma activa al Fondo para el Desarrollo de los Pueblos de América Latina y el Caribe, con sede en La Paz (Bolivia).

También se está prestando un apoyo importante al programa de desarrollo de los pueblos Maya como parte de la aplicación de los diferentes acuerdos de paz en Guatemala. En 1997 se inició un proyecto titulado "Derechos humanos y poblacionales indígenas en Guatemala" con la colaboración de la agencia danesa de cooperación para el desarrollo DANIDA. Su objetivo es preparar a personas para que ejerzan el liderazgo a nivel local. En la región del Amazonas (Ecuador) se está ejecutando un proyecto similar. La prioridad en estos programas son las actividades educativas y de capacitación. Los derechos humanos son universales, pero el fomento de los derechos humanos de las poblaciones indígenas exige una especial sensibilidad ante determinadas situaciones que tenga en cuenta, de acuerdo con las tradiciones culturales, el carácter colectivo de los derechos de dichas poblaciones.

2. *Diálogo Intercultural*

La UNESCO, que durante las décadas de los sesenta y setenta contribuyó de forma decisiva a la afirmación en todo el mundo de las identidades culturales tras la descolonización, promueve hoy estas cuestiones de muy diferentes maneras, en particular mediante una serie de proyectos para estudiar las rutas que han puesto en comunicación a las poblaciones del mundo desde tiempos inmemoriales: Las Rutas de la Seda, La Ruta del Hierro, Las Rutas de la Fe, Las Rutas de Al-Andalus y La Ruta del Esclavo. El objetivo de estos pro-

yectos interculturales es destacar la dinámica de la interacción entre las culturas y las civilizaciones, estudiando el pasado para entender mejor el mundo actual.

El proyecto La Ruta del Esclavo potencia en particular el estudio multidisciplinario de la historia de la trata de esclavos a fin de conocer mejor sus repercusiones culturales, sociales y religiosas y permitir así a todos los interesados reconocer su patrimonio común. En el marco de este proyecto, se han puesto en marcha nuevas redes de cooperación y un programa de turismo cultural para África, América Latina y el Caribe destinado a restaurar y promover sitios, monumentos, obras conmemorativas y manifestaciones culturales relacionadas con la trata de esclavos. En otro orden de cosas, pero también relacionado con el interculturalismo, se están creando museos sobre este tema y el 23 de agosto se celebrará el Día Internacional del Recuerdo de la Trata de Esclavos y de su Abolición. El recientemente instaurado Premio UNESCO Ciudades por la Paz se otorga en reconocimiento a las políticas y acciones municipales que promueven la cohesión social, mejoran los niveles de vida y crean un entorno urbano basado en el respeto de la diversidad cultural, el fomento de una vecindad solidaria y una ciudadanía activa.

La Organización ha prestado asesoramiento y apoyo en relación con nuevos enfoques interdisciplinarios de las historias culturales. Especialistas de alto nivel han esclarecido la historia de las distintas culturas regionales y la compleja red de relaciones existentes entre ellas. La obra más conocida que ha surgido de esta labor en la Historia General de

África, un monumento de erudición sinóptica y transnacional, cuya realización se inició en 1964 y cuyos ocho volúmenes han sido publicados conjuntamente por editoriales universitarias y la U. Otras series de historia en varios volúmenes publicadas por la Organización que arrojan nueva luz sobre el desarrollo de la humanidad en toda su complejidad y con todas sus contradicciones son la Historia de la Humanidad, la Historia de las Civilizaciones de Asia Central, Aspectos de las Culturas Islámicas y la Historia del Caribe. Mención aparte merecen los nueve volúmenes de la Historia General de América Latina. Frente a las numerosas historias regionales ya existentes, la singularidad de este proyecto es que se basa en la historia social —tradiciones culinarias, nacimiento de los movimientos democráticos, evolución de las lenguas o de las tradiciones arquitectónicas— centrándose en las características comunes, más que en las guerras y los conflictos que han dividido a los pueblos de la región.

3. Derecho de autor, creatividad e industrias culturales

En el decenio de los setenta, a raíz de la celebración del Año Internacional del Libro (1972), la UNESCO puso en marcha un importante programa mundial de fomento del libro. Basándose en el com-promiso político de alto nivel y en el diálogo constructivo entre los sectores público y privado en muchos países, se ha estimulado la creación literaria nacional y la industria del libro, se ha beneficiado de políticas fiscales favorables, de un acceso privilegiado a los préstamos bancarios, de un mercado de los libros de texto más amplio, de tarifas

postales preferentes, de incentivos a la exportación, etc. Desde entonces, las ventas de libros se han visto impulsadas en muchos países por políticas arancelarias y tipos de cambio adaptados al carácter específico y dual del sector del libro, a la vez cultural y comercial. Se ha fomentado la lectura mediante la coordinación de sistemas de bibliotecas nacionales, campañas rurales de lectura, investigaciones sobre hábitos de lectura, publicidad institucional, etc. El Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor, celebrado por iniciativa de la UNESCO, ha logrado que más de sesenta países se movilicen a fin de fomentar la lectura. Campañas regionales de lectura como *Periódicos* han distribuido más de veinte millones de ejemplares gratuitos de libros de calidad. La UNESCO también ha contribuido a la creación de eficaces organismos especializados de ámbito regional para el fomento del libro, como CERLALC (Bogotá).

Defender la "libre circulación de las ideas a través de las palabras y la imagen", ha sido desde su adopción, en 1950, la principal línea de fuerza del *Acuerdo para la importación de objetos de carácter educativo, científico o cultural*, también conocido como el Acuerdo de Florencia. Este acuerdo, adoptado bajo los auspicios de la UNESCO, constituye el primer tratado de comercio internacional. Desde su adopción ha contribuido considerablemente a la eliminación de tarifas aduaneras y arancelarias, así como otros obstáculos comerciales para la circulación internacional de bienes culturales.

Hoy, tras 59 años de aplicación, el Acuerdo de Florencia y su Protocolo

de Nairobi, cobran nueva vigencia ante los dilemas que plantean los acuerdos de libre comercio en un entorno globalizado, dominado por las fuerzas del mercado. Efectivamente, el Acuerdo ofrece a 92 Estados signatarios la posibilidad de tomar medidas discrecionales para preservar la diversidad cultural y desarrollar sus industrias culturales domésticas.

La Convención Universal sobre los Derechos de Autor fue adoptada en 1952 para facilitar la entrada de los países en desarrollo, pero también de los EEUU y la URSS, en el mercado de los derechos mundiales, dando debida consideración a los entornos culturales y económicos de cada país. Como depositaria de este importante instrumento internacional, que ha sido ratificado por 98 Estados y que ha introducido el conocido símbolo de ©, la UNESCO ha contribuido al debate internacional sobre los derechos de autor, debate que adquiere hoy, en el contexto de las nuevas tecnologías, gran relevancia, tanto en términos culturales como económicos.

UNESCO también co-administra la Convención de Roma con la OMPI y OIT, y las Convenciones de Fonogramas y la de Satélite con la OMPI. Además proporciona asistencia jurídica y legal a sus Estados Miembros en materia de derechos de autor y derechos conexos. Finalmente y siguiendo las recomendaciones del Congreso Mundial sobre Educación del Derecho de Autor, la Organización ha introducido esta materia como disciplina universitaria, elaborando los currículos académicos y los manuales de texto que utilizan ya más de 15 cátedras UNESCO de Derecho de Autor en América Latina.

En resumidas cuentas, la UNESCO ha prestado especial importancia a la noción de industrias culturales, haciendo resaltar la convergencia —y la importancia estratégica— de sectores como la industria cinematográfica y la audiovisual, la industria del disco y los multimedia. Se han elaborado políticas y estrategias de cooperación encaminadas al fomento de estos sectores que están experimentando una expansión cada vez mayor y en los que la concentración de la propiedad pone también en peligro la diversidad cultural.

La Organización ha promovido también indirectamente las artes vivas, apoyando la labor de las principales organizaciones no gubernamentales que trabajan en las distintas disciplinas artísticas. Ha prestado apoyo a la formación de artistas mediante su programa de becas y las Becas para Artistas UNESCO-ASCHBERG, fomentando asimismo la educación artística. Ha aportado una contribución a cuestiones esenciales como los derechos de los artistas y sus condiciones de empleo mediante la Recomendación de 1980 relativa a la condición del artista, que ha vuelto recientemente a recibir un nuevo impulso gracias al Congreso Mundial sobre la Aplicación de la Recomendación relativa a la Condición del Artista, celebrado en 1997. Desde el decenio de los ochenta ha venido creando mecanismos destinados a fomentar la artesanía y el diseño contemporáneos como sector creativo propiamente dicho con miras a potenciar la generación de empleo, lucha contra la pobreza, dar mayor autonomía a la mujer y contribuir al fomento del turismo cultural en los países en desarrollo. Premios y concursos interna-

cionales, como Diseño 21, participación de artesanos de países en desarrollo en grandes ferias internacionales de artesanía, fortalecimiento de infraestructuras nacionales y de ONG especializadas, y análisis mundial, en colaboración con el Centro Internacional de Comercio de la OMC, del lugar que ocupa la artesanía en el comercio mundial: todas estas actividades no son más que unos cuantos ejemplos de los logros de la Organización en la aplicación de su Plan de Acción Decenal para el Desarrollo de la Artesanía, cuya primera mitad acaba de concluir.

Los proyectos de la UNESCO, como el relativo al turismo cultural en América Latina y el Caribe, han sido concebidos para añadir a la dimensión estrictamente económica los valores sociales e incluir componentes culturales en el desarrollo del turismo. Fundado en elementos básicos de la identidad de América Latina (los de las luchas por la liberación o los de las poblaciones precolombinas) y en la integración de las poblaciones locales, se trata de un modelo de turismo cultural que puede hacer frente a las contradicciones derivadas de la expansión incontrolada de las actividades turísticas y a sus consecuencias, como las drogas, turismo sexual, la degradación del medio ambiente, etcétera.

4. Cultura y democracia

Respecto a la promoción de una cultura democrática, la UNESCO se ha consagrado a crear las condiciones de tolerancia, civismo, educación y libertad de expresión que caracterizan una cultura democrática. Enseñar la cultura democrática, difundirla, practicarla, experimentarla y defenderla son los

objetivos que la Organización ha hecho suyos. En este marco, la UNESCO ha organizado importantes conferencias internacionales sobre este tema: *Cultura Democrática y Desarrollo* (Montevideo, 1990), *Foro sobre Cultura y Democracia* (Praga, 1991), *Educación para la Democracia* (Túnez, 1992), *Educación para los Derechos Humanos y la Democracia* (Montreal, 1993) y *La Democracia y la Tolerancia* (Seúl, 1994). A este respecto, el proyecto sobre el Desarrollo Político y los Principios Democráticos (DEMOS), ha movilizado a figuras destacadas de América Latina y el Caribe en búsqueda de una nueva cultura política —una necesidad que se ha manifestado de manera muy intensa en la región durante los últimos años. De carácter eminentemente intelectual, este importante proyecto se estructuró en cinco “laboratorios” que trataron el tema de las relaciones entre el desarrollo democrático, la modernización económica y la exclusión social, y que llevaron en 1997 a la celebración de la Cumbre de Brasilia sobre desarrollo político y los principios democráticos, bajo el título de Gobernar la Globalización. El consenso a que se llegó en esta cumbre regional da testimonio de la voluntad de los países de América Latina de hacer frente juntos, con una mentalidad de humanismo contemporáneo, a los desafíos que plantea el buen gobierno democrático. Actualmente, el proceso se está ampliando a otros lugares mediante el lanzamiento de un proyecto DEMOS para África en Maputo, Mozambique, en julio de 1998.

En estos ámbitos de acción, la UNESCO ha sabido prever y

dilucidar cuáles serán los nuevos problemas y necesidades, proporcionando un análisis mundial de las nuevas tendencias y necesidades, estableciendo criterios para determinar cuáles son las respuestas adecuadas a los mismos e impulsando asociaciones para su aplicación. Consciente de la vasta riqueza cultural del mundo, por un lado, y de la enorme insuficiencia de recursos por otro lado, la Organización ha trabajado a fin de complementar las inversiones nacionales y estimular las internacionales. En particular, ha invertido en recursos humanos y en creación de capacidades.

5. De las palabras a los hechos

En todo lo relativo a la cultura sigue existiendo un abismo entre las palabras y los hechos. Detrás de la enorme insuficiencia de recursos, existe un compromiso político inadecuado hacia la cultura, entendida como un bien público —tal y como se desprende de los diferentes sentidos enunciados en la sección II de este documento. Las ideas no se han traducido en el tipo de acción que puede conducir a una mejora cualitativa de las políticas culturales para el desarrollo; pocas personas en los centros de influencia han sido realmente convencidas.

A pesar de la creciente conciencia pública de la importancia de la cultura, ésta continúa teniendo escasa prioridad política para la mayoría de los países, como se refleja en los recursos que se le destinan y en la situación de los ministerios y funcionarios que la supervisan. La mayoría de los ministerios y departamentos de cultura siguen centrando su acción en el sector de las artes subvencionadas (el teatro, la

música, etcétera) sin tener en cuenta al sector comercial. Del mismo modo, la cultura popular como otras áreas relacionadas con los mercados culturales (la arquitectura, el diseño, etcétera), tienden a ser relegadas y excluidas. Tampoco se establecen conexiones entre las actividades culturales subvencionadas, comerciales y voluntarias; con frecuencia son la publicidad, el cine, la música, el video, la radio y la televisión las que determinan si particulares u organizaciones subvencionadas o aficionados tendrán la oportunidad de dar a conocer su trabajo. Los ministerios de cultura rara vez reconocen el papel producción-activo que pueden desempeñar los gobiernos respecto a las industrias culturales que están desarrollándose en el plano comercial. Asimismo, sólo en muy contadas ocasiones han encontrado la manera de incorporar de forma transectorial la perspectiva cultural en ámbitos como el fenómeno de la cohesión social y la creatividad. En definitiva, se ha demostrado la dificultad de adoptar y aplicar políticas públicas basadas en el convencimiento de que “el desarrollo sostenible y el florecimiento de la cultura son interdependientes”, tal como se formuló en la Conferencia de Estocolmo.

El mismo problema se da a nivel internacional, donde cada vez más el lenguaje comercial reemplaza al lenguaje de la cultura. Las instituciones financieras mundiales están estableciendo políticas y regulaciones que tienen un profundo impacto en el terreno de la cultura, en lo que respecta al fomento de la diversidad cultural y teniendo en cuenta de que, por los motivos aducidos anteriormente, salvo en los ámbitos artísticos

tradicionales los aspectos culturales tienen poco peso en la vida pública, ha sido difícil pasar de las declaraciones a los hechos, siendo ejemplo de ello la Cumbre sobre Información del Grupo de los Global-7, de 1997. Otro gran obstáculo es el hecho de que quienes defienden la importancia de la cultura no están aún en condiciones de aportar pruebas suficientes de su influencia y de sus vínculos con otros sectores. Como se indica en *Nuestra Diversidad Creativa*, la falta de datos comparativos fiables es enorme. El campo de la política cultural carece de claridad conceptual y de indicadores adecuados. Tampoco ha ampliado el terreno para abordar con suficiente autoridad cuestiones como la democracia, los derechos humanos y la cohesión social. Por consiguiente, para avanzar es indispensable generar nuevos conocimientos. Pero todavía faltan los mecanismos necesarios para establecer relaciones fructíferas entre los diferentes agentes implicados. El mundo universitario suele contar con la capacidad adecuada para aplicar y perfeccionar marcos conceptuales y metodológicos, las comunidades poseen normalmente el "conocimiento local" necesario; y el sector industrial y los gobiernos disponen del poder y los recursos necesarios para aplicar las políticas.

Durante varias décadas, la UNESCO ha reunido los principios, los elementos y los datos para argumentar la necesidad de mayores, mejores y más orientadas inversiones en cultura. En cooperación con diversos agentes e instituciones en el sector público y privado ha demostrado que se puede convencer a los decisores políticos y financieros si se argumenta adecuadamente lo que

es capaz de lograr la cultura —la cultura como medio e instrumento—, además de facilitar pruebas de su valor intrínseco. Ello implica demostrar cómo la cultura añade valor (en su simple acepción económica) y valores, al dejar su impronta a través de empresas de todo tipo, añadiéndoles significado y potenciándolas en su camino¹². La tradicional justificación del apoyo gubernamental mediante subvenciones públicas al sector cultural era la incapacidad del mercado para aportar los recursos necesarios. Este modo de hacer justificaba las inversiones en cultura en tanto costos. Hoy en día, no obstante, se puede y se debe argumentar los beneficios de invertir en cultura demostrando cómo la cultura contribuye directamente a la economía y a otras áreas que contribuyen al bienestar humano. No sólo genera riqueza y empleo, también es la base del capital social y humano, del crecimiento personal y de la adquisición de aptitudes para la vida. Además, es un vector clave para la comunicación social y un elemento esencial para restaurar o lograr la cohesión social.

Lamentablemente, numerosos expertos han tendido a hacer esta defensa de la cultura utilizando argumentos reduccionistas. En los últimos años, la discusión se ha centrado en cuestiones puramente financieras en lugar de una consideración más profunda de la economía, entendida como gestión de los recursos globales de una sociedad. Los estudios sobre las repercusiones económicas de la inversión en cultura se han basado fundamentalmente en el análisis de costos y beneficios, examinándose principalmente la contribución directa al PNB, la balanza de pagos, el empleo, etcétera. Los resultados sólo ofrecen una visión parcial, por

cuanto los beneficios no se circunscriben a los recursos generados en ingresos turísticos o en la exportación de bienes culturales, por citar algunos ejemplos. De ahí la necesidad de efectuar evaluaciones que tengan en cuenta esta realidad sin perder de vista el rigor analítico y el principio simple pero fundamental de determinar quién paga y quién se beneficia. El Banco Mundial ha sugerido, por ejemplo, el uso de un mecanismo de "valoración contingente" para estimar los beneficios intangibles del capital cultural basándose en la economía ambiental para evaluar con mayor precisión los costos y los beneficios. Estos estudios indican que la población otorga un gran valor a los beneficios no comerciales de las actividades culturales, esto es, los beneficios que obtiene no sólo el consumidor individual sino la comunidad en su conjunto.

Por ello, no hay que evaluar los beneficios de los fondos que fluyen a este sector sólo en relación con objetivos macroeconómicos generales. Si el fin que se persigue subvencionando las actividades culturales es promover el empleo, el crecimiento económico, etcétera, es cierto que hay otros sectores que pueden utilizar los recursos de forma más económicamente eficaz que el de la cultura. Debería aplicarse, por el contrario, la metodología de la economía del bienestar al intentar estimar el valor total de las actividades culturales. Es preciso buscar el valor intrínseco de la cultura, trascendiendo la consideración de los ingresos que genera.

En conclusión, los beneficios derivados de la financiación del sector cultural pueden considerarse externalidades positivas. Estas

podrían ser externalidades de consumo, de carácter político y social a la vez. Político, porque benefician a la nación preservando el patrimonio cultural nacional y ayudando así a sustentar la identidad nacional. Social, en la medida en que contribuyen al fomento de una sensibilidad estética y una perspectiva social crítica y favorecen la creatividad, virtudes éstas que benefician a todos.

Teniendo en cuenta todo ello, presentamos a continuación los ámbitos en que influyen las inversiones en cultura:

Generación de ingresos y creación de empleo
Ventajas sociales y educativas
La potenciación de la innovación y la creatividad
Mejora de la calidad de vida en el plano local

IV. Razones para invertir en cultura

1. Generación de ingresos y creación de empleo

Se estima que el sector cultural es el tercer o cuarto sector de más rápido crecimiento en las economías postindustriales, tras los servicios financieros, la tecnología de la información y el turismo. El empleo del sector cultural representa entre 1,5% y 3,5% del total en la mayoría de los países de Europa Occidental, y se estima que ciudades como Londres y New York son centros de actividad para más de 200 mil empleados del sector cultural, donde representan más de 5% del empleo.

Aunque las cifras deben ser sin duda inferiores en otros lugares, las industrias culturales nacionales se

han convertido en todo el mundo en un campo de inversión potencial de gran rentabilidad. Entendemos por las industrias culturales aquellos productos de la creación individual o colectiva, basados en los derechos de propiedad intelectual, que son reproducidos y difundidos mediante procesos industriales y distribuidos a escala mundial. Así, las industrias culturales producen libros, revistas, periódicos, discos, películas, videos y artículos multimedia, etcétera... También incluyen las series de televisión latinoamericanas que se exportan con tanto éxito dentro y fuera de la región¹³.

Las industrias culturales tienen un potencial considerable de desarrollo siempre y cuando se las apoye con marcos jurídicos adecuados, inversiones bien orientadas, prioridades claras en cuanto a la participación gubernamental y la iniciativa del sector privados, el uso de múltiples fuentes de financiación y la promoción de la formación profesional. Aquellos países que han reconocido la importancia estratégica de estas “industrias del contenido” y les han prestado la debida atención se encuentran hoy en una situación privilegiada desde el punto de vista tanto cultural como económico. Aquellos que no lo han hecho se encuentran ante el difícil dilema de elegir entre verse invadidos por productos y contenidos culturales extranjeros —lo que supondría pagar elevadas regalías y poner en peligro el sentimiento de identidad cultural— o adoptar una postura proteccionista de cierre al exterior. En este sentido la creación de un “espacio audiovisual europeo” constituye un experimento prometedor destinado a preservar perfiles culturales específicos de la invasión de sistemas audiovisuales y de la comunicación externos, impedir que

la creatividad cultural se vea afectada por la comercialización transnacional y generar empleo y crecimiento. La incipiente industria cinematográfica africana vive una experiencia similar.

El turismo es otra actividad vinculada a la cultura que también genera ingresos y empleo. Según datos de la Organización Mundial del Turismo (OMT), en 1994 el 8% de los turistas censados viajaron a América Latina y el Caribe. Estas cifras, hoy en aumento, representa cerca de 4 millones de visitantes.

Con frecuencia, los bienes culturales son una de las principales razones por la que los turistas visitan una ciudad o una región. Sin embargo, una perspectiva de beneficios que se centre exclusivamente en los ingresos del turismo no sólo hace caso omiso del valor intrínseco del patrimonio, sino que puede conducir además a conclusiones erróneas. La primera de ellas sería que no vale la pena invertir en áreas de patrimonio cultural que no atraigan un número suficiente de turistas, negando así el valor que poseen para la población local y para el mundo en general. La segunda es pensar que conviene potenciar al máximo el número de turistas que visitan un lugar y las cantidades que estos desembolsan, ya que así se incrementan los ingresos. De hecho, en muchos casos, una mayor afluencia turística restaría encanto al lugar y desnaturalizaría las actividades propias del contexto cultural. Una tercera conclusión sería que si hay que elegir entre una inversión cultural y otra inversión que excluya lo cultural —pongamos, por ejemplo, un casino en la playa— pero que genera más ingresos turísticos para el país, debería dejarse sin

restaurar el sitio del patrimonio cultural y edificar el casino¹⁴. Quiere todo ello decir que los ingresos no son el único factor a tener en cuenta. El turismo cultural como actividad “lucrativa” debe permitir a la población local a la vez obtener “ventajas económicas y una cierta satisfacción por los puestos de trabajo creados, los ingresos recaudados y el sentimiento de orgullo que produce lo propio”. Los beneficios para las autoridades nacionales o locales deberían ser tanto el cobro de los impuestos directos e indirectos sobre los recursos del patrimonio como la imagen y el reconocimiento internacional logrados¹⁵. Es necesario que el sector turístico entienda que se alimenta de cultura y depende de ella, que tiene la responsabilidad, la posibilidad y el cometido de conservar los recursos de importancia del patrimonio, realzar su valor y favorecer el desarrollo de la comunidad (Declaración de Tshwane aprobada en Sudáfrica en febrero de 1997). Las políticas en materia de turismo se centran principalmente en atraer visitantes y raramente en hacer los sitios más agradables a sus propios residentes. Es preciso que los proyectos turísticos y la mejora de la calidad de vida de los ciudadanos forme parte de la misma estrategia.

2. Ventajas sociales y educativas

El impacto de las actividades culturales y de las industrias ‘creativas’ van más allá de lo mencionado en el apartado anterior. Estas contribuyen también al desarrollo de la capacidad para gestionar, enfrentar y responder al cambio; pueden reforzar la cohesión social y el pensamiento crítico individual; aumenta la confianza personal y favorece la adquisición de aptitudes para la vida; pueden

crear puentes entre generaciones diferentes y mejorar el bienestar físico y mental, como ha puesto de manifiesto recientemente la innovador terapia artística aplicada en Croacia, Rwanda y otras partes a personas con traumas de guerra y pueden mejorar el comportamiento ciudadano y democrático y, finalmente, crear nuevas formas de capacitación y empleo.

3. La potenciación de la innovación y la creatividad

La expresión cultural se basa en la innovación y la creatividad, no sólo dentro de una forma de expresión cultural dada sino también, cuando individuos con formación artística trabajan con otros en ámbitos diferentes. A través de la historia esta creatividad ha sido la savia que ha permitido a las comunidades humanas sobrevivir y adaptarse. Legitimada en el ámbito artístico, la creatividad se ha convertido ahora en un atributo fundamental que las empresas buscan en sus empleados. Es cierto que según nos adentramos en la “economía del conocimiento” (*Knowledge Economy*), la creatividad será una cualidad más preciada. En efecto, la creatividad lleva aparejada la capacidad para abordar los problemas con espíritu renovado o sobre la base de principios nuevos, de obrar con reflexión, de experimentar, de osar ser original o de elaborar nuevas normas, de no ceder ante lo convencional, de imaginar evoluciones posibles, de encontrar conexiones entre lo aparentemente caótico y dispar, y de examinar las situaciones en su globalidad, desde distintos prismas y con flexibilidad. En muchos ámbitos comerciales nuevos, como los multimedia, el perfil con particular demanda es el de las

personas de formación artística, precisamente porque piensan y actúan de ese modo¹⁶.

A pesar de que todas estas cuestiones puedan parecer alejadas de las realidades de pobreza y conflicto urbano de América Latina, son problemas que conviene plantear y dar respuesta. Cabe recordar una vez más que las actitudes culturales tienen efectos determinantes en la productividad y en la calidad de los productos, y por lo tanto en su competitividad en el mercado mundial. La cultura influye la investigación, el diseño y la creatividad en la producción, subyace la conducta institucional, la ética de trabajo, y determina los patrones de ahorro y consumo. En resumidas cuentas, en todo un entorno de libre mercado, la cultura es un factor clave para la competitividad de una empresa o de un país.

4. Mejora de la calidad de vida y la imagen local

Las imágenes de un país, una ciudad o una comunidad se nutren del sustrato cultural. Una cultura pujante puede en principio crear una imagen positiva. Estas imágenes se generan directa o indirectamente, de muy distintas formas, desde las creadas a través de una obra de arte hasta las imágenes periféricas y de segundo plano que proyectan los medios de comunicación. Representan la identidad diferenciada de cada comunidad en un mundo en que los lugares se asemejan, en apariencia y sabor, cada vez más. Pueden sustentar el sentido de su realidad y generar orgullo cívico, un orgullo que a su vez aporta confianza, inspiración y energía.

Todos estos componentes de "imagen local", así como las áreas

de impacto arriba mencionadas, convierten a la cultura en un elemento central de la noción de *calidad de vida*. Los estudios y las estrategias de mercadeo de las ciudades y las regiones tienden progresivamente a centrarse en su oferta cultural, la presencia de artistas, gente creativa e industrias culturales en general. Cada vez más la cultura es un medio de atraer a aquellas empresas internacional —y a su fuerza laboral— que buscan una vida cultural intensa para sus empleados. Pues así, ayudando a crear imágenes positivas, el sector cultural tiene una influencia directa para atraer inversiones. Esto es particularmente pertinente en un entorno económico que combinan a la vez la globalización y la localización de los mercados. Esta coexistencia de fuerzas económicas mundiales con un proceso de localización/regionalización de la producción y la gestión económica ha recibido en inglés el nombre de "*glocalization*". En este contexto la cultura actúa como sustento de la identidad colectiva, la interacción social y la acción colectiva —en particular, en el ámbito del desarrollo económico. Por consiguiente, esta manifestación de la identidad regional a través de la acción seguirá contribuyendo a favorecer el desarrollo económico, social y político y a potenciar al máximo éste mediante la creación de una cultura de innovación y creatividad. Un reto fundamental es incrementar el valor de la actividad cultural sin desvirtuar el capital cultural que sustenta y atrae ese valor en primer lugar; permitir a las industrias culturales continuar creciendo de maneras que no disminuyan o trivialicen las culturas locales. Ello requiere que se forjen alianzas con otros sectores a fin de

aprovechar las externalidades positivas.

Para que la construcción de estas alianzas se lleve a cabo con éxito, hay que incluir e integrar a todos aquellos que deben participar en el proceso de toma de decisiones: los gobiernos internacionales, regionales, nacionales y locales, los sectores público y privado, la sociedad civil y los organismos internacionales, prestandose especial atención a la función de las mujeres y la necesidad de empoderar a los más pobres. Puede lograrse la participación de las comunidades locales permitiendo que colaboren en mayor medida en el establecimiento de las prioridades de conservación y en la vinculación de estas prioridades a las necesidades de desarrollo más amplias (a fin de conseguir una mayor eficacia) y demostrando las ventajas económicas y sociales de estos proyectos.

Por este motivo, es necesaria la investigación en la economía de la cultura, a fin de crear un corpus de conocimiento sobre el análisis de costos y beneficios y de rendimientos económicos de las inversiones culturales, así como nuevas metodologías para evaluar los beneficios intangibles. Esto es fundamental en relación a la labor de promoción y a la obtención de apoyo financiero, en una época de creciente austeridad económica en que los presupuestos de cultura son habitualmente los primeros en sufrir recortes.

V. Hacia políticas culturales para el desarrollo: una lista de recomendaciones

Como corolario de los argumentos previamente expuestos, este documento de posición concluye

con una lista de 9 recomendaciones sobre política. Cada una de las áreas que se desarrollan a continuación es crucial en la creación de marcos políticos que puedan maximizar el valor de la cultura para la sostenibilidad, el desarrollo y la gobernabilidad, y justificar con ello las inversiones en programas y proyectos culturales.

1. Adoptar un enfoque anticipatorio: conocer, prever, prevenir

Los entornos cambiantes de la producción y el consumo cultural exigen no sólo adaptarse a ellos en el presente, sino también anticipar las condiciones futuras que sin duda aparecerán como consecuencia de nuevos y rápidos cambios. Vinculado a esta necesidad de anticipar, se sitúa el desafío de responder creativamente a las presiones internacionales que se ejercen contra la diversidad cultural. Tanto en un caso como en el otro es fundamental aprovechar las capacidades individuales y colectivas de innovación y anticipación.

2. Adoptar un enfoque transectorial

Las políticas para la cultura deberían abarcar mucho más que el sector cultural tradicional (las artes subvencionadas y el patrimonio) en incluir dentro de su campo de acción objetivos de desarrollo humano, pluralismo y creatividad. El sector cultural no debería funcionar de modo aislado; mientras sea así, los resultados seguirán siendo limitados. Solamente en cooperación con otras áreas resulta posible poner en uso y utilizar los recursos culturales para abordar cuestiones como la falta de

cohesión social o el desempleo. De ahí que los objetivos de la cultura deban integrarse en un marco más amplio de formación de estrategias y de acción política. Para ello, es fundamental adoptar un enfoque transectorial, mediante acuerdos de trabajo estructurados y continuados entre distintos departamentos, a saber, entre los departamentos de cultura y los de turismo, asuntos sociales, educación, juventud, planificación urbana, políticas comerciales o desarrollo económico.

3. Promulgar un compromiso ético

Hacer de la cultura una dimensión central del desarrollo implica aceptar que los principios éticos forman parte indisoluble de los recursos productivos de toda sociedad. Las cuestiones de desarrollo, es decir, los enfoques acerca del empleo, la política social, la redistribución de recursos e ingresos, la participación ciudadana, las desigualdades de género o el medio ambiente no pueden divorciarse de cuestiones de orden ético. Este enfoque ético incluye principalmente la responsabilidad social del sector privado. Es preciso ir más allá de los límites establecidos entre el mercado, las políticas de gobierno y la acción de la sociedad civil y buscar el punto de convergencia en el que la empresa pueda aportar su saber hacer, al tiempo que asuma la parte de responsabilidad colectiva que le corresponde, haciendo suyos los objetivos de progreso de la comunidad, esto es la promoción del desarrollo cultural y el incremento de las opciones individuales y colectivas.

4. Construir un enfoque integrador e inclusivo

La necesidad de políticas inclusivas —en oposición a políticas excluyentes— se fundamenta en que la negación de la identidad cultural de un grupo determinado o del derecho individual a tener acceso a la vida cultural en condiciones de igualdad mina el derecho humano. Por eso, ampliar las bases de las políticas para la cultura y adoptar enfoques transectoriales y éticos requiere un cuarto elemento, a saber: crear las condiciones que permitan a todos los ciudadanos participar y beneficiarse de la acción pública independientemente de su edad, sexo u origen cultural y étnico. Este enfoque integrador está basado en el respeto a la libertad de elección y expresión, así como la participación efectiva. El acceso a la vida cultural determina la dimensión del espacio público destinado a grupos marginales para que construyan sus propios mecanismos y organismos de representación, y permite el empoderamiento de todos los grupos culturales. En este sentido, es esencial que el Estado desarrolle instituciones públicas que fomenten la contribución de todo el cuerpo social, mientras que la sociedad necesita garantizar el acceso pluralista a la información y a los canales de expresión y representación.

5. Equilibrar el pasado y el presente

Si bien es cierto que el patrimonio es un recurso único para que los ciudadanos puedan contar su historia colectiva, la producción cultural contemporánea constituye un valor intrínseco para contribuir al crecimiento de diversos sectores productivos de la economía. De ahí surge la necesidad de equilibrar la protección del patrimonio con el

fomento de la cultura contemporánea. En relación a esta última, y con objeto de consolidar un espacio para los productos culturales nacionales, los sectores claves a desarrollar son la creación, la producción, la distribución y la promoción.

6. Promover una economía creativa

Es preciso fomentar la elaboración de medidas en torno al concepto de “economía creativa”, para permitir a cada ciudadano participar plenamente en la cultura mundial, al mismo tiempo que su voz singular y única no se pierda en el proceso. Ello implica establecer las condiciones adecuadas para dinamizar las industrias culturales domésticas (producción, distribución y consumo) a través de medidas de incentivo económico y de crédito dando la oportunidad a creadores, artistas y empresarios de desarrollar nuevos productos y servicios de “contenido” —que reflejen sus propias preocupaciones e intereses— además de conseguir que estos bienes de “contenido” circulen de manera competitiva en los mercados domésticos, regionales y globales.

7. Crear una legislación y unos marcos políticos favorables

Se necesitan políticas que se ubiquen creativa y responsablemente en la globalización, defiendan el interés público y hagan frente con realismo a los desafíos y posibilidades de las culturas nacionales. Aplicar este tipo de políticas exige, no sólo a las perspectivas adecuadas de la cultura sino, sobre todo, los marcos legales y políticos sobre el que sustentaría. Ello requiere medidas

regulatorias que favorezcan a los artistas, creadores y empresarios del sector cultural, así como una defensa eficaz de los derechos de autor. Además, el sector cultural debería dejar de depender exclusivamente del apoyo del sector público. Otros métodos pueden ser más eficaces para favorecer la autosuficiencia, como establecer regímenes fiscales que favorezcan la inversión, conceder créditos para la realización de actividades con rendimiento comercial e impartir formación en gestión a las instituciones culturales. El carácter concreto de estas medidas debe formarse en colaboración con los agentes de las industrias creativas, para explorar cómo las instituciones gubernamentales pueden apoyarles en conseguir maximizar su potencial económico, además de estudiar cómo ir eliminando los obstáculos para el crecimiento económico.

8. Crear una nueva base de conocimiento

Para una praxis de la cultura en el desarrollo, es necesario contar con datos estadísticos viables que nos permitan entender mejor el desarrollo y las tendencias de las inversiones en el sector cultural, así como del consumo de bienes y servicios culturales. Este nuevo acervo de datos debería nutrirse del intercambio de información entre gobiernos, la industria y la sociedad civil. Sería conveniente elaborar nuevos indicadores que ayudaran a establecer objetivos, y se aplicaran en contextos en que participen el mayor número posible de interesados.

9. Desarrollar una estrategia de influencia

Aunque los argumentos sobre el valor de la cultura hayan ido haciendo mella en las mentalidades, sigue siendo importante dar continuidad a este esfuerzo para conseguir que se apliquen estas ideas. Cabría pensar en una suerte de alianza entre los distintos agentes de todos los sectores y niveles sociales, cuya acción configure y renueve de maneras diferentes el capital social de la cultura. Así, un modo de plasmar esta tarea sería encomendar a un grupo de carácter transectorial compuesto por representantes gubernamentales, del sector privado, de las fundaciones, del mundo universitario y las ONG, para que se conviertan en "agentes de cambio" operando a distintos niveles sociales con un efecto multiplicador. El siguiente paso sería reunir grupos para inter-cambiar información y fortalecer los mecanismos legales y administrativos. Los recursos y las necesidades deberían establecerse sobre la base de una profunda investigación y una auditoría. Los recursos humanos y financieros habrían de constituirse a partir de diferentes fuentes, el sector público y fundaciones, empresas privadas y organismos del sector público que trabajan en el sector de la cultura, a fin de poner en marcha una serie de proyectos de inspiración cultural. Asimismo, debería determinarse qué proyectos se consideran "ejemplares", apoyando con datos la selección.

VI. Afrontar juntos el futuro

Este documento representa un esfuerzo por exponer las razones que hacen hoy cada vez más necesario "considerar el desarrollo en términos que incluyan el crecimiento cultural", tal como lo recuerda la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. Así, ha tratado

de demostrar por qué la relación entre cultura y desarrollo humano es una relación esencial, aún cuando sea intangible y sus efectos se resistan a ser evaluados cuantitativamente.

Ha examinado las maneras en que los seres humanos encuentran significados múltiples, lazos y valores en sus culturas, y cómo estos constituyen fuentes esenciales de motivación y energía tanto individual como colectiva.

Ha argumentado por qué la cultura debe ser un elemento central de la política de desarrollo.

Por último, se ha demostrado que se pueden y deben elaborar programas y proyectos concretos utilizando el legado cultural del pasado y los recursos del presente para conseguir el desarrollo humano y el crecimiento cultural.

Todo ello recordando que los modos en los que los pueblos del mundo viven la relación entre la cultura y el desarrollo y las maneras en que tratan de recrearla y protegerla, son tan variados como las propias culturas.

En América Latina y el Caribe los binomios "cultura y desarrollo" y "tradición y modernidad" han sido objeto de discusión y debate desde hace más de tres décadas. A raíz del fracaso de las políticas de desarrollo aplicadas indiscriminadamente, especialmente en el contexto de la integración regional, ha surgido la necesidad de reconsiderar la especificidad de las culturas de la región y las formas en que dichas especificidades se pueden plasmar en los proyectos de desarrollo. En 1982 **MONDIACULT**, la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, y más reciente-

mente las cumbres interamericanas, así como otras muchas reuniones regionales, especialmente el Foro de Ministros de Cultura, han sido parte del proceso destinado a lograr que la cultura obtenga una posición central. Sin embargo, a pesar de las constantes declaraciones sobre la importancia de la cultura como fuente de valores, de solidaridad y de diversidad, la pregunta que queda sin responder es ¿por qué en esta década de los noventa, la región ha experimentado un desarrollo tan concentrador y excluyente?

En el contexto de esta pregunta sin respuesta, la UNESCO está dispuesta a colaborar con el Banco Interamericano de Desarrollo a medida que va enfrentándose con la variada riqueza cultural de América Latina y el Caribe, que alberga tantos desafíos y posibilidades de desarrollo.

Notas

¹ Según el *Informe Mundial de Cultura*, (UNESCO, 1998) el comercio de bienes culturales ha crecido exponencialmente durante las dos últimas décadas. Entre 1980 y 1991, el comercio mundial de papel impreso, libros, música, literatura, artes visuales, cine, fotografía, radio y televisión se ha triplicado pasando de 67,090 a 196,500 millones de dólares USD.

² *Economía da cultura*, texto preparado por José Álvaro Moisés, con la colaboración de Roberto Chacón de Albuquerque, basado en la investigación llevada a cabo por la Fundación João Pinheiro y Chacón de Albuquerque, basado en la investigación llevada a cabo por la Fundación João Pinheiro y distribuida en el Encontro do Conselho de Cultura da Associação Comercial do Rio de Janeiro, el 5 de agosto de 1998.

³ Javier Pérez de Cuéllar, Prólogo del Presidente, *Nuestra Diversidad Creativa*, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. Ediciones UNESCO/Fundación SM, 1997.

⁴ Según palabras del Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, señor D. Enrique Iglesias, en la Conferencia General de la UNESCO en octubre de 1997 "hay

múltiples aspectos en la cultura de cada pueblo que pueden favorecer a su desarrollo económico y social: Es preciso descubrirlos, potenciarlos y apoyarse en ellos, y hacer esto con seriedad significa replantearse la agenda del desarrollo".

⁵ Véase nota sobre las convenciones y acuerdos de carácter normativo adoptados bajo los auspicios de la UNESCO.

⁶ René Maheu, Discurso de apertura en la Conferencia Intergubernamental sobre los aspectos administrativos, institucionales y financieros de las políticas culturales, organizada por la UNESCO en Venecia entre el 24 de agosto y el 2 de septiembre de 1990.

⁷ "La cultura puede considerarse... como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social. Ello engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, y los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias..."

⁸ *Informe Mundial de Cultura* (versión original en inglés) *World Culture Report*, (UNESCO 1998:16)

⁹ Amartya Sen, *Culture, Economics and Development*, (*Cultura, Economía y Desarrollo*) documento preparado para la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. 1995.

¹⁰ *Nuestra Diversidad Creativa*, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. Ediciones UNESCO/Fundación SM, 1997.

Convenciones y acuerdos de carácter normativo adoptados bajo los auspicios de la UNESCO:

Acuerdo destinado a facilitar la Circulación Internacional de Materiales Audiovisuales de Carácter Educativo, Científico y Cultural. Beirut, 10 diciembre 1948.

Acuerdo para la importación de objetos de carácter educativo, científico o cultural, Florencia, 17 de junio de 1950, Protocolo del Acuerdo de Nairobi, nov. 26 de 1976.

Convención Universal sobre los Derechos de Autor, Ginebra, 6 de septiembre de 1952 (revisada en París el 24 de julio de 1971), Protocolos 1, 2 y 3 anexos a la Convención (6 de septiembre de 1952).

Convención para la Protección de los Bienes Culturales en Caso de Conflicto Armado, Protocolo y Reglamento para la aplicación de la Convención. La Haya, 14 mayo 1954.

Convención sobre el Canje de Publicaciones Oficiales y Documentos Gubernamentales entre Estados. París, 3 dic1958.



Convención sobre el Canje Internacional de Publicaciones. París, 3 diciembre 1958.

Convención Internacional sobre la Protección de Artistas Intérpretes o Ejecutantes, los Productores de Fonogramas y los Organismos de Radiodifusión. Roma, 26 octubre 1961.

Convención sobre las Medidas que Deben Adoptarse para Prohibir e Impedir la Importación, la Exportación y la Transferencia de Propiedad Ilícitas de Bienes Culturales. París, 14 noviembre 1970.

Convención Universal sobre los Derechos de Autor revisada en París el 24 de Julio de 1971. Protocolos 1 y 2 anexos a la Convención. París, 24 de julio de 1970.

Convención para la Protección de los Productores de Fonogramas contra la Reproducción no Autorizada de sus Fonogramas. Ginebra, 29 octubre 1971.

Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural. París, 16 de noviembre de 1972.

Convención Multilateral tendiente a evitar la doble imposición de las regalías por Derechos de Autor, y Protocolo adicional. Madrid, 13 diciembre 1979.

Recomendación relativa a la condición de Artista, adoptada en 1980.

Recomendación relativa a la salvaguardia de la cultura tradicional y el folclore. París, 15 noviembre 1989.

¹² Charles Landry, *Cultural Policy in Croatia (From Barriers to Bridges — Reimagining Croatian Cultural Policy), Report of an European panel of Examiners for the Council of Europe, July 1998*. Muchas de las ideas expresadas en estas páginas han sido formuladas por los autores de este estudio preparado para el Consejo de Europa, en el que se analiza la política cultural en Croacia, elaborado por el grupo de reflexión *Comedia*, creado por Charles Landry.

¹³ En Venezuela, los derechos de transmisión de telenovelas alcanzaron en 1992 una cifra entre 40 y 60 millones de dólares, mientras que sectores tradicionales de exportación como la industria automovilística llegaron a 53 millones de dólares o 45 millones las exportaciones de la industria papelera. Boletín de Industrias Culturales N° 1, CICCUS, Argentina.

¹⁴ Ismail Serrageldin, "Culture and Development at the World Bank", integración *Urban Age* (publicación del Bando Mundial), septiembre de 1998, número especial sobre patrimonio cultural.

¹⁵ *Cultura, turismo y desarrollo*. Desafíos para el siglo XXI, UNESCO/AIEST, Anales de Investigación en Turismo, UNESCO Colección Cultura y Desarrollo, 1997.

¹⁶ Charles Landry, op.cit., p.34.